Manuel Chaves Nogales

LA VUELTA A EUROPA EN AVIÓN

LOS REPORTAJES DEL HERALDO

CLÁSICOS DE HISTORIA 508

MANUEL CHAVES NOGALES

LA VUELTA A EUROPA EN AVIÓN
LOS REPORTAJES DEL *HERALDO*

Heraldo de Madrid

Del 19 de julio al 5 de noviembre de 1928

https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/card?sid=383636

Reproducimos los reportajes originales de Manuel Chaves, que publicados habitualmente en la primera página del *Heraldo*, despertaron un considerable interés entre sus lectores durante la etapa final de la dictadura de Primo de Rivera. El autor suprimió, modificó y amplió en buena medida sus textos posteriormente, y los publicó en 1929 con el título *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, cuando todavía se mantiene la dictadura. Puede ser interesante observar las diferencias entre los artículos y el libro posterior. Hemos incluido como anexo algunos pasajes de éste no incluidos en las crónicas de su viaje, relativos a la estancia del autor en Rusia.

CLÁSICOS DE HISTORIA 508

ÍNDICE

ANEXOS

Algunos pasajes del libro no incluidos en los reportajes.

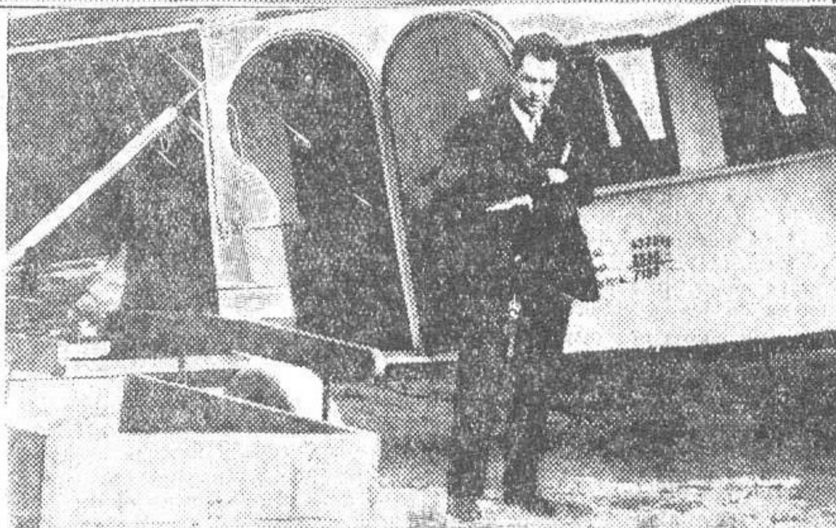
Nuestro redactor jefe, señor Chaves Nogales, dará la vuelta a Europa en avión

(19 de julio de 1928)

La Prensa debe aprovechar cuantas facilidades informativas le proporcionan los adelantos modernos. El periódico actual no puede tener la fisonomía sedentaria de las hojas que leían nuestros padres. Las distancias han quedado virtualmente destruidas con la navegación aérea. ¿Por qué no utilizar este medio de locomoción, que tan bien se acomoda al dinamismo característico de la Prensa moderna? Nuestro compañero Chaves Nogales, que acaba de ser agraciado con el Premio Cavia, tan periodista, tan dinámico, poseído de tan vivas inquietudes, no podía menos de sentir esta obsesión tan nueva de salvar distancias, y, en efecto, ha emprendido el primer gran reportaje español de este tipo y uno de los primeros del mundo. Chaves va a recorrer en avión 16.000 kilómetros, lo que ya constituye un record periodístico de cierta consideración. En unas semanas visitará las principales naciones europeas y podrá trazar así en vivo una magnífica síntesis periodística de la nueva Europa, de la Europa de la postguerra, con sus afanes, sus luchas, sus costumbres, obteniendo un panorama único de esta gran época histórica de transición. Excusado es decir que Chaves Nogales servirá a los lectores de HERALDO crónicas frecuentes de los países que visite.



El avión de la compañía Iberia, en el que nuestro redactor jefe ha realizado su primera etapa: Madrid-Barcelona, Barcelona-Marsella.



Chaves Nogales ante la cabina del avión momentos antes de partir.
(Fotos Luque.)

Dieciséis mil kilómetros de vuelo para "Heraldo de Madrid"

(20 de julio de 1928)



He aquí el gráfico del vuelo que ha emprendido nuestro camarada Manuel Chaves Nogales. Basta contemplarlo detenidamente para ver la enorme importancia que reviste.

Es este el reportaje más importante y más interesante que hasta ahora hace un periodista español fuera de la Península. El espíritu inquieto, eternamente inquieto de Chaves le ha lanzado a esta aventura, que hasta hoy nadie había intentado.

Confiamos en que nuestro redactor jefe vencerá las dificultades que se le presenten. Estas dificultades y todos los obstáculos, las incidencias que ocurran, sus impresiones de los países que recorra, las irá dando a conocer en la serie de crónicas que empezará a publicar HERALDO dentro de unos días.

1.
Desde Castilla al mar

(6 de agosto de 1928)

La Aviación ha empequeñecido el mundo. Y ha transformado radicalmente el sentido que de él teníamos. La Tierra, hasta que los aviones empezaron a surcarla, no tenía la medida de lo humano. Era demasiado grande para nosotros, que de hecho habíamos de sentirnos en ella como ratoncillos perdidos en alguna sala de un inmenso palacio. Hoy hemos tomado posesión de ella y ya podemos poner en nuestras tarjetas de visita, sin ninguna prosopopeya: "Fulano de Tal, habitante del planeta Tierra." Esto era lo que nos faltaba; tomar posesión auténticamente.

El hombre civilizado no estaba tranquilo y satisfecho mientras no le fuese posible recorrer íntegramente su dominio; pero sin riesgos ni heroísmo y en poco tiempo. Era necesario saltar de uno a otro continente con la misma sencillez con que pasamos de una habitación a otra en nuestra casa.

Ya sé que no es ésta una necesidad cotidiana. Para vivir bastan unos metros cuadrados de tierra; pero éste era un problema previo de soberanía. El emperador no conoce seguramente sus estados, y ni siquiera los salones de su palacio; le basta con un cuartito donde tiene una cama, una mesita y un rayo de sol. La vida material no exige más. Pero para sentirse emperador, para serlo, ha de satisfacer esta necesidad espiritual de tener bajo su planta sus Estados; de poderlos medir por su pie.

Esto es lo que, gracias a los aviones comerciales, hace hoy el hombre en su planeta.

La aviación comercial en España.

España dispone hoy de varias líneas de aviación comercial en correspondencia con las grandes empresas aeronáuticas de Europa, y principalmente de Alemania, líneas que permiten partir cómodamente de Madrid hacia todos los caminos del mundo. La casa Junkers nos lleva en tres horas desde Madrid a Lisboa, donde los aviones comerciales se quedan al borde del Atlántico, piafando ya impacientes por saltarlo; van también los Junkers por Andalucía, camino de África, donde la compañía Loring lleva diariamente en sus aparatitos un poco de espíritu español. La compañía Iberia ensaya en estos días el salto regular a Canarias, y la Deustche Lutf-Hansa hace llegar a Barcelona y Madrid estos aviones, que parten de Estocolmo, Moscú o Constantinopla.

Y en uno de estos pajarracos metálicos, que cruzan el continente en unas horas, me he metido esta mañana para dar la vuelta a Europa en unas cuantas etapas, con mi estuche de aseo, unas camisas, un pijama y unos libros. Los quince kilos de equipaje reglamentario. No se necesita más.

Todos los penosos esfuerzos de la Humanidad han sido para esto. Para que yo ahora, sencillamente, sin ninguna molestia ni heroicidad, me acomode en un butacón de esta confortable cabina, encienda un cigarrillo y salga a dar una vuelta por el mundo.

Nuevo descubrimiento del estanque del Retiro.

Hasta ahora las ciudades se construían para ser vistas de lado. De aquí en adelante habrá que pensar en las exigencias de la perspectiva vertical. Yo confío en que dentro de unos años, las comisiones municipales de ornato público decretarán la demolición de barriadas enteras que hoy nos parecen bien vistas desde un mismo plano, pero que serán feas, intolerablemente feas, vistas desde arriba.

Madrid es feo; está demasiado poblado. Este millón de manchegos apelotonados en la llanura da una impresión poco grata. Todavía los barrios modernos, con sus festones de verdura y sus terrazas, son tolerables, pero el viejo Madrid de los barrios bajos, visto desde arriba, es una monstruosidad. Así son casi todas las ciudades. Lo único perfectamente grato y habitable que hay en ellas es el cementerio. Desde arriba se ve en seguida que los muertos viven mejor que los vivos.

En Madrid sólo hay dos o tres cosas agradables a vista de pájaro. La Castellana, el palacio real, algunos sectores del barrio de Salamanca, las plazas de toros, la Ciudad Lineal y el estanque del Retiro; sobre todo el estanque del Retiro. ¡Qué bien hace con sus aguas intensamente verdes encuadradas por las líneas blancas del monumento que lo cobija, en medio de esta paramera y rodeado de estos tejados rojos de Castilla como coágulos de sangre! No vale tomarlo a broma. Es el auténtico mar de Madrid. Sólo por él tiene Madrid un poco de gracia.

¡Esta horrible paramera!...

Madrid es un milagro. No se comprende cómo ha surgido en medio de esta horrible paramera. La vista se cansa y el espíritu se fatiga al revolotear sobre esta desolación de la provincia de Madrid. Ni una granja, ni un campo de labranza, ni un hombre… De vez en cuando, como una esponja, un pueblo. Y así en toda la extensión de cien kilómetros que se abarca desde dos mil metros de altura.

Desde Madrid hasta que se pasa la paramera de Molina hay una faja espantosa de desolación, sin árboles, sin agua, sin habitantes.

Aragón. Los héroes de la Independencia.

No tengo ninguna admiración por los héroes de la independencia nacional; los he mirado siempre con un poco de prevención; desde Viriato hasta Agustina de Aragón.

Ahora, volando sobre la tierra aragonesa, me los explico un poco. Esta tierra es como ellos: demasiado fuerte, demasiado abrupta, demasiado cortada a pico. Estas barbacanas y estos torreones naturales tenían que dar hombres así. La principal virtud del aragonés es lo bien enraizado que está, el sabor a tierra que tiene; son como tierra de esta tierra un poco cruda todavía. Lo mejor que pueden ser es eso: héroes de su independencia. Lo serán siempre, como lo son sus montañas y sus torrenteras. Cuando el vasto mundo esté totalmente conquistado, ganado para la causa de la civilización, cuando hayan perdido su independencia las selvas tropicales, los mares del Ecuador y los hielos del Polo, aún quedará cerril, indómito, este rincón abrupto de España. Nuestro avión, que brilla al sol entre las nubes, debe de pasar un poco asustado sobre estos peñascales de Albarracín, Cucalón y Gúdar, que le amenazan con sus agudos cuchillos de piedra.

Las escaleras hacia el mar.

Para bajar al mar desde la meseta hay unas suntuosas escalinatas. La tierra catalana tiene ya un amable color rosado que da una suntuosidad escenográfica a estas escaleras por las que se baja desde Castilla al Mediterráneo. En el último tramo de esta escalinata, como un acontecimiento lógico, el mar.

El mar venido a menos.

El Mediterráneo es un mar venido a menos. Es el mar de una civilización ya superada, que tenía otro concepto del tipo humano. Mar para héroes clásicos que los héroes modernos desdeñan.

Desde Valencia a Barcelona le vemos extenderse suavemente como una lámina verde de vidrio esmerilado en la que las olas son como una granulación. En la dilatada playa que es toda la costa levantina, la buena gente pesca, se baña o toma el sol, sin conceder importancia al mar de los héroes clásicos, que hoy no es capaz de tentar a ninguna heroicidad. El Mediterráneo es un mar venido a menos.

Tierra catalana.

Hemos encontrado la primera nube artificial; la va formando pacientemente una alta chimenea que, todavía a muchos kilómetros de Barcelona anuncia ya el poderío industrial de la tierra catalana.

El avión se posa en el aeródromo del Prat, y camino de Barcelona cruzamos su huerta en automóvil. Este catalán que nos lleva está muy orgulloso de sus coles, de sus melones, de su tierra catalana.

—La tierra es buena —nos dice—, y los hombres la trabajan bien. ¡Si nos ayudasen los gobiernos! Ya ve usted, para ir desde el Prat a Barcelona no hay más que un puente construido por un particular, que nos cobra una peseta cada vez que lo pasamos, con destino a no sé que fundación piadosa...

El hombre se lamenta y suspira. Esta disgustado de todo menos de su tierra, la tierra catalana que tanto ama.

No he visto gentes con este amor y este orgullo en Castilla.

Barcelona.

2.
Una tormenta en los Pirineos. Aterrizaje forzoso

(7 de agosto de 1928)

En el aeródromo del Prat, ante el avión que ha de conducirnos, el piloto y el radiotelegrafista consultan las indicaciones meteorológicas que acaban de recibir sobre el estado de la atmósfera en el trayecto hasta Marsella. Hay un poco de tormenta en el Pirineo y el avión tiene que ir subiendo y bajando constantemente para esquivar las corrientes de aire y las nubes.

Al despegar, el avión cruza petulante sobre Barcelona, que ofrece el grato espectáculo de su dilatado caserío extendido por la ancha planicie entre el mar y las montañas. Barcelona es ancha y plena. Lo tiene todo; todo lo que puede tener una ciudad para estar bien plantada; todo aquello de que carece Madrid. El mar, la montaña, la huerta, el puerto, la zona fabril...

Pronto queda atrás el gran hormiguero, y este buen mar Mediterráneo, antes tan llano y humilde, a medida que avanzamos se va enfoscando y creciendo. La costa llana, es ahora costa brava y difícil.

Súbitamente, por un boquete de las nubes descubrimos el golfo de Rosas, puerto ancho por el que quiso entrarse a raudales en la hosca Península la vieja cultura clásica. No sé si es exactamente una impresión directa del paisaje o más bien una sugestión literaria anterior, pero la luz de esta mañana en el golfo de Rosas tiene una diafanidad mayor que nunca.

En lontananza, las últimas estribaciones de los Pirineos orientales bajan a bañar su cola en el mar, asemejándose a esos paquidermos que en los parques zoológicos nos recuerdan cómo debían de ser los animales antediluvianos. El terreno montuoso es, visto desde el avión, como un fabuloso plesiosauro.

Poco a poco vamos metiéndonos en la zona tormentosa. El viento viene a chocar contra nuestro avión. Es curioso advertir cómo para el navegante del aire la atmósfera no es esa cosa vacua, sin sentido, que es para el terrícola. El aviador sabe las cosas que hay en el aire; las mil cosas sorprendentes que cuando todos sean aviadores exigirán para poder percibirlas, si no un nuevo sentido, una agudeza mayor de la que tenemos. Los baches, las zonas de menor densidad, las corrientes de aire, los remolinos, las trombas, toda esa mecánica aérea puebla la atmósfera que antes creíamos diáfana y vacía.

Ya en pleno Pirineo la tormenta nos alcanza. Las nubes se precipitan furiosas sobre el aparatito que se les entra valientemente por la panza negruzca. Hace falta una gran decisión para meterse nube adentro. La nube es como una gran humareda, y cuando nos metemos en ella, tenemos la misma sensación de habernos metido de cabeza en un incendio.

Huyendo del seno de la nube, el avión gana altura gracias a las arremetidas valientes del motor. Se ha borrado por completo la tierra. Esto tiene ya un aspecto curioso de paisaje sideral, tal como nosotros podemos concebir lo sidéreo. Hemos superado las nubes, y las vemos correr insensatamente debajo de nuestra máquina. A veces, entre sus desgarrones, aparece la mancha clara de la tierra o la mancha verde del mar, sobre las que se proyectan las sombras de estas nubes que por debajo nuestro corren empujadas, quién sabe con qué secreto designio.

Cada vez se cierra más y más el horizonte. Llega un momento en que no hay solución de continuidad entre las nubes. Toda la porción del planeta que puede abarcarse desde la altura del avión está algodonada, cubierta totalmente por este algodón sucio de los nubarrones. Nuestro motor se abre paso lentamente; sus gruñidos isócronos parecen descubrir ya un poco de jadeo, y el piloto, erguida su cabeza bajo su caperuza de pájaro, lo vigila y lo fuerza a seguir. La resistencia del viento

se me antoja insuperable. Subimos hasta no poder más. Allí no son tan densas las nubes, pero la fuerza del viento es mayor. Desbaratadas por el ventarrón, las nubes pasan a nuestro costado como lanzas tendidas contra un invisible enemigo.

La tormenta está muy alta y hay que intentar el paso por debajo. El piloto pica la proa del avión y nuevamente nos zambullimos en la gran masa de vapor de agua; durante unos minutos navegamos perdidos en la panza del nubarrón. De improviso, se abre un jirón en la niebla por el que asoma siniestro el gran cuchillo de piedra de una montaña demasiado próxima. Más que el viento y el mar, es la tierra nuestro enemigo.

Son cada vez más frecuentes los jirones verdes y azules en la masa vaporosa. Al primer rayo del sol que alancea la tormenta, nuestro aparatito brilla gracioso como un juguete. Sus piezas niqueladas y su ala metálica juegan con el sol. ¡Qué grata esta alegría radiante de nuestra maquinita con sus cueros primorosos, su tapizado impecable y el brillo de sus bronces en este paisaje sideral que va hendiendo inalterable, como si jugara!

Camina el viento barriendo las nubes a nuestra espalda y lanzándolas como flechazos. Nos apartamos de las anchas fauces del mar y volamos ya sobre tierra francesa. Cuando el ámbito queda limpio y oteamos el paisaje, se ha operado en él una de esas maravillosas mutaciones de decoración que tanto sorprenden al viajero del aire.

Contemplamos ahora una planicie inmensa, irregularmente dividida en pequeñas porciones donde se dan todas las tonalidades del verde al amarillo. Es el campo de Francia. De trecho en trecho se alzan las granjas, las innumerables granjas que toman posesión efectiva de esta tierra próvida del Mediodía francés. El viejo tema de la diferencia del paisaje español y el paisaje francés se me suscita ahora vivamente, obligándome a la reiteración. He aquí un pasaje humanizado, sencillo, confortable, como muy raras veces puede contemplarse en España. El Garona riega cómodamente la dilatada planicie, y se ve en seguida que aquí la vida no puede tener ese sentido dramático que le dan los roquedales aragoneses, la dura meseta castellana o la reseca Andalucía.

Volamos ahora plácidamente. Pero acaso el motor ha trabajado demasiado y empieza a fallar. Sus gruñidos no tienen ya esa isocronía que tanto tranquiliza y tanta seguridad da al viajero. Gruñe con intermitencias y cada vez parece más dispuesto a dimitir. Empieza a notarse un fuerte olor a caucho quemado, y el piloto y el mecánico luchan un momento por conservar la marcha y la altura, pero finalmente se disponen al aterrizaje forzoso.

Estamos todavía a gran altura y puede escogerse el sitio donde ir a caer planeando. Lo único disponible que tenemos a la vista es un campito de trigo recién segado. Es lo único abordable entre la inmensa masa de follaje y la exuberancia de las viñas. No tendrá este campito cien metros de largo; mientras bajamos sobre él en espiral, nos intranquiliza un talud que hay hacia el extremo opuesto del lado por donde hemos de entrar. El piloto hace su maniobra y nosotros nos amarramos prudentemente a nuestro butacón. A motor parado, el avión vira en redondo y va perdiendo altura en espiral para posarse en el pequeño espacio de que disponemos con la menor violencia posible. Pero aquello es demasiado chico.

Entramos rozando las copas de unos árboles que marcan la linde y tocamos tierra violentamente. El avión salta sobre su tren de aterrizaje y se precipita fuera de nuestro improvisado aeródromo. Súbitamente un formidable golpe; cruje la caja metálica de la cabina, hay un estrépito de cristales y saltamos en nuestros asientos hasta dar con la cabeza en el techo. Miramos por la ventanilla. El avión está empotrado en el borde de una zanja de metro y medio de profundidad que separa nuestro campo de aterrizaje de una viña colindante. ¡Cochino espíritu de propiedad de los franceses! No les basta con tener fijadas sus lindes en el registro de la propiedad; por poco no nos dejamos los sesos en esta zanja.

Salimos de la cabina, salvamos la zanja y esperamos a unos campesinos que llegan corriendo desde una granja próxima.

Se han metido en la cabina del avión y andan curioseándolo todo y considerando y tasando los desperfectos del golpe.

Mientras llega un automóvil que hemos pedido por teléfono a Beziers, me tumbo en el viñedo a la sombra, bajo un ala del avión, el cual ha clavado su hélice en una cepa y con uno de sus brazos ha levantado al voltear un espléndido racimo de uva gorda, verde y jugosa que lo mantiene en alto como un trofeo.

Beziers

3.
París al sesgo

(8 de agosto de 1928)

El accidente de Beziers nos ha desviado un poco de nuestra ruta y nos obliga a venir a París para desde aquí continuar hasta Ginebra y reanudar nuestro itinerario. Unas jornadas en París, donde tan limpiamente late el pulso del espíritu europeo, son indispensables. Mucho cuidado, sin embargo, con las sugestiones literarias de París. La vida espiritual de Francia y su entronque con la vida espiritual de Europa son cosa distinta de la falsa actualidad bulevardera sintetizada en la frase ingeniosa de un político, el éxito de una bailarina, la muerte de un banquero o el último crimen misterioso; pequeños hechos sin importancia sobre los que se echa demasiada literatura. En vez de hacer la inevitable crónica sobre las carreras de Longchamps, vamos a fijar unas visiones de París cogidas de través. París al sesgo.

El señor que no comprende.

Este señor que está sentado, en un banco de la avenida de los Campos Elíseos leyendo atentamente «Le Journal», es la víctima tradicional de «l'esprit» francés. Y, sin embargo, es quien lo mantiene.

Es el burgués, el señor que no comprende.

Viste de una manera grotesca, lleva una cintita en el ojal, no se entera de nada y es muy posible que su mujer le engañe. Pero es igual. Este tipo es la clave de Francia; todo es posible por él.

Ya lo pueden poner en la picota los literatos y ridiculizarle los caricaturistas y despreciarle los políticos y engañarle las mujeres. Él es el único que sabe lo que quiere exactamente.

Francia, toda la Francia, se edifica y mantiene sobre este tipo de francés medio, tan grotesco, tan absurdo, tan ininteligente. La fuerza, la belleza, la gracia y la sabiduría de Francia son inmortales gracias a este buen señor. El burgués; el señor que no comprende.

Al lado del hombre.

Esta tarde en una terraza de los bulevares se sentó a nuestro lado una muchachita. Exhibía honestamente —es decir, sin recato— los graciosos dones de la divinidad para con ella, y yo, pobre celtíbero privado habitualmente del espectáculo público de la gracia de Dios, estuve a punto de levntarme y felicitarla por su generosidad para con la humanidad fea y doliente.

Otra chica fea, desgarbada, mal vestida, con unas gafas de concha y una capotita imposible se me acercó a poco y con una seriedad no exenta de gracia me invitaba a comprarle un periódico: el boletín de *L'Armée du Salut*. En la primera plana de este boletín hay una reproducción de unos angelitos de Murillo, y debajo, en grandes titulares, una cita de San Pablo: «Que sólo aquello que sea puro sea el objeto de vuestros pensamientos.» Y a continuación, con letras gordas también: «Si vous ne devenez comme de petits enfants, vous n'entrerez point dans le Royaume des Cieuix... car el est pour ceux qui leur ressemblent.»

Feminismo.

En París —no sólo en París; pero en París principalmente— la mujer va siempre al lado del hombre. No creo que aquí haya habido nunca problema feminista a la manera ininteligente que tuvieron de plantearlo las mujeres anglosajonas. Francia ha resuelto el problema feminista de esa

manera tan humana, tan sencilla y netamente biológica que tiene el espíritu francés para plantearse y resolverse los problemas.

Durante la guerra y después de la guerra la vida ha sido y sigue siendo dura. La mujer tiene que tomar parte en todos los trabajos. Es la necesidad, suprema ley. Y toma parte como ella puede, en la medida que le permite su imperativo biológico. Hace todo aquello que le permite su fisiología y se le remunera su cooperación a la obra social con todas las monedas en curso: bienestar material, consideración espiritual, derechos políticos, acceso a todas partes, libertad individual...

La mujer está hoy en todas partes. En un sitio gobierna, en el otro obedece, aquí goza, allí sufre, camarera o dueña de príncipes, cada cual según su temperamento. Vendedoras ambulantes, mecanógrafas, obreras, intelectuales, madres, esposas, amantes de una hora o amantes de toda la vida. Lo más grato de París es esta omnipresencia de la mujer.

La cuestión está en salvar el problema sexual; en no concederle más que la importancia secundaria que tiene en realidad. Superado esto, no habrá problema feminista. La mujer toma automáticamente la parte que le corresponde en el trabajo del mundo y automáticamente se redime; de su esclavitud y aun de la prostitución. Por lo menos de esa prostitución negra y triste de los países no civilizados o a medio civilizar. Yo comparo estas muchachas graciosas, gentiles, independientes, fieramente independientes, que desempeñan la función social de hacer el amor, con aquellas otras mujercitas tristes, dramáticas, de Andalucía, a las que los señoritos andaluces maltratan, y las encuentro absolutamente redimidas de toda cosa nefanda. Desempeñan la función para que son más aptas, viven bien y un día cualquiera se convierten en adorables esposas y madres amantísimas. Para sus maridos no habrá problema. La paternidad —ya lo decía Goethe— es una cuestión de buena fe.

Lo único desagradable es que estas hormiguitas trabajan demasiado.

—Con estas chicas que sonríen en las terrazas de los bulevares a los extranjeros —me dice un amigo comunista— cuenta Poincaré para saldar las deudas de la guerra.

Función social.

Tengo la sospecha de que estas muchachas que van lentamente por las calles acompañadas de sus amantes, por los que se dejan besar de una manera litúrgica, no son espontáneas. Yo creo que estas señoritas están subvencionadas por el Municipio de París. Son, indudablemente, a la manera de funcionarias de un posible negociado de «Encouragement de l’esprit française».

Los ingleses en el Louvre.

Por el qué dirán, a mi paso por París he entrado en el Louvre. En los vastos salones del formidable museo he tropezado con grandes manadas de ingleses. Son muy pintorescos. Esta superstición del arte, sobre todo en los anglosajones, es divertidísima.

Vienen desde todos los puntos de Inglaterra a París para ver la Venus de Milo o la Victoria de Samotracia. Hacen el viaje exactamente igual a como viajan nuestros ganados desde Castilla a Extremadura. Traen ya desde Londres su pastor espiritual. Es un tipo medio cicerone, medio profesor que los arrea de una sala para otra, los emplaza frente a las grandes obras de arte que ellos, como civilizados, se creen en el caso de conocer y una vez en presencia del prodigio artístico les lanza una explicación de él, que a los ingleses les debe de satisfacer sobre manera, pero que a un latino le produciría náuseas.

La interpretación oficial, la exégesis en circulación que de la obra de arte se sirve a los ingleses, tiene seguramente todas las garantías de autoridad y actualidad. Les dirán: «Esto es lo último que se sabe de Estética», como en los bazares les dicen: «Esto es lo último que tenemos en calcetines.»

Pero a pesar de todas las garantías y de todas las autoridades, uno, celtíbero, siente que esta del arte es una de las grandes supersticiones quetodavía no ha podido destruir la civilización y que

sería de desear que la docena de hombres que en el mundo puede tener un auténtico temperamento artístico le pegara fuego al Louvre sólo por que no vinieran los ingleses en manada con sus manuales de estética y sus cicerones, a disertar fríamente sobre algo que si no es por lo que tiene de inaprensible, no es nada.

Sentada en un rincón, al lado de la Venus hay una muchachita de dieciocho años, fina como el humo de un cigarrillo, que espera seguramente a alguien. Los ingleses embobados con la Venus han pasado junto a ella y no la han visto. Tan no la han visto que uno de ellos la ha atropellado un poco al pasar.

Y esta muchachita, ella misma, no su efigie en piedra, es la gran obra de arte de nuestro tiempo. Nuestra Venus de Occidente.

París.

4.
París al sesgo

(9 de agosto de 1928)

Esta mañana de domingo he caído en los alrededores de San Sulpicio. La gente viene a misa. Mucha gente. Toda esa humanidad un poco vencida y claudicante que en las grandes ciudades nutre las religiones. Caballeros honorables, viejecitas, adolescentes de mirada perdida, gente desbaratada que busca su camino de Damasco. Y negros, muchos negros. La obra de los misioneros —sobre todo de los misioneros españoles— ha sido grandiosa. El negro es católico, fundamentalmente católico. Uno se conmueve al verlos venir esta mañana de domingo a San Sulpicio, aun sabiendo que por la noche esta morenita cimbreante, vuelta a la selva en aras de la civilización, exhibirá su cintura desnuda, con el sucinto adorno de unos plátanos en un cabaret cualquiera.

He entrado en San Sulpicio. La religión en el centro de París tiene un aire que no me gusta. En el atrio hay unos cartelones de propaganda de las conferencias de la Semana Social; los temas de estas conferencias son perfectamente políticos. A la puerta de la iglesia, unos militantes venden al público, en bien de la propaganda de sus ideales, los periodiquitos católicos, estos periodiquitos de escasa tirada, tan combativos, tan bizarros, que en todas partes saben hacer los católicos: «La Vie Catholique», «La Jeune-République».

Cuando hemos pasado bajo el dintel donde campea el lema de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», impuesto por el Gobierno a todas las iglesias, la impresión sigue siendo la misma. Demasiada modernidad, demasiada campaña social, excesivo «confort» harto sentido del momento.

Este esfuerzo, del catolicismo francés por defenderse actualizándose, me parece un error. La gran fuerza de las religiones viene de atrás; lo importante es conservarlas, mantener la liturgia, su sentido tradicional. Desde el punto de vista católico, mejor servicio presta a la religión el cura de misa y olla, que mantiene inalterable su dogma, que este cura urbano que inicia una tímida evolución y, al acomodarse a los tiempos, pacta e, insensiblemente, desvirtúa su doctrina. En otro tiempo, ésta hubiera sido una herejía. Para «El Siglo Futuro», seguramente lo es.

El camarada Juan y su compañera.

Este camarada español se halla refugiado en París, donde su ideal revolucionario puede ser tolerado. Vive humildemente con su compañera en un cuartito amueblado, chico como un pañuelo, en el quinto piso de una de estas casas renegridas de los barrios populares de París. Trabaja durante todo el día como obrero en un taller, y por las noches escribe terribles artículos revolucionarios. Después de escribirlos, sale con ellos bajo el brazo a buscar entre las imprentas de París una donde quieran tirarle unos periodiquitos que él mismo edita. Además, da conferencias y escribe dramas de carácter social, que representan los cuadros artísticos de las Sociedades obreras de los barrios extremos.

Su compañera es también militante. Gana su pan trabajando en una oficina y además pertenece a la secretaría política de no sé qué grupo.

Esta tarde me han invitado a comer en su rinconcito. La pobreza de la mesa tiene un encanto limpio y gracioso. Es un detalle, una nimiedad, una imperceptible superfluidad, lo que da, sin embargo, una sensación de bienestar en esta mesa pobre, de gente al margen, que voluntariamente renuncia al bienestar burgués.

Esa nadería es lo que hace posible esta vida heroica del camarada Juan y su compañera. Es ese vaso con flores colocado hábilmente sobre la mesa, o ese vestido elegante de ella, o este

cigarrillo turco de él, lo que permite la heroica persistencia de dos seres jóvenes y apetentes de todo en este régimen de austeridad del revolucionario militante.

El ideal revolucionario —del auténtico revolucionario contemporáneo, no del que aspira a derribar este o aquel Gobierno—, el ideal antiburgués no consiste en la destrucción del bienestar que han sabido crear los burgueses, sino en la limitación del apetito de cada uno por esos goces.

Yo no pienso ahora en el camino que se sigue para lograr esto, pero me basta el espectáculo emocionante de esta gente diseminada por Europa, que sabe poner un límite a sus apetencias sensuales, frente al desenfreno a que se ha lanzado la burguesía europea después de la guerra, para que tenga una consideración espiritual por este ideal nuevo.

Esta señora a la que hay que ahorcar.

Esta señora, que tiene unos treinta y tantos años franceses —unos veinticinco años españoles —, está casada; pero, según ella misma dice, no es feliz en su matrimonio. Y hace desgraciado a su marido, suponiendo que él se considere desgraciado por tal cosa. Esta señora es rica; posee unos buenos pedazos de la fértil tierra de Francia que le permiten gastar al año una renta de muchos miles de francos.

Se levanta temprano, se dedica amorosamente al cuidado de su cuerpo, come bien, como sólo se sabe comer en Francia, y se lanza a los bulevares a escoger entre los transeúntes su compañero en ese anhelo de gozar de la vida que ella considera tan legítimo.

—Hasta ahora —me dice— soy feliz; más adelante, cuando pasen unos años y empiece a verme sola y triste, gastaré mi renta en pagar a quien me haga amar la vida todavía.

Cuando esta buena burguesa me hablaba así, yo intenté explicarle que la vida es algo más compleja, que hay muchas maneras de amarla, que la categoría de ser humano tiene otras exigencias. No me ha entendido.

Y yo estoy convencido de que hay que ahorcar a esta señora. No me preocupa demasiado esta necesidad porque sé que un día encontrará al bandido polaco que la asesinará a puñaladas en el cuartito de un hotel *meublé*. Porque son los polacos los que cometen todos esos crímenes «pasionales» de París.

París.

5.
Proyecciones de Ginebra en el lago

(10 de agosto de 1928)

Cuando se muere un ginebrino, Ginebra entera tiene contraída la obligación de ponerse de luto. El ginebrino es el hombre más sociable de Europa. Pertenece, por poca significación social que tenga, a una o dos docenas de Sociedades benéficas, excursionistas, cooperativas, musicales, deportivas, etc.; a más, claro es, de las agrupaciones profesionales.

Y, claro, cuando se muere, todas estas entidades han de manifestar su sentimiento por la pérdida del afiliado en las esquelas de defunción que se reparten y se publican en los periódicos.

Como todos los días se mueren varios ginebrinos, este espectáculo de solidaridad social es permanente. Ginebra entera está sintiendo en cada momento los hijos que se le mueren.

¿Usted qué toca?

Un gran contingente de estas Sociedades que entrecruzan la vida social ginebrina lo dan las agrupaciones musicales. Todo hijo de Ginebra pertenece a una agrupación musical. No importa que carezca en absoluto de capacidad para la música. ¿Usted qué toca? Lo que sea. Ya encontrará un instrumento a la medida de sus facultades; lo importante es que forme parte de una orquesta, o de una charanga, o de un coro, o de una banda de tambores.

Las grandes paradas de la ciudadanía consisten aquí en el desfile de muchos miles de ciudadanos tocando algo: la gaita, la ocarina, el trombón, lo que sea. Nadie se exime de esta servidumbre.

A menos que no sea miembro del Cuerpo de Bomberos, que para estos pacíficos suizos es como para nosotros —para algunos de nosotros—, pertenecer a un instituto armado. Así como en España hay quien es oficial de complemento, aquí se es bombero honorario.

Sorprende la cantidad de iglesias que hay en Ginebra. Casi una para cada ciudadano. Yo creo que en Suiza todo el mundo es prácticamente de algún culto.

Lo divertido es la variedad. Hay iglesias católicas, protestantes, ortodoxas, griegas, judías, anabaptistas, de todo. El adolescente suizo, por lo visto, curiosea los entresijos de estas diversas confesiones y al final se afilia a la que mejor le va. Escoge su religión como escoge la charanga de que ha de formar parte.

Ninguna de estas iglesias tiene en Suiza un carácter militante. Cada cura tiene su parroquia y de ella vive sosegadamente, procurando satisfacerla y que no se le vaya a la tienda de enfrente.

Paisaje ginebrino.

Ginebra es un vergel. Llana como la palma de la mano, se extiende a las orillas del Leman, rodeada de verdura que se le mete calles adentro hasta el corazón mismo de la ciudad. Al fondo, los Alpes.

Ninguna impresión, sin embargo, de grandiosidad. Nada sublime, nada desmesurado; todo tiene una corrección municipal.

Los alrededores de la ciudad, cuajados de villas graciosas incrustadas en el follaje, dan una sensación tan grata, tan apacible, tan sedante, que uno piensa que es éste el sitio del mundo donde más intensamente ha de sentirse el goce de vivir serenamente, vegetando un poco, como los árboles vecinos; pero con plena consciencia del vegetar, sintiendo cómo al espíritu se le caen las hojas muertas y le nacen los nuevos brotes lentamente, naturalmente.

No me acostumbro a la idea de Rousseau aquí.

Gente al margen.

El suizo no acaba de serme simpático. Se parece demasiado a sus encinas. Tanto monta un encinar como una tropa de ginebrinos.

Cuando se piensa que esta gente, tan sosegada, tan prudente, tan correcta y discreta, está aquí atrincherada en el cogollo de Europa, dentro de sus pequeños egoísmos municipales, desagrada un poco. El caso aquel, que se consideraba ejemplar, de la neutralidad de Suiza durante la guerra europea me asusta y me hace temer que, por encima de todas estas virtudes locales, mejor aún, domésticas, del suizo, hay una terrible incapacidad espiritual. No se puede estar tan al margen. En el mundo hay algo más que los intereses de la Sociedad Excursionista y de la Armonía Náutica.

Me gustaría que esta gente se emborrachara algún día de algo y, abandonando esta tierra magnífica, se echara por el mundo a hacer cosas insensatas.

La influencia del lago.

Un lago es una cosa perfectamente estúpida. No tiene ningún sentido. Mejor dicho, tiene únicamente este sentido doméstico de la vida que tienen los suizos. Esto de dar vueltas al lago, bañarse en él y pasear por sus orillas, es una actividad doméstica, de buen hombre casero, sin imaginación, sin el sentido dramático que la vida ha de tener fatalmente.

El lago es grande. Hay veces que se encrespa y parece un mar. Me dicen también que es muy peligroso; pero yo no sé verlo más que como un artefacto del menaje casero de los suizos; como una bañera o, a lo sumo, una piscina. Cuando se tiene un lago como el Leman, lo menos que se puede hacer es dignificarlo, redimirlo de su triste condición casera, inventándole una leyenda. ¿No se les habrá ocurrido a los ginebrinos atribuir ninguna virtud maravillosa, algún hecho sobrenatural que dignifique estas aguas muertas del Leman? Yo no conozco ninguna leyenda del lago, y mientras no la conozca, estoy dispuesto a despreciarlo, como desprecio la bañera de cinc de cualquier amigo. Cuando se vive junto a un lago, para justificarlo, lo menos que se puede tener es imaginación.

El llavín del cuarto.

Cuando las chicas suizas cumplen los quince años tienen cierto derecho —como los chicos de su edad en España— a que sus padres les entreguen un llavín del cuarto en que habitan, para recogerse a la hora que mejor les plazca.

Me divierte mucho pensar en el espanto que esta vieja noticia produce en el ánimo de los honrados padres españoles, pero quiero tranquilizarlos. En ninguna parte del mundo ocurre nunca nada extraordinario, y las chicas ginebrinas de quince años, con el llavín de su casa en el bolsillo, se recogen a la hora que les da la gana, pero no hacen de su libertad nada que deje de hacer una recatada señorita de Cuenca, Córdoba o Burgos. ¿Qué desea usted saber lo que hace sola hasta altas horas de la madrugada una señorita ginebrina? Pregúnteselo a la señorita de Cuenca, Córdoba o Burgos que tiene usted más cerca. Exactamente lo mismo, aunque una esté encerrada bajo siete llaves y la otra lleve en el bolso su llavín.

Ginebra.

6.
La conmemoración de la República en Berlín

(16 de agosto de 1928)

Síntoma.

Esta mañana, cuando me disponía a ir a las oficinas de una importante entidad industrial alemana, he caído en la cuenta de que era día de fiesta nacional: el aniversario de la Constitución de Weimar. Cuando lamentaba esta contrariedad, el amigo que me acompañaba por Berlín y que sabe tomar el pulso con gran exactitud a la vida alemana me dijo:

—Vamos, sin embargo, a esas oficinas, por si no celebran la fiesta de la República. Ahora, si en esa casa la celebran, tú retrasarás tu viaje; pero podrás decir que en Alemania está instaurada definitivamente la República.

Fuimos y, efectivamente, era día laborable.

La bandera republicana.

Alrededor del Reichstag se ha estacionado desde primera hora de la mañana una gran muchedumbre. No demasiada, ni demasiado entusiasta. Paciente, eso sí. Estos miles de personas se han plantado en la plaza de la República a las diez de la mañana; es la una, y esperan todavía. En la gran escalinata que da acceso al palacio, unas charangas y unos coros entretienen a la multitud con el «Deutschland, Deutschland uber alles», mientras en el salón de sesiones Müller pronuncia el discurso de conmemoración. En la sala, muchos chaquets y muchos sombreros de copa. Ya se sabe: cuando en un local de Alemania se ven muchos chaquets y muchos sombreros de copa, es que aquél no es un sitio de buen tono.

Los militantes de la «Bandera Alemana» —en Alemania hay que decir siempre militantes—, circulan entre la multitud repartiendo banderitas de la República e insignias republicanas. La multitud aguarda pacientemente bajo un solazo que hace agua los sesos de estos alemanes, con el cráneo afeitado y el sombrero en la mano. Ya se han llevado a cinco o seis entusiastas republicanos con síntomas de congestión por el calor, cuando termina la sesión, en la que se ha repetido una vez más que la República ha salvado al Imperio, y que la sombra de Bismarck está obligada a sentir ciertas veleidades republicanas en vista de ello. El presidente Hindenburg sale del Reichstag acompañado de los miembros del Gobierno y de una gran masa de diputados, pero inmediatamente detrás de él forma una muralla la guardia de Seguridad. La multitud lanza los tres «¡hoch, hoch, hoch!» reglamentarios y agita las banderitas republicanas un poco más entusiasmada ante la presencia del antiguo caudillo.

El presidente pasa revista a las tropas que han acudido a rendirle honores; pero la revista que el presidente Hindenburg pasa a los soldados no se parece a la revista de ningún otro presidente. Hindenburg, a medida que los soldados de la República desfilan ante él, les cuenta los botones de la guerrera, mide la inclinación de los fusiles y advierte el rumor de una pisada un cuarto de segundo más adelantada o retrasada que las otras. Es fatal. El viejo no puede haber olvidado su oficio.

Fiesta cívica.

Esta de la conmemoración de la constitución de Weimar se aspiraba a que fuese la fiesta cívica de Alemania. Poco a poco se va consiguiendo. Cada año, el aspecto de Berlín, el 11 de agosto, es más animado. No será nunca el 14 de julio de París, pero ya hay en las calles, el día que se conmemora la República, un alborozo civil que hace unos años parecía imposible provocar en

Alemania. Pero aquí se está dando un caso extraordinario: primero hubo revolución, una revolución que brotó por generación espontánea; luego ha habido revolucionarios; primero hubo República; ya va habiendo republicanos. Los alemanes se disculpan. «Está creando poco apoco tantos intereses la República… Da de comer a tanta gente...»—nos dicen como justificación.

El tono de la República.

A medida que avanza el día y correteo de un sitio a otro en busca de los lugares donde se conmemora la Constitución de Weimar, deseoso de tener una sensación neta del sentimiento republicano de los alemanes, voy convenciéndome de que, efectivamente, la República tiene ya una fuerza casi indestructible. Sin embargo, el que no sea alemán no encontrará todo esto bastante republicano; desconfiará siempre. Y es que del sentimiento republicano nosotros conocemos otro tono, otra manera de manifestarse. Por la noche he asistido a la función celebrada en el Teatro de la Ópera. Se han cantado unos salmos, unos himnos y unos trozos de Händel. Magníficos, imponentes, pero para un latino, poco republicanos. El tono de la República alemana a nosotros nos parece demasiado grave, excesivamente profundo y melancólico. Es que no concebimos el fervor y mucho menos el fervor republicano, en ese tono germánico.

Las manifestaciones en las calles.

A las diez de la noche se han puesto en marcha, a través de Berlín, las manifestaciones republicanas organizadas ante el edificio del Reichstag. Son cinco o seis, compuesta cada una por diez o doce mil personas, y parten todas, en forma de estrella, desde el Reichstag hacia la periferia de Berlín. El espectáculo de estas manifestaciones es para nosotros maravilloso.

Consisten en el desfile de una serie de agrupaciones adictas a la República, cada una con su bandera y su charanga; en cuanto tienen un pretexto se ponen un uniforme, y si no un uniforme completo, algo que lo recuerde. Los manifestantes van de cuatro en cuatro, marcando el paso y guardando las distancias. Llevan hachones encendidos y de tiempo en tiempo los levantan en alto rítmicamente, mientras vitorean a la República.

Las gentes que componen estos cuadros de manifestantes, en todo idénticos a los pelotones de una tropa cualquiera, son emocionantes. Todo el que tiene vivo el sentimiento republicano se siente en el deber de manifestarlo sumándose a esta retreta, y así desfilan unidos a su grupo los tipos más extraños. Una viejecita con su cofia grotesca, que va pegando saltitos para seguir el compás de las piernas fuertes de los tres mocetones que le han tocado en su fila; un padre de familia con su esposa y sus vástagos; un novio con el brazo cruzado por el talle de su novia; un paralítico, en su carricoche; cojos terribles que desafían el ridículo de su cojera entre las filas marciales ante el íntimo deber de contribuir a la manifestación… Es sencillamente emocionante.

Durante todo el trayecto, las charangas, dirigidas por el pomposo bastón de borlas del tambor mayor, van tocando sus marchas germánicas; tocan también, incansables, las bandas de música, formadas por ciudadanos, que sobre el tambor de su barriga se cuelgan otro patriótico tambor, y cantan sus himnos todas las agrupaciones.

Las masas de manifestantes toman de pronto un aire procesional solemnísimo al desfilar los estudiantes. Me dicen que es la primera vez que los estudiantes se suman a la conmemoración de la República con una nutrida representación. Muy serios, con sus gorritas absurdas, sus levitas, sus cortes en la cara, sus pantalones blancos y sus botas altas de montar provistas de espuelas, los estudiantes de Berlín se han adherido, al fin, de un modo brillante a la República, y no sin cierto airecillo arisco, desfilan bajo sus enormes banderas altas como mástiles. Esta mascarada grotesca de los estudiantes alemanes es seguramente muy pintoresca; pero poco simpática.

Y así, media hora, una hora… los millares de personas que el último año han figurado en las manifestaciones republicanas ha superado en el doble a los de los años anteriores. En las calles

habrá, además, muchos miles de personas que seguramente habían salido un poco escépticas todavía, y al volver a sus casas habrán ido pensando que fatalmente Alemania es ya republicana.

Pero, en fin, todavía esto no es el 14 de julio. Ni lo será nunca.

Berlín.

7.
Los tés de Stresemann

(17 de agosto de 1928)

Un día a la semana, el ministro de Negocios Extranjeros del Reich da un té a los periodistas. He asistido al té de esta tarde, celebrado en el umbroso jardín del Auswërtiges Am. Los periodistas, agrupados en varias mesitas esparcidas por el jardín, según las ideas políticas de cada uno, sus simpatías o sus nacionalidades, charlaban de los temas políticos del día con los altos jefes del ministerio, cambiaban impresiones, inquirían… Tengo la impresión de que la política exterior de Alemania, hoy tan difícil, se plasma un poco en estas reuniones, en estas sencillas charlas, ante una taza de té.

Stresemann, enfermo todavía, no asiste a la reunión de esta tarde; en su lugar, el doctor Zechlin, jefe de Prensa del Gobierno del Reich, va informando cautamente a los representantes de la Prensa, a través de una charla llena de interrupciones y de elocuentes pausas. El espectáculo es tan nuevo, tan inusitado para un periodista español, que acaso me haya dejado arrastrar un poco en mi somero juicio sobre la política alemana por este buen tono, esta corrección exquisita de las relaciones entre el Gobierno y la Prensa. No dejo por esto de darme cuenta de que, en definitiva, estos tés del Ministerio de Estado son una manera suave de orientar y captar la opinión del periodista en determinado sentido. Pero, en fin, esta labor, que yo supongo es tan discreta, deja tanto margen a la interpretación personal, que yo consideraría estos simples cambios de impresiones como una fortuna, aun colocándome en el caso de periodista situado en franca oposición al Gobierno. Con este sistema de conocimiento mutuo, el Gobierno obtiene, por lo menos, la seguridad de poder desvirtuar, más eficazmente que con notas oficiosas u otras medidas gubernamentales, cualquier campaña o tendencia perniciosa. No hay modo de mantener una postura equívoca —tanto por una parte como por la otra— cuando frente a frente se discute y razona serenamente.

Yo he dedicado la tarde a conversar con el doctor Gördes, jefe de la Sección de Lengua Española del Departamento de Prensa del Gobierno. Hemos hablado libremente de hispanoamericanismo, de la propaganda alemana en Hispanoamérica y de política interior española y alemana. He expuesto francamente al doctor Gördes mi opinión sobre todos estos temas, he escuchado la suya y le he visto sonreír a veces y a veces callarse diplomáticamente, y al final hemos juzgado nuestra conversación tan interesante, que nos hemos citado para comer juntos y volver sobre estos temas más íntimamente.

Con este margen de libertad para exponer las opiniones que la educación política exige, el periodista de oposición puede ir sin desdoro a los medios gubernamentales, seguro de que si el criterio oficial puede influir en el suyo propio, él, por su parte, puede también influir más o menos directamente en el criterio oficial. Pero es indispensable para esta relación ese minimum de libertad a que aludimos.

Cada vez soy más fervoroso partidario de la compenetración. Creo que todo lo que se hace en el mundo es producto de fusiones de ideas, de sentimientos o de fuerzas. Lo peor del mundo es el aislamiento, las fronteras, el ignorarse los unos a los otros, el negarse.

En Alemania se da un caso curiosísimo. El tipo de alemán cerrado, auténtico, podríamos decir castizo, es el bárbaro por antonomasia. Es el tipo que engendró la guerra; el alemán que no creía más que en Alemania y que no conocía más. Por el contrario el alemán viajero, el que desata este magnífico espíritu aventurero de los germanos y se lanza por el mundo y se contrasta, llega a dar un

tipo de tan fina sensibilidad como un latino. ¿Qué es la latinidad sino un mar abierto siempre ante el espíritu?

La rectificación fundamental operada en el espíritu alemán después de la guerra es ésta. Haber pasado del nacionalismo al internacionalismo; del tipo castizo al cosmopolita; de la lucha a la compenetración. Este radical cambio de criterio es lo único verdaderamente revolucionario que ha habido en Alemania, lo que ha consolidado la República y ha hecho imposible la vuelta de la Monarquía. A los que desconfían de aquella revolución que hizo Alemania para derribar el kaiserismo, nosotros le señalaríamos la figura de Stressemann, rodeado de periodistas en este jardín del Auswärtiges Am, como el hecho más auténticamente revolucionario de Alemania.

Berlín.

8.
El «Ku-Ka» y los honrados burgueses de Berlín

(20 de agosto de 1928)

El «Ku-Ka» o Kunstler Kafee (café de los Artistas) es un pequeño cabaret en el que se reúnen de ocho a doce de la noche hasta un centenar de personas de la más humilde y sencilla burguesía: burócratas, comerciantes, pequeños industriales, algún modesto propietario. Este público prudente y sensato, viene, sin embargo, al «Ku-Ka» para presenciar regocijado un espectáculo que en España horrorizaría al más comprensivo burgués.

En el centro del «Ku-Ka» hay una tarima y un piano. Mientras la gente toma tranquilamente su café, esta tarima es asaltada sucesivamente por los tipos más explosivos de Berlín: poetas, filósofos, polemistas, recitadores, calculistas, actores, actrices, cancionistas, bailarines, negros, amarillos, cobrizos, todos los exotismos de raza o de intelecto. Estos tipos suben a la tribuna libre del «Ku-Ka» a lanzar una bomba; son artistas en formación, en agraz, gente agria y detonante, que quiere ante todo llamar la atención. Ya se sabe por los pequeños burgueses del público que cada muchachito de estos que salta a la tarima lleva un petardo en el bolsillo.

Esta noche se ha plantado de un salto delante del piano un judío joven, un inconfundible judío, ya un poco en arco el cuerpo a pesar de su juventud; pálido, brillantes los ojos negros, curva —cómo no— la nariz. Con las manos metidas en los bolsillos del «smoking», ha paseado la mirada por el auditorio con ese mecer la cabeza característico de los judíos, y se ha puesto a recitar. Es una poesía suya contra la juventud deportista. A este pequeño judío le molesta el deporte, el sentido deportivo de la existencia, y arremete bravamente, más que contra quienes lo practican, contra quienes hacen de él poco menos que un sistema filosófico y una escuela literaria. Me dicen que este joven poeta está en la vanguardia literaria alemana y, aunque desconocido todavía —al «Ku-Ka» no vienen más que los inéditos—, goza ya de cierto prestigio como representante de una reacción contra el sentido deportivo del arte.

El honrado público del café de los Artistas aplaude al judío, y entonces éste se envalentona, levanta el espolón de su nariz y recita de nuevo. Es una agria poesía contra la iglesia erigida a la memoria del kaiser Guillermo en la Auguste-Victoria Platz. Esta iglesia, situada a cien metros del «Ku-Ka», es uno de los monumentos más artísticos de Berlín. Enclavada en el centro de la ciudad, entre la Kurfursterdamm y la Tauentzienstrasse, es, realmente, con su arquitectura gótica del florecimiento, reforzada con elementos románticos, un claro símbolo del imperialismo subsistente hoy en el corazón de Berlín.

A nuestro pequeño judío le molesta la supervivencia de este símbolo en el Berlín de la República, y quiere destruirlo. Arremete contra él, no con grandes palabras, sino arteramente: la iglesia estorba, estorba, estorba. Hay que derribarla, sencillamente, porque dificulta el paso de los tranvías y los taxis. La Alemania de hoy no puede consentir a la Alemania de ayer esa pequeña molestia de tener que dar la vuelta alrededor de una iglesia. «Esa iglesia —dice— no es nuestra; es del kaiser Guillermo; se erigió a su memoria. Debemos, pues, mandársela piedra a piedra, para que en su destierro se entretenga en jugar con los sillares de piedra como juegan los chicos con sus cuadraditos de madera.»

El desprecio hacia el kaiserismo que esta poesía rezuma, produce entusiasmo indescriptible entre el público de burgueses del «Ku-Ka». Se aplaude frenéticamente al pequeño judío enemigo del kaiser con tanto fuego, que uno se queda sorprendido un momento, incapaz de reconocer en este pueblo al pueblo de antes de la guerra, del gran tiempo, como los alemanes mismos dicen.

Después de escuchar estas explosiones de júbilo antiimperialista a un público de burgueses alemanes, yo estaría absolutamente convencido de que en Alemania se había operado la revolución más grande que registra la Historia, si no hubiese sido por un amigo valenciano que hace poco me contaba la siguiente anécdota:

Se celebraban elecciones en Alicante, y un famoso hombre de ciencia alicantino había presentado su candidatura. Para defenderla convocó a un mitin, al que acudieron diez, doce, quince mil personas. Hizo su discurso el candidato, y al final quiso conmover a sus paisanos relatándoles cómo en cierta ocasión se había encontrado en el tren, camino de Madrid, a un viejo repúblico, por cuya venerable faz corrían abundantes lágrimas a medida que se alejaban de Alicante. Quiso el candidato participar de su dolor, y le interrogó sobre la causa que tuviera. «Soy —dijo el acongojado caballero— Maisonave, ex ministro de la República. He consagrado mi vida al bienestar de mi patria y principalmente al bienestar de mi ciudad, Alicante. Lloro porque acabo de ser derrotado precisamente en Alicante.»

Esta anécdota que el nuevo candidato alicantino contó a sus electores, produjo tal emoción, que las diez, doce o quince mil personas que le escuchaban prorrumpieron en un grito unánime: «¡No!... ¡No!» Aquellas buenas gentes alicantinas, tocadas en lo más vivo del sentimiento regional, estaban dispuestas a rasgar sus vestiduras, y vociferaban jurando dar el triunfo al candidato alicantino por encima de todas las cosas.

En efecto, se celebraron las elecciones y el alicantino obtuvo siete votos.

*

Después del poeta judío antiimperialista ha subido a la tribuna un negro. Este negro es también enemigo personal del kaiser. Cuenta, en desprestigio del kaiserismo, unos chascarrillos grotescos que acompaña con su expresiva mímica negra. La gente ríe estas burlas a mandíbula batiente. No hay en toda la sala ni un signo de desagrado, ni siquiera una actitud indiferente. Todos son felices cuando alguien sale a ridiculizar al viejo emperador.

Sin embargo, he podido hacer una observación: los alemanes se divierten, eso sí; pero los que arremeten contra el viejo imperialismo no son nunca alemanes: judíos, negros, eslavos… Me falta ver al alemán. Mientras tanto, no olvidaré al candidato alicantino.

*

Finalmente, ha subido al estrado del «Ku-Ka» una muchachita que también ha dicho su poesía con un acento angelical. Esta muchachita hace unos versos dulcemente irónicos contra las jovencitas de su tiempo, contra las que, usando la fraseología madrileña, llamaríamos «las niñas pera» de Berlín.

El principal pecado de que esa cándida poetisa acusa a sus compañeras es el de desvío para con el hombre. Las «niñas pera» de Berlín se entregan cada vez más fervientemente al ejercicio del amor sin objeto, y este pecado, cuya prosperidad nos deja a nosotros, varones, tan desairados, era descrito por la joven moralista tan al vivo, con tan morosa delectación, que no pude menos de ruborizarme, mientras a mi lado un honrado padre de familia, con su respetable esposa y sus tiernas hijas, aplaudía satisfecho la amable sátira de la poetisa.

Cada vez estoy más convencido de que la interpretación de la moral es una simple cuestión de latitud.

Berlín.

A los veintidós días de incomunicación aparece Chaves Nogales perdido en una aldea del Cáucaso

(28 de agosto de 1928)

Un accidente de aviación le deja junto al monte Elbrús, lugar de espíritus malignos y donde se posó, según leyendas, el Arca de Noé.

El raid periodístico de Chaves Nogales ha entrado en unos instantes de excepcional interés. Los que conocemos su vibrante espíritu, el dinamismo prodigioso do su temperamento, no era fácil que nos resignáramos a que el viaje se cumpliese con la formalidad sedentaria del simple turismo. Y aunque éste, al decantarse en un cerebro de la originalidad del de Chaves Nogales, se ha trocado en crónicas del humor o la emoción de las que lleva escritas, auténticos modelos del periodismo actual, lo inesperado, lo que da a un viaje categoría de gran información no podía faltar. Y ahora acaba de surgir. La página no puede ser más emocionante; tiene un vidente sintetismo, que es un guion de folletinescas sugerencias: Chaves Nogales se halla perdido en una aldea del Cáucaso.

Hace veintidós días justamente, desde que el viajero a bordo de un «Juncker» se perdió en los cielos de Berlín con rumbo a Rusia, no teníamos la menor noticia del gran repórter. El raid hasta ahora iba cubriéndose cronométricamente. El 12 de julio abandona Madrid, y el mismo 12 llega a Barcelona; el 13, tras de un imprevisto aterrizaje, recala en Marsella; el 14, en París, donde permanece cuatro días; el 19 visita Ginebra; pasa por Zurich el 20, y del 21 hasta el 28 permanece en Berlín, de donde parte el 30 para Moscú. Ya en Rusia, nos llega el 6 de agosto una carta entusiasta y decidida. Y desde el 6 hasta hoy 28 transcurren días y más días sin que por ningún lado aparezca Chaves Nogales.

Comprendemos entonces hasta qué punto el raid, que sobre el papel parecía una sucesión de etapas más o menos interesantes y pintorescas, guardaba un grueso grano de emoción.

Rusia, para el hombre del Occidente europeo, es un enigma intrincado; aparte de su caos político, donde las pasiones andan muy sueltas, existe el otro inquietante caos de sus extensiones terribles, donde la civilización no penetró aún abiertamente. El aeroplano de Chaves Nogales ha podido caer en un lugar peligroso. Conforme pasa la incomunicación evocamos los folletines políticos, de espionaje y de salteadores, que tan copiosamente nos ha servido la literatura moscovita de todo tiempo. Hacemos funcionar el teléfono con París y Berlín inútilmente. El paradero de Chaves Nogales se ignora en absoluto. Cada correo sin noticias aumenta la zozobra. Al fin, hoy 28, el primer reparto nos produce una alegría: Chaves Nogales vive. Una tarjeta postal, sin fecha ni punto de salida, nos dice: «Hemos tenido otro accidente entre Kar Kof y Baben. Estoy en el Cáucaso. Después de caminar por estos campos utilizando todos los medios de comunicación prehistórica he llegado a Mineralivodsk, donde estoy. Chaves.»

Y un poco después, a las dos de la tarde, recibimos la siguiente postal, que reproducimos, arrugada, sucia, como el mensaje de un Robinsón moderno, en el que la ironía pone en calma a la desesperación: «Chaves Nogales está a salvo en la aldea de Sovoroska; en pleno Cáucaso, en tierras casi inexploradas por la planta europea; en un rincón, en fin, donde rusos, cherqueses y tártaros viven en un ambiente casi salvaje. Sovoroska no posee en los atlas y diccionarios el menor punto de referencia. Situada frente al monte Elbrús, un macizo de 5.629 metros completamente nevado. Chaves ha ido a caer, por suerte para sus futuras crónicas, en un punto original, bárbaro e interesantísimo. Tierra de mujick, de Gorki, de cosacos y de supersticiones.

»El monte Elbrús se aroma con las leyendas más extraordinarias: historias de espíritus malignos que pueblan sus cumbres entenebrecen la paz de aquellos campos. Y sobre esto, el monte Elbrús posee una tradición más brillante. Según ciertos historiadores, fue el punto preciso donde se posó el Arca de Noé al acabar el diluvio.»

Chaves Nogales ha *resucitado*, y con la originalidad que a su pluma se rinde siempre, en un trozo del planeta pintoresco, feliz y casi olvidado en la más distante página bíblica.

9.
Un vuelo durante la noche desde Berlín a Koenigsberg

(8 de septiembre de 1928)

Un formidable trimotor Junkers nos espera en el andén de Tempelhof, dispuesto para el vuelo nocturno. Lleva sus farolitos rojos en el timón y en la proa, y en los extremos de las alas dos paquetes de magnesio, que, en caso de aterrizaje forzoso, el piloto incendia para iluminar la noche con fogonazos sucesivos y entrever siquiera el lugar donde posarse. Ocupan sus puestos el piloto, el mecánico y el radiotelegrafista, y conmigo suben a la cabina una señora rusa y un yanqui completamente ebrio; pero, eso sí, correctísimo. A los costados de la cabina lanzan sus lengüetas anaranjadas y azules los tubos de escape de los motores, y el avión corre temerario por el cuadro del aeródromo, marcado en la negrura de la noche por cuatro líneas de lucecitas rojas, como sartas de rubíes.

Al despegar, el avión hace un viraje y avanza sobre Berlín a una altura de 300 metros.

Volar sobre una ciudad como Berlín durante la noche es el espectáculo más grandioso que nos puede ofrecer la civilización. El espíritu humano lleva muchos siglos maravillándose ante el espectáculo del firmamento durante la noche; los poetas de todos los tiempos han cantado la grandeza del Creador cada vez que consideraban la inmensidad del cielo tachonado de estrellas, y puede decirse que el sentimiento de lo sublime en la Naturaleza subsistía ya sólo porque el espectáculo de la noche, espolvoreada de luz, seguía siendo insuperable. Pero esto ha sido también superado.

Imaginad un firmamento mucho más vasto que el que puede abarcarse estando a ras de tierra y poblado con muchas más estrellas que estrellas hay en el cielo; muchas más y mucho más brillantes. El firmamento de la divinidad, el firmamento que ha hecho creyentes a los hombres y divinos a los poetas, es, frente a este firmamento mentido por nosotros —uno arriba y otro abajo—, un pobre y triste espectáculo. La *mise en scène* de la divinidad es más pobre y *demodé* que la de los alemanes. El espectáculo del firmamento es mucho más brillante mirando Berlín durante la noche desde un avión, que tumbándose boca arriba para contemplar el firmamento auténtico. Hay entre ellos la misma diferencia que entre una revista montada por Folies Bergère y la misma revista representada en un teatrito de provincias. El Creador va a tener que echar mano de un nuevo electricista para mantener la competencia con los alemanes.

El centro de Berlín es una gran masa incandescente; la Unter den Linden, lo que querría ser la pobre y desteñida Vía Láctea; la rudimentaria arquitectura de las constelaciones hecha para sencillos pastores, no tiene ninguna importancia al lado de la difícil geometría de estos millones de lucecitas que brillan allá abajo describiendo las calles de la ciudad; la luz tenue e igual de las estrellas envidiaría las gemas riquísimas de estas estrellas urbanas en las que hay diamantes, zafiros, rubíes, amatistas, esmeraldas y ópalos.

Poco a poco, el avión va dejando atrás el ascua de oro de la ciudad, y la negra bocaza de la noche se nos va tragando.

El *gentleman*, que quiere dormir su borrachera, nos pide permiso para dejar a oscuras la cabina. Ya no se ven en la negra fauce más que las luces de posición del Junkers y las tres espadas flamígeras de los tres motores batiéndose incansables con la noche siempre a nuestro lado. La audacia de esta frágil maquinaria que acomete a la noche y la perfora sin miedo sobrecoge el ánimo del viajero que, a oscuras en el interior de la cabina y de sí mismo, no puede desechar todavía el temor ancestral a las sombras.

Débilmente ha surgido en el cuenco de la noche un parpadeo sutil. Todavía no se sabe bien lo que es. Como un beso que nos dieran cuando estamos aún dormidos. La débil caricia se repite cada vez más intensamente. Es el primer faro que sale a saludarnos en nuestro viaje. El avión se alegra de encontrarle y avanza hacia él rectificando su ruta. El faro, al sentir nuestra proximidad, agita entusiasmado su gran brazo como si nos llamase, y aunque el avión sigue desdeñoso su camino, él no se enfada y nos acompaña todavía durante muchos kilómetros, lanzándonos sus abanicos de luz. Luego, otra vez la noche; las lenguas de fuego a nuestro lado y el jadear de los motores que van penetrando temerariamente este mito de las sombras.

Otra vez surge en el fondo de la noche el prodigio del firmamento cuajado de luz: Dantzig. El ronquido de los motores conmueve el silencio de la ciudad en el conticinio. Pasamos de largo por no despertarla y nos adentramos en el mar siguiendo la lengua de tierra que protege su puerto. Hay un momento en que la mancha negra de la tierra se extingue y el avión navega en mar abierto sobre la ancha procela sin límites. En este momento, uno piensa en la terrible soledad de horas y horas que atraviesan los héroes del Atlántico perdidos en la noche inmensa del mar sin más asidero que los latidos del propio corazón y el tremolar de la llamita del motor. Y lamenta no tener alma bastante para imitarles. Debe ser la gran emoción de nuestro tiempo.

En el momento en que quiebra el alba avanzamos sobre el mar hacia Koenigsberg.

Otra vez el cuadro de rubíes del aeródromo. Cuando el avión se posa sobre el campo y salimos de la cabina, nuestros pobres huesos, ateridos nos dicen que el vasto mundo, el cielo, el aire y el mar son demasiado inclementes para con esta cosa blanda y tibia que es la humanidad. Y castañeteando los dientes nos metemos en la cantina del aeródromo.

¡Qué grato, este vaho de humanidad, este calor y esta luz, después de la travesía por la nada del espacio!

La cantina está llena de gente, humo de tabaco y vaho de cerveza. Un grupo de estudiantes borrachos grita y manotea, pasando la noche en plena juerga. ¡Magníficos tipos estos estudiantes de Koenigsberg! Uno de ellos, con la minúscula gorrita derribada sobre la oreja, se obstina en convencerme de que sus compañeros son unos cochinos borrachos pero unos excelentes hombres de ciencia. Y me los va presentando ceremoniosamente.

—Yo soy economista —termina diciéndome.

Por mi parte no tengo más remedio que decirle, al menos, que soy español.

—La economía española —dice entonces— me interesa mucho.

—Pues está usted fresco —le respondo.

—Ustedes tienen en España —continúa— uno de los más grandes prestigios europeos en cuestiones económicas: Flórez de Lemus.

—Es cierto —le digo un poco emocionado ante el fervor con que un estudiante borracho me habla esta madrugada en el aeródromo de Koenigsberg de uno de los españoles auténticamente prestigiosos que conozco.

Y a la salud de Flórez de Lemus no hay más remedio que beberse dos enormes jarros de cerveza que a mí me exaltan un poco el patriotismo y a este joven y beodo economista acaban de darle la puntilla.

Felizmente el avión está ya dispuesto a partir para Riga y Moscú.

Koenigsberg. Septiembre.

10.
La entrada en Rusia: Smolensk

(10 de septiembre de 1928)

Vamos siguiendo el curso del Duina, que a costa de muchas vueltas y revueltas cruza toda la planicie letona y se mete en Rusia por la intersección de las tres fronteras polaca, letona y rusa.

Hemos cruzado la frontera y estamos ya volando sobre territorio ruso sin haber advertido ninguna solución de continuidad. Menos en eso de las fronteras, la tierra es exactamente igual a como se la habían imaginado los cartógrafos; a cierta altura, y por determinados paisajes, volar es exactamente igual que pasar el dedo sobre el mapa. Se encuentra todo tal y como el cartógrafo lo había previsto. Ahora, incluso están los grandes letreros de las ciudades escritos sobre el césped de los aeródromos. Todo exactamente igual. Menos las fronteras, que se ve en seguida lo falsas que son, lo que tienen de inexistentes.

Se va entrando en Rusia sin transiciones, suavemente. Sólo se advierte que los tejados de las casas campesinas son más obscuros, más pobres, más viejos. En las repúblicas bálticas, los campesinos cubren sus casas con tejados brillantes de maderas blancas y barnizadas; ya en Rusia, la isba, la literaria isba, muestra su cubierta obscura de cañas y barro dando una inequívoca sensación de pobreza al paisaje.

Las pequeñas casitas campesinas son cada vez más frecuentes. Todo el campo está sembrado de millares de isbas aisladas o reunidas en minúsculas aldeas de cinco o seis a lo sumo, que toman posesión auténticamente de la tierra. El campo ruso da la impresión de estar absolutamente ocupado, tomado por esos millones de campesinos perdidos en la inmensidad del territorio ruso. No he visto ningún país en el que la población esté tan extendida, tan diseminada sobre la superficie de la tierra. Cada 500 metros un grupito de isbas, cada 200 una cabaña, y así leguas y leguas. Mientras en el resto de Europa la población se concentra en grandes pueblos huyendo de la soledad de los campos, aquí éstos se hallan realmente habitados. El campesino ruso vive sobre el campo, a solas con él, sin ningún contacto con la ciudad, sin formar esos pequeños núcleos urbanos que son los pueblos de Europa.

El pueblo, la pequeña villa rural, no existe. Aldeas, millones de aldeas de quince, veinte, cincuenta habitantes a lo sumo. Parece imposible que este pueblo así diseminado, pueda ser gobernado jamás. La tradicional burocracia rusa, aquella formidable máquina que tanto sorprendía a los occidentales y que los soviets han heredado, se explica y justifica por esta fragmentación, esta atomización del pueblo extendido a lo largo de los campos.

El paisaje llega a ser desesperante. La sugestión de la inmensidad es tan persistente que ataca los nervios. Horas y horas de camino a una marcha de 200 kilómetros no ofrecen el consuelo de un cambio de decoración, de un accidente en el terreno, de una ciudad. Nada. Bosques y campos de siembra sobre una planicie interminable cuya redondez se muestra netamente en la línea del horizonte.

La vida rudimentaria, intemporal, eterna, que revelan estas chozas miserables de los campesinos rusos no tiene más signo de actividad superior que las iglesias. Millares de iglesias con sus cúpulas brillantes que levantan sus agujas como único indicio de un anhelo espiritual. Se ve en seguida que hasta ayer mismo ha sido la religión la única actividad espiritual de estos millones de seres apegados al terruño, que se ven desde la altura del avión como hormiguitas que van arañando con la uña del arado la corteza del suelo. Las iglesias en el campo ruso son la única flora espiritual de esta humanidad parda, del color de la tierra, tierra misma todavía. En sus cúpulas doradas o

verdes, y sus muros cuidadosamente enjalbegados, ha puesto el campesino ruso toda su capacidad radiante, todo el pigmento de su alma.

Las iglesias van jalonando todo el campo. ¿Se comprende ahora la fuerza indestructible de la religión entre esta gente, fuerza que ni siquiera la gran conmoción del comunismo ha podido anular?

Sin un accidente del terreno, sin encontrar el descanso de una pequeña ciudad —cien isbas y una iglesia, cien isbas y una iglesia—, recorremos los 500 kilómetros que nos separan de Smolensk, primera etapa de nuestro viaje por territorio ruso.

Smolensk nos sorprende con su dramática apariencia de burgo medieval. La ciudad, amurallada íntegramente, se levanta en el fondo de una cazuela como una apretada masa de casitas temerosas apiñadas en torno de una fortaleza, palacio o iglesia, que domina el burgo con talante feudal y lo protege.

El avión cruza sobre la vieja ciudad y va a posarse en un campo que tiene más aspecto de sembradura que de aeródromo. Se abre la portezuela de la cabina y una muchachita sonriente, con la cara ancha y redonda, un impermeable masculino y una gorra inglesa con la visera sobre los ojos nos pide nuestro pasaporte. Es un agente de la Gepeú.

Esta muchachita lleva bizarramente al cinto una pistola, y en la comisura de los labios tiene un cigarrillo al que da grandes chupadas mientras revisa los sellos y pólizas de nuestro pasaporte. Es muy gracioso y sorprendente el aire descarado y amable al mismo tiempo de esta joven y bella agente de la Policía. Todo está en regla, y la pintoresca muchacha nos autoriza para continuar nuestro viaje, para el que nos desea en correcto francés muchas felicidades.

Antes de reanudar el vuelo hacia Moscú, pasamos a una barraca con honores de restaurante donde nos sirven un *lunch* suculento. En Rusia, esto lo he confirmado después, se come maravillosamente.

Por los alrededores del aeródromo merodean algunos aldeanos con sus camisas de colores vivos, y un grupo de soldados rojos. Ya en todas partes encontraremos soldados rojos hasta el punto de que llegaremos a tener la impresión de que Rusia es el país más más militarizado del mundo. En todas partes la silueta característica del soldado rojo con la bayoneta calada.

Estos campesinos y estos soldados, gente de buen talante, nos despiden agitando las gorras alegremente cuando el avión levanta de nuevo el vuelo. Buena y amable gente.

Smolensk, septiembre.

11.
Cómo se vive bajo el régimen comunista

(11 de septiembre de 1928)

El Hotel Savoy es uno de los pocos signos del capitalismo que quedan en la Rusia soviética. De buena gana los bolcheviques lo hubieran hecho desaparecer; pero lo necesitan, es una de sus concesiones al capitalismo.

Diariamente pasan por Moscú unas docenas de extranjeros no comunistas con los que es preciso tratar y a los que hay que alojar a la manera burguesa. Son, por lo general, representantes diplomáticos, agentes del capitalismo alemán o norteamericano, periodistas de Empresas burguesas, ingenieros, arquitectos, gente de la que los soviets necesitan. Para ellos únicamente está abierto este Hotel Savoy, exactamente igual a todos los grandes hoteles del mundo, salvo en el precio. El comunismo consiente que se viva burguesamente; pero lo cobra caro.

Diez, quince o veinte rublos diarios dan derecho en Moscú a tener una cama de bronce, unas ostentosas cornucopias, unos sillones de raso, unos cuadros de estilo francés con grandes marcos dorados, un bolchevique que le pone a uno el abrigo ceremoniosamente y un camarero que le enciende oficiosamente el cigarrillo.

Esto, sin embargo, no da pretexto para creer que la vida comunista tiene ninguna contaminación burguesa. Yo he llevado al Hotel Savoy a comunistas de Moscú que, al descubrir aquel ambiente burgués en la sede del comunismo, se maravillaban como si súbitamente hubiesen sido transportados a otra época.

El sentido comunista de la vida cotidiana es la mayor conquista de la revolución. El ciudadano de Moscú vive de su grado o por fuerza en un régimen distinto al del ciudadano de cualquier otra parte.

Lo primero que se advierte es que ha sido suprimida toda superfluidad. La gente tiene necesidad de comer, dormir y reunirse, y a estas necesidades se atiende; pero sucintamente.

Yo tengo la impresión de que hoy no hay nadie que se quede sin comer en Moscú. La alimentación es barata. Más barata que en ninguna parte del mundo. El kilo de pan cuesta diez copecs —unos treinta céntimos—, y la carne es tan abundante que se considera un lujo no comerla. El tipo medio de restaurante tiene un precio de ochenta copecs a un rublo por comida. Teniendo en cuenta no sólo el cambio, sino el valor adquisitivo de la moneda rusa, viene a ser unas dos pesetas.

Esto, claro es, para el que no es comunista ni obrero. El obrero tiene su restaurante cooperativo en la misma fábrica donde trabaja y come por una cantidad equivalente a una peseta. Téngase en cuenta que en Rusia sólo se hace una comida fuerte al día y que el obrero industrial gana un jornal que puede evaluarse en unas doscientas cincuenta pesetas mensuales. La acción de la Narpit —empresa del Estado para el abaratamiento de la alimentación de la clase trabajadora— ha sido eficacísima, aunque costosa para el Erario público. El obrero come bien y come barato.

En cuanto a la vivienda, la tiene asegurada por el solo hecho de ser trabajador, por un precio irrisorio. En Moscú existe un pavoroso problema de habitación; pero no para los trabajadores, de cuyo alojamiento cuida el Estado.

Pero esto es sólo en cuanto se refiere a las necesidades primordiales; comer, dormir y transporte. Pese a todas las doctrinas comunistas, la vida tiene unas necesidades que pudiéramos llamar de estimación personal, a las que el Estado no puede atender. Y en este aspecto la vida es fabulosamente cara en Moscú.

Todo lo que el obrero ahorra de su jornal en las necesidades primordiales, lo gasta en procurarse un pequeño bienestar que, desde luego, no tiene punto de comparación con el que puede conseguir el obrero de un país capitalista.

Vestir, simplemente vestir, como sea, es ruinoso para la economía de estas gentes. Yo creo que la impresión desastrosa que mucha gente ha sacado de Rusia se debe a que es un pueblo de gente mal vestida.

Pero, además de esto, la vida del hombre civilizado exige una porción de pequeñas cosas sin importancia, de bagatelas, de naderías, que es imposible suprimir, aun teniendo el más puro sentido comunista de la existencia. Y todo esto no podrá tenerse en Rusia durante mucho tiempo.

Esa falta absoluta de superfluidad es lo que da ese aire dramático a la vida en el régimen comunista. Yo he visto el esfuerzo económico que para una pareja de jóvenes trabajadores representaba la adquisición de un pedazo de tela decorativa con que dar un poco de gracia a la sordidez de la estrecha habitación en que habían hecho su nido.

Uno mira estas cosas fatalmente desde un punto de vista burgués. Hay que admitir que el puro sentido comunista de la existencia puede suprimir todo eso, sustituirlo con unas satisfacciones espirituales más puras, más humanas; pero de momento, yo consigno que he encontrado gente que se consideraba infeliz por esta implacable determinación de lo necesario que hace el comunismo. Y esta gente no tenía ningún prejuicio burgués. Eran comunistas auténticos.

Moscú, septiembre.

12.
La mujer en el régimen comunista

(12 de septiembre de 1928)

La defensa de la revolución y las medias de seda.

Ha sido la mujer quien ha sufrido más duramente las consecuencias de la revolución. El tránsito del viejo régimen al régimen comunista se ha hecho principalmente a costa de la mujer. Y, caso curioso, es la mujer rusa la que defiende y, en gran parte, mantiene el comunismo.

Las primeras arremetidas del comunismo fueron contra todos los atributos de la feminidad. Se les quitaba el derecho a educar a sus hijos, se condenaban sus ancestrales virtudes domésticas, se despreciaba su fidelidad al marido y su humildad ante el pater familias, se iba, en la propaganda del comunismo, hasta los tibios rincones del hogar que ella había cuidado amorosamente para destruirlos implacablemente al grito de «son prejuicios burgueses».

El efecto de esta propaganda no lo comprenderá nunca un latino, porque así como nuestras mujeres son en la vida social un elemento conservador, la mujer rusa es un formidable fermento revolucionario, no ya en los núcleos puestos al margen de la vida social por el antiguo régimen, sino en todas las clases sociales. El sentimiento revolucionario de la mujer, lo mismo entre las aristócratas que entre las aldeanas, es siempre superior al del hombre.

Súbitamente, la mujer rusa se encontraba en la calle, abandonada por el hombre y desprovista de sus seculares atributos, casi desnuda. Entonces no tuvo más remedio que sumarse a la revolución. Y lo hizo con el fervor que la mujer es capaz de poner en su esfuerzo cuando se cree investida de una misión providencial.

Ya en 1924 había más de sesenta mil mujeres que formaban parte de los soviets rurales, y en la actualidad pasan de cien mil. Los congresos cantonales tienen unos veintitrés mil miembros femeninos, y mil doscientas mujeres trabajan en los soviets de los cantones. En la provincia de Moscú, el 20 por 100 de los presidentes de los Soviets rurales son mujeres. En los Comités ejecutivos provinciales el 21 por 100 de los miembros son también femeninos. (Perdón. He formado el deliberado propósito de no hacer en mi reportaje sobre Rusia una sola referencia a los datos estadísticos que tanto aman los bolcheviques, pero en este caso las cifras eran elocuentísimas. No reincidiré).

En pago a esta colaboración, el comunismo ha dado a la mujer lo siguiente: mayoría de edad a los dieciocho años, con la plenitud de todos los derechos civiles; facultad de ser elegidas desde esa edad para todos los cargos de la Unión; transformación del matrimonio, de un sacramento en un simple acto de registro, sin más finalidad que hacer constar oficialmente la comunidad de intereses de dos personas unidas libremente; divorcio a demanda de las dos partes o de una sola; separación de bienes; derecho de la mujer a conservar su apellido y a fijar el lugar de su residencia independientemente de la voluntad del marido. La ley establece, sin embargo, que los cónyuges se deben ayuda mutua en caso de paro forzoso, de enfermedad o de incapacidad para el trabajo, y estas obligaciones no pueden eludirse ni aun por medio del divorcio. La poligamia está penada, y cada uno de los cónyuges tiene derecho a exigir del otro, antes del casamiento, un certificado médico de sanidad. Los hijos no son legítimos ni ilegítimos; todos son iguales, y sus padres están obligados a alimentarlos y educarlos —en tanto el Gobierno soviético no esté en condiciones de hacerlo—, contribuyendo por partes iguales. En caso de separación de los cónyuges, el que conserve consigo al niño tiene derecho a percibir del otro, sea el hombre o la mujer, una pensión alimenticia.

La mujer trabaja como el hombre y con el mismo salario; tiene acceso a todos los talleres, excepto a aquellos en que la labor se considera nociva para su salud. El trabajo de noche les está absolutamente prohibido, y tienen dos días de descanso al mes con salario; se les paga igualmente el salario durante ocho semanas antes del parto y ocho semanas después. Mientras amamanta al hijo, la obrera tiene derecho a dos interrupciones de media hora cada una durante la jornada de trabajo. Desde 1917 están abolidas las penalidades contra el aborto, aunque éste sólo se puede practicar en los establecimientos sanitarios oficiales, y para ello se tropieza siempre con ciertas dificultades, como no sea en los casos en que lo consideran indispensable.

Todas estas conquistas dan un aire bizarro y satisfecho a las mujeres rusas. Cuando ellas se refieren a la vida de las mujeres en los países capitalistas, tienen el mismo tono conmiserativo que las nuestras usan para condolerse de las mujeres mahometanas, por ejemplo. Están tan orgullosas de sus conquistas, que por nada del mundo volverían al régimen anterior. Este fervor revolucionario es tal, que cierran los ojos a la realidad, y ni siquiera ven las terribles dificultades materiales con que tropiezan en la situación actual de Rusia para el desenvolvimiento de su vida. La crisis de trabajo, que de hecho invalida todas las sabias medidas de protección a las trabajadoras, la escasez de viviendas, que impide la formación de matrimonios, y el atraso de la industria, que les priva de lo más indispensable, incluso de vestirse y calzarse, no son para ella más que accidentes. Yo he visto a estas muchachitas comunistas pasear altivamente arrebujadas en una vieja chaqueta de hombre y con un trapo basto de tejido aldeano liado a la cabeza por todo atavío. Es maravilloso ver cómo han prescindido aun de lo que nosotros creíamos substancial en la naturaleza femenina.

Claro es que esto es sólo en lo que se refiere a la minoría que hoy rige los destinos de Rusia. Pero esta minoría es de hecho lo único que hay en la masa amorfa de los millones de habitantes del territorio ruso. Ya sé que además de estos millares de muchachas comunistas que van en piernas o con calcetines porque no hay medias, hay muchos miles de mujercitas que darían todas las conquistas de la revolución por un par de medias de seda.

Y, en esto, va a darse un caso muy pintoresco. El Gobierno soviético está invirtiendo grandes sumas en la creación de fábricas de seda artificial distribuidas por todo el territorio ruso. Pero no porque se conduela de esta necesidad burguesa de las jovencitas de la Unión, sino simplemente porque las fábricas de seda artificial se pueden transformar rápidamente, en un momento dado, en fábricas de material de guerra.

Prodigio de la Química, que vincula la defensa armada de la revolución en la supervivencia de una fruslería gruesa: las medias de seda.

Moscú, septiembre.

13.
Ocho mil kilómetros de vuelo sobre territorio ruso

(13 de septiembre de 1928)

Un accidente en el Cáucaso.

El territorio ruso está cruzado hoy de parte a parte por las líneas de aviación comercial. Había que asegurar un medio de transporte rápido, aunque limitado, a través de la inmensa Rusia, y el Gobierno de los soviets, haciendo un considerable esfuerzo, ha logrado constituir varias Empresas netamente rusas o ruso-alemanas que prestan un servicio regular diario entre todas las ciudades importantes de la Unión.

Las enormes distancias de Rusia hacían este servicio indispensable. Para trasladarse desde Moscú a Bakú, por ejemplo, se invierten cuatro días y pico en ferrocarril; en avión, Moscú está del extremo meridional de Rusia a unas treinta y seis horas.

Camino de Bakú, salimos esta mañana en uno de los aviones de la Ukrowosdujputj cuando aún no raya el día. Tenemos por delante veintitantas horas de avión. Hacemos el viaje en compañía de un curioso tipo que sería desconcertante en Europa; el camarada Rojklin, comunista militante. Él va a ser el héroe de nuestra excursión.

Volar sobre territorio ruso, hay que repetirlo, es, sencillamente, como seguir una ruta con el dedo sobre el mapa. Durante miles de kilómetros no hay el más mínimo cambio de decoración. La tierra rusa es una vasta planicie perfectamente diferenciada de las zonas montañosas, y en ella no se dan esos accidentes constantes de España, donde el llano, la meseta y la montaña alternan cada cien kilómetros. Volando sobre Rusia puede verse en una extensión de muchos cientos de kilómetros la línea circular del horizonte cerrando los campos de siembra inacabables, en los que la corteza terrestre se parece a la corteza de grandes panes redondos, incluso con las grietecillas abiertas por la cochura.

Y así toda Ucrania. Jarkov, la capital, en medio de esa inmensidad de los campos sembrados de trigo, no es, como podía pensarse, exponente de la riqueza de esta vasta República. Contemplando la ciudad de Jarkov desde el avión, se advierte en seguida que el campo es mucho más fuerte que las ciudades en Ucrania. La ciudad no pasa de ser un centro burocrático; lo indispensable. La verdadera fuerza de Ucrania no ha emigrado todavía del campo a la ciudad, como en la provincia de Moscú, por ejemplo, donde los campesinos llegan en oleadas a los arrabales de la ciudad abandonando cada vez más la vida aldeana. El amo aquí en Ucrania no es el ciudadano, sino el campesino. Las isbas infinitas, diseminadas por el inmenso territorio, se imponen a las ciudades.

Unos cientos de kilómetros más abajo, Rostov muestra ya cierto poderío urbano. Es la cuenca del Don, la proximidad del mar Negro, lo que da a la ciudad una vida propia, libre de la tiranía de los campesinos. Rostov es la ciudad con vida propia, con una fuerte industria, cruce de importantes caminos. Más comunista, pues, que Jarkov.

En el aeródromo de Rostov tenemos el último contacto con lo que pudiéramos llamar la soberanía de Occidente. Vamos a entrar en la región del Cáucaso, donde ya el europeísmo va cediendo a la influencia cada vez más fuerte del Sur y del Oriente.

Horas y horas las aspas del pequeño Farman que ahora nos conduce van quebrantando el silencio de los campos. Volamos casi a ras de tierra sobre los sembrados. Los campesinos, al sentir el zumbido del motor, levantan un momento la cabeza doblada sobre los surcos y nos saludan jubilosos. Estos aviones que diariamente cruzan sobre las remotas aldeas son uno de los instrumentos de propaganda política más eficaces del Gobierno ruso. Hay que imaginarse el

desconcierto del campesino, que para llegar a la estación más próxima del ferrocarril había de hacer a veces cientos de verstas sobre su troica, al ver cruzar sobre su cabeza el pájaro metálico que salió de Moscú aquella misma mañana.

Ya vencido el día, cruzamos sobre Armavir, el punto de encuentro de todas las líneas férreas del Sur de Rusia, y seguimos siempre a ras del suelo hacia Vladicaucas. El sol está ya muy bajo, y el piloto fuerza cada vez más la velocidad del avión. Marchamos a más de doscientos kilómetros por hora.

En el horizonte empiezan a adivinarse las sombras de la cordillera caucásica, y poco después se recortan ya netamente en el fondo rojo del cielo las moles de los gigantes del Cáucaso: Elbrús, Kastan, Kasbec…

Súbitamente, el avión da una sacudida que nos lanza fuera de nuestros asientos. Gruñe un poco el motor, y apenas tenemos tiempo de advertir que la tierra se levanta mágicamente, y después de tropezar con ella, el avión da unos aletazos y se queda gruñendo y bufando sobre un campo de girasoles.

El piloto nos explica. Ha habido seguramente una pérdida de aceite y el motor se ha quemado. No se puede continuar.

Bueno. ¿Y dónde estamos?

A la derecha de nuestra ruta se levanta la imponente barrera del Cáucaso. La gigantesca mole de Elbrús con sus cinco mil seiscientos metros de altura está delante de nosotros. La luz roja del sol poniente tiñe la nieve perpetua de su cima y le hace parecerse a un sorbete de fresa dispuesto para la Divinidad.

Llega corriendo un campesino que habla en una lengua absolutamente incomprensible, no ya para mí, sino para los rusos. Poco a poco van llegando más campesinos y logramos informarnos. Estamos cerca de la aldea de Svorovska, a 25 kilómetros de Mineralivodsk, la primera estación del ferrocarril. Menos mal. Veinticinco kilómetros es una distancia que de alguna manera se podrá salvar.

Aldea de Svoroyska, septiembre.

14.
A través del Cáucaso

(14 de septiembre de 1928)

La primera impresión que nos producen estos campesinos del Cáucaso que van llegando de los cuatro puntos cardinales para curiosear el avión caído es poco tranquilizadora. Sobre las ropas en jirones no falta nunca el kinyal —cuchillo—, el pistolón o la browning. No se crea, sin embargo, que son éstas unas tribus salvajes y guerreras. Todo el Cáucaso está civilizado hasta donde la potencia económica de la región lo ha permitido; pero de una parte el tradicionalismo del elemento cosaco aferrado a su tcherkeska con las cartucheras en el pecho, y de otra los núcleos musulmanes, que no desamparan jamás el cuchillo corvo, grande como un alfanje, dan un aspecto guerrero a la gente. Aparte de que, hasta hace poco, en el armamento no todo era color local. La guerra civil armó a las poblaciones en masa contra las bandas de Denikin, y hasta hace un par de años las cuadrillas de merodeadores hicieron necesaria la defensa personal. Los soviets no se han atrevido todavía a acometer el desarme de la población civil; pero reprimen con dura mano, por medio de los Tribunales de justicia, todos los crímenes, principalmente los originados por la venganza y el odio entre las familias, aquí frecuentísimos.

Acuden también para ver de cerca el aeroplano muchas aldeanas, con la rastra de infinitos chiquillos casi en cueros, sucios, comidos de viruela. El calzado es un privilegio reservado exclusivamente para el varón adulto. Las telas con que cubren sus cuerpos son de la más rudimentaria industria aldeana.

El avión está absolutamente imposibilitado para continuar el viaje. Entramos en negociaciones con uno de aquellos campesinos, que por unos rublos se brinda a llevarnos en un carricoche hasta la aldea próxima. Ya allí, veremos lo que se puede hacer.

Mientras, ha ido cayendo la noche. Elbrús proyecta sobre la campiña llana la sombra de su ingente masa, y los grupos de campesinos se alejan cantando. Cada voz del coro que forman va dando una misma nota repetida, al que contestan las otras voces, cada una con su nota invariable. El efecto que esta melodía rudimentaria produce es emocionante.

El carricoche del aldeano se pone en marcha, llevándonos encaramados sobre unos haces de hierba. El tránsito por los caminos de Rusia es un arrastrarse penosamente con espantoso traqueteo sobre los surcos y los arroyuelos, con la impresión de que no se avanza un paso en aquella inmensidad. Para soportarlo, es preciso tener el sentido del tiempo que tiene esta gente. Su sentido del tiempo y sus riñones.

Cuando llegamos a la aldea de Svorovska es cerca de la medianoche. No hay más iluminación que una lámpara de petróleo colgada a la puerta de una de las chozas más grandes[1]. Es imposible quedarse a dormir allí, como no sea en uno de los pajares. He inspeccionado el interior de una de estas viviendas aldeanas y no es nada confortable pasar en ella la noche. Para llegar hasta la estación de ferrocarril nos ponemos de acuerdo con la única persona inteligible que hay en Svorovska. Un granjero alemán.

Toda Rusia, sobre todo el Sur, está poblada por estos alemanes que vienen a cultivar la tierra feracísima que les rinde pingües beneficios. Este granjero engancha su troica y, saltando por las veredas, nos lleva hasta la línea del ferrocarril.

No es realmente una estación, sino un apeadero, lo que encontramos. El tren de viajeros ha pasado ya hace mucho tiempo, y hasta mañana, bien entrado el día, no podremos partir.

1 En el libro: «…una de las chozas más grandes: la oficina de la G. P. U..»

El camarada Rojklin pide entonces al jefe de estación que nos deje partir en un tren de mercancías. Se niega al principio el jefe, pero nuestro compañero de viaje insiste, y como argumento decisivo muestra su carné de comunista militante. Ser comunista en Rusia es como pertenecer a una clase aristocrática. Los comunistas han formado desde luego una especie de aristocracia que es la que rige hoy los destinos de Rusia. El acceso a esta clase es tan difícil como el acceso a cualquier aristocracia. No es comunista todo el que quiere. Se ha dicho, para demostrar la inconsistencia del régimen soviético, que los comunistas no pasan en Rusia de seiscientos mil, pero este argumento es falaz. Si los comunistas abriesen la mano en la admisión de afiliados[2] volcaban íntegro el censo de Rusia en el partido. Todo habitante de Rusia consideraría hoy como un privilegio el pertenecer a él. Tampoco quiere decir esto que toda Rusia sea comunista, no. Es que el comunista goza de una situación privilegiada que todo el mundo envidia.

Ante el deseo del camarada Rojklin, el jefe de estación nos autoriza a partir en el primer mercancías que se detenga en el apeadero. Pero llega al fin un tren y surge una nueva dificultad. El conductor del tren se niega terminantemente a llevarnos.

Según dice, aquella zona está infestada de ladrones de trenes. Aun en los trenes de viajeros los robos son diarios. Cada tren lleva, sin que haya manera de evitarlo, junto con sus guardafrenos y sus fogoneros, sus ladrones propios. En los trenes de mercancías esto es mucho más grave; la lentitud de los trenes, que permite subir y apearse en marcha fácilmente, y además la dificultad que existe en Rusia para procurarse billetes de ferrocarril, hacen que los mercancías vayan cargados de viajeros nada recomendables que, si a más de viajar sin billete pueden llevarse algo, tanto mejor.

—Ustedes —nos dice el conductor del tren— llevan sus equipajes y la valija del avión, y yo no puedo responder de la suerte que corran. Como no encuentre un agente de la Gepeu que les dé escolta, no pueden venir en el tren. Yo no respondo.

—Respondo yo —intervino el camarada Rojklin.

—¿Con qué?

—Con mi carné de miembro del partido comunista y con esta pistola. Vamos al tren.

El camarada Rojklin quitó el seguro a la browning, metió una bala en el cañón y nos invitó a subir a un furgón donde, parapetados en el cual recorrimos un trayecto de veinticinco kilómetros en unas dos horas y media, viendo cómo por el techo de los vagones saltaban unas sombras nada tranquilizadoras.

Mineralivodks, septiembre.

2 En el libro: «…si no fuesen tan duros en las depuraciones que hacen frecuentemente para excluir de sus filas a todos los que no les merecen una absoluta confianza...»

15.
Un “evacopunt” comunista

(17 de septiembre de 1928)

Al lado de la estación de Mineralivodsk hay un pabelloncito con cinco o seis grandes habitaciones en las que se alinean hasta cuarenta o cincuenta camas. Es el alojamiento de los viajeros de esta línea, en la que hay cruces que a veces obligan a una detención aquí de ocho o diez horas. Este «Evacopunt» de la estación de Mineralivodsk es uno de los lugares más característicos de la nueva vida impuesta en Rusia por el comunismo.

Todos los viajeros del sur de Rusia, incluso los de las líneas aéreas, han de hacer noche en este «Evacopunt», que es exactamente como el dormitorio de un cuartel o un hospital. Limpio, sí, pero descuidado, inconfortable, con ese ambiente desagradable de las cárceles, los cuarteles, los monasterios o los hospitales, que por muy modernos e higiénicos que sean dan siempre la sensación insufrible de la manada humana. Es lo peor del comunismo. Para soportarlo será preciso dotar a la gente de una nueva sensibilidad.

Yo creo que esta gente la tiene ya. El pudor de la intimidad, el escamoteo que de sus necesidades elementales y su vida privada hace el hombre civilizado en relación con sus semejantes, no existe aquí. La vida en la Rusia comunista se hace auténticamente en común, en comunidad, y el hombre convive con el hombre tan íntimamente que no hay repliegue de su personalidad ni necesidad fisiológica que se oculte a los ojos de los demás. Esta vida en común acaso aproxima más a los hombres, tal vez sirve para destruir ese falso sentido de la personalidad que se tiene estando encerrado en la celdita hermética del hogar; pero para llegar a esto, ya digo, hace falta una sensibilidad distinta de la que hoy tienen las masas burguesas.

Mostrar a los semejantes el fondo de animalidad neta que hay en la vida del hombre es, para nosotros, hasta ahora, un pecado de lesa civilización. Para el comunista, no.

Esta noche, en el «Evacopunt» de la estación de Mineralivodsk, yo he estado observando atentamente cómo los tipos más extraños a mí venían a cobijarse bajo el mismo techo que yo y en la misma penumbra de la habitación destapaban su intimidad y me hacían partícipe de ella. Indudablemente, el hombre que se abandona al sueño junto a mí, y el que pasa la noche en vela a mi lado mostrándome sin rebozo la inquietud de su espíritu, y el que sueña en voz alta sus quimeras, y el que se queja de sus males, y el que ronca plácidamente, y el que por la mañana ofrece el espectáculo de sus abluciones, y el que no se abluciona, y el que exhibe la pobreza de sus ropas interiores en contraste con su testa magnífica, y el que al levantarse reza, y el que gruñe, y el que maldice, y el que canta, están en definitiva en un contacto más humano conmigo que toda esa gente burguesa en cuya intimidad no se puede penetrar nunca ni por un resquicio, aunque pase años y años a nuestro lado sin más separación que un delgado tabique.

Teóricamente, la diferencia del concepto de la vida que tienen el burgués y el comunista estriba en que uno cree que hay una parte de humanidad que es pecado exhibir, y el otro considera que todo lo humano debe mostrarse sin hipocresías. El burgués se avergüenza de ser como es, y ahorra a sus semejantes el espectáculo de su parte impura; considera que hay un sector de su existencia que es perfectamente vitando, y lo oculta. El comunista, por el contrario, no tiene vergüenza de nada. Así es el hombre y así debe manifestarse.

Hay que admitir que el hombre es mejor cuanto más desnudo está. Yo creo que la humanidad no será absolutamente humana mientras no saque a la luz del día ese fondo turbio, inexplorado, cerrado bajo siete candados morales que hay en ella. Pero yo tengo todavía una sensibilidad

exacerbada, un pudor de herencia inmediata, un arrastre de viejas supersticiones que me hace rechazar el contacto con el hombre tal como es, en estado de naturaleza.

En la Rusia comunista, uno se siente saturado de humanidad, ahíto de vaho humano. Y esto, aunque parezca extraño, son muy pocos los hombres de nuestro tiempo capaces de soportarlo.

Todos esos tipos de intelectuales, artistoides, platónicos amantes de la humanidad que en Occidente sienten veleidades comunistas se horrorizarían si vieran de cerca lo que es la vida comunista. Y no lo digo en daño del comunismo, sino de ellos.

Mineralivodks, septiembre.

16.
La ciudad blanca y la ciudad negra de Bakú

(19 de septiembre de 1928)

Hay dos ciudades de Bakú: la ciudad blanca y la ciudad negra. La de los que viven bien y la de los que viven mal. Esto no han podido remediarlo hasta ahora los bolcheviques.

Estas dos ciudades que hay en Bakú son, con su terrible desigualdad, el alegato más fuerte que puede hacerse en contra del régimen comunista. Al lado mismo de la ciudad blanca, llena de grandes hoteles a la europea, teatros, cines, cabarets, parques y jardines, con casas confortables y templos magníficos como, por ejemplo, el que tienen los católicos, que es soberbio —cosa que todavía no he podido explicarme—, está la ciudad negra, dantesca aglomeración de casuchas miserables en las que vive como ganado la gente trabajadora.

Esta ciudad negra de Bakú, denegrida, enrarecido el aire por las emanaciones de la nafta, invadida por los detritus y el humo de las refinerías, poblada por una muchedumbre harapienta que no ha conocido jamás ninguna de las ventajas de la civilización, con casas como muladares y hombres como bestias entrapajadas, llenos de roña y de miseria, es uno de esos espectáculos que avergüenzan de ser hombre, y que, cuando no se está en Rusia, hacen nacer en uno el sentimiento comunista.

Si toda esa gente que ha ido a Rusia pagada por los Gobiernos capitalistas para hacer campaña en contra del Gobierno de los soviets, en vez de quedarse en Moscú, hubiese venido hasta aquí, con sólo describir las dos ciudades de Bakú, la ciudad blanca y la ciudad negra, hubiese conmovido al mundo en contra del régimen comunista.

Es, agravado por la barbarie musulmana y por el aislamiento en que el mundo civilizado tiene aquella zona, el mismo espectáculo que el régimen capitalista proporciona en el Ruhr, en Gales o en Riotinto. Los Soviets no han podido evitarlo.

Es decir, los Soviets han construido un magnífico ferrocarril eléctrico —el primero que funciona en Rusia— para transportar a los trabajadores de la nafta a Sabuntchi, su mísera barriada. Pero éste y algunos otros servicios de asistencia social dejan intacto el horror de la vida de estos trabajadores parias del comunismo como de la sociedad burguesa.

Son, y lo serán durante muchos años, a pesar de la revolución, las víctimas de la desigualdad de clases. Para que un *gentleman* respire a pleno pulmón recorriendo las pistas de la Costa Azul sobre su soberbio Rolls-Royce, es preciso que este ex hombre de Sabuntchi carezca hasta del aire. Esto, el Gobierno de los soviets no ha podido hacer más que controlarlo. Hasta ahora el comunismo se ha limitado a erigirse en intermediario de esta explotación.

Antes eran las grandes empresas capitalistas de Inglaterra las que ejercían directamente la explotación. Era la Royal Dutch la que decidía sobre la vida de los trescientos mil trabajadores de la nafta que hay en Bakú. Ahora es el Gobierno de los soviets el que amarra a los hombres a esta vida inhumana.

Pero, desde un punto de vista absolutamente ajeno a la teoría comunista —el nacionalismo—, el Gobierno de los soviets ha hecho una obra que le asegura el apoyo de todos los elementos, comunistas o no, de Rusia. La expulsión del capitalismo extranjero.

Cuando se espera que los fracasos y concesiones de la teoría marxista —impuestos únicamente por el fracaso de la revolución mundial— traigan aparejada la ruina del régimen soviético, se olvida que no es sólo el comunismo lo que mantiene en Rusia a los bolcheviques.

Éstos son hoy el Gobierno nacionalista más fuerte que hay en Europa. La intervención extranjera, que a raíz de la revolución atizó la guerra civil, no sirvió más que para exaltar el nacionalismo ruso y poner incondicionalmente al lado de los comunistas a todas las fuerzas nacionales.

Hay un caso clarísimo: en Bakú se está erigiendo un monumento a los veintiséis comisarios del pueblo muertos allí por los ingleses durante la guerra civil. Estos veintiséis comisarios del pueblo, que murieron en defensa de un ideal revolucionario, han ido perdiendo con el tiempo el verdadero sentido de su heroísmo, y hoy, en vez de mártires del marxismo, son glorificados por el pueblo ruso como héroes de la independencia nacional. La gran fuerza del comunismo ruso radica hoy en el nacionalismo más exaltado.

¿Explica esta aparente paradoja la consolidación del régimen soviético a pesar de que a los trabajadores de la nafta, por ejemplo, no hayan mejorado de condición?

Bakú, septiembre.

17.
La mejor policía del mundo

(21 de septiembre de 1928)

Cómo se viaja por Rusia en ferrocarril.

Los soviets tienen hoy la mejor Policía del mundo. Es tan buena, está tan maravillosamente organizada, que ni siquiera se advierte su existencia. Yo he recorrido Rusia de punta a punta, he andado a mi placer por ciudades importantes y por aldeas, he viajado solo, siempre solo, sin decir a nadie a dónde iba ni con qué objeto, en avión, en ferrocarril, en auto y hasta en carro. Nadie me ha molestado nunca, ni me ha pedido un documento, ni me ha puesto la menor dificultad.

Tengo, sin embargo, la impresión de que se me han seguido los pasos y de que se ha sabido en todo momento adonde iba y con quién me entrevistaba. Sería cándido suponer lo contrario. Pero no me ha ocasionado ni la más mínima molestia; como si yo fuese el amo de Rusia. Por eso afirmo que la Policía soviética es la mejor del mundo.

Esta opinión me la han confirmado quienes tienen más motivos que yo para sostenerla: los comunistas de la oposición. Por un extraño azar, durante todo mi viaje por Rusia he ido cayendo sucesivamente en manos de miembros de la oposición más o menos caracterizados, y todos ellos, cuando yo les hablaba de la libertad que tenía para moverme, se sonreían diciéndome: «Tenemos la mejor Policía del mundo. Mientras, usted no haga más que curiosear de un lado para otro, todo irá bien. Pero, por si acaso, no salga usted nunca de su papel de viajero curioso».

Después he tenido ocasión de comprobar la omnipresencia de los agentes de la G. P. U. Lo ven todo y lo saben todo. Piénsese que no sólo sus directores sino muchos de sus agentes han sido cocineros antes de frailes; es decir, que han estado muchos años burlando a la Policía del zar o cayendo en sus garras. Son indudablemente la gente que estaba mejor preparada para organizar una policía política. Imagínese lo que sería la Guardia civil española si estuviese algún día en manos de los gitanos.

Como Policía política, la G. P. U. es la mejor del mundo. Ahora, como policía criminal es absolutamente ineficaz. Aún no ha podido reprimir el bandidaje en los campos y en los trenes, y ni siquiera responde de la seguridad del transeúnte que se aventura a horas avanzadas por las barriadas extremas de Moscú. No es su oficio, sencillamente.

Su poder es omnímodo en toda Rusia. El «gepeu» asume todos los poderes y disfruta de la más absoluta inviolabilidad. Esto ha garantizado el orden, cosa que a la gente de temperamento conservador quizá le satisfaga plenamente. Pero los que estamos espiritualmente más cerca de los delincuentes que de la Policía, sentimos cierta angustia al advertir que hay unos individuos privilegiados que tienen en sus manos todos nuestros derechos y nuestras libertades. El hombre netamente liberal no abdica esto ante ninguna garantía de orden, por fuerte que sea.

Para el que no siente este escrúpulo de conciencia ni está animado de ningún propósito revolucionario en contra del Gobierno de Moscú, la institución es maravillosa. El «gepeú», consciente de la responsabilidad que en él se deposita, es, en cada caso, la garantía de una justicia inmediata, un poco patriarcal, absolutamente honrada. Todos los pleitos e incidentes de la vida cotidiana los falla en el acto de su planteamiento de manera inapelable el agente de la G. P. U. En un país todavía desorganizado como es Rusia, la intervención inmediata y por todos acatada de esta autoridad sin límites es altamente beneficiosa.

Yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo. Quería ir por ferrocarril desde Bakú a Tiflis, para atravesar después en automóvil la cordillera del Cáucaso por el llamado Camino Militar y

volver a tomar el avión en Vladicaucas. Creí que adquirir un billete de ferrocarril era en Rusia una cosa tan hacedera como en cualquier otra parte. Pero conociendo ya el «tempo lento» que tienen todas las cosas en este país, tuve la precaución de ir a la estación a comprar mi billete veinticuatro horas antes de la salida del tren.

El aspecto de las estaciones rusas es sorprendente. Como los viajes a través del territorio ruso son casi siempre de miles de kilómetros, los viajeros se mueven de un lado para otro con una terrible impedimenta de colchones, sábanas, mantas, almohadas, vajilla y provisiones. Algunas familias viajeras llevan hasta el samovar, que en un rincón cualquiera de las estaciones, en su departamento del vagón, en cualquier sitio, preparan para hacer cada dos horas el inevitable té. Ante las ventanillas para el despacho de billetes había largas colas de gente que esperaba pacientemente. Tomé plaza en una de aquellas colas y me puse a fumar cigarrillos y a esperar que me llegase el turno. Pero pasaba una hora y otra y otra, y la cola no avanzaba un paso. Entablé una rudimentaria conversación con mis compañeros de espera por medio de la mímica y de algunas palabras rusas que yo ya conocía, y pude saber, con el espanto consiguiente, que el despacho de billetes no se abría hasta doce horas más tarde. Además, según me dijeron, sólo habría plazas para los diez o doce primeros puestos de la cola que estaba allí desde el día anterior. Nosotros hacíamos cola para el día siguiente o para el otro. Desistí.

Yo, que estaba dispuesto a adquirir mi billete sin ninguna preferencia, viajando como cualquier hijo de Rusia, reconocía que aquella espera de dos o tres días en una estación para tomar un billete era un esfuerzo superior a la resistencia física de un occidental, y salí de la cola dispuesto a hacer valer mi condición de extranjero para que se me despachase el billete inmediatamente. Emprendí entonces una difícil peregrinación. Interpelé uno tras otro a todos los empleados de la estación, llegué hasta el despacho del jefe y formulé mi pretensión ante el que llamaríamos interventor del Estado. Todo inútil. La contestación era siempre la misma: en la Rusia comunista todo el mundo tiene los mismos derechos. Yo debía esperar, como cada cual, a que me llegase mi turno.

Estaba ya resignado por la fuerza de los hechos cuando pasé casualmente ante un puesto de vigilancia de la G. P. U. ¿No dicen que la G. P. U. es omnipotente en Rusia? Vamos a ver si ella me consigue un billete de ferrocarril.

Entré y expuse mi deseo al comandante del puesto, quien, atendiendo a mi condición de extranjero, lo estimó muy razonable.

—Le despacharán a usted el billete hoy mismo.

—Le advierto que he hablado con el jefe de la estación, quien me lo ha negado.

—Irá usted de nuevo recomendado por la G. P. U.

—Es que, según creo —aventuré tímidamente—, parece que no hay plazas libres en el tren.

—Usted irá en ese tren —me dijo—. Diez minutos antes de la hora de partida esté aquí con su equipaje.

Así lo hice, y efectivamente, allí estaba mi billete y mi plaza reservada en un magnífico vagón de primera clase. Porque, eso sí; en Rusia es difícil obtener un billete de ferrocarril, pero cuando se ha obtenido, se viaja mejor, con más lujo y más comodidad que en ninguna parte del mundo. No es una cosa excepcional para extranjeros, no. Los trenes rusos son los más confortables y los más baratos del mundo. Ahora bien: no hay ni la mitad de los que se necesitan.

He relatado esta intervención de la G. P. U. a favor mío porque demuestra cómo actúa esta fuerza policíaca. No porque me satisfaga. Yo, la verdad, en lo íntimo de mi conciencia hubiese preferido esperar los tres días a pie firme en la estación a sentir netamente la influencia de ese poder absoluto, sin ningún control, que campea hoy en Rusia.

Tiflis, septiembre.

18.
Las fórmulas de la cortesía comunista[3]

(28 de septiembre de 1928)

Este muchacho ucraniano en cuya compañía hago el viaje por Georgia, es una de las víctimas más emocionantes del comunismo. Tiene un aire inequívoco de burgués y esto es lo peor que se puede tener hoy en Rusia. El hombre parece que no se ha enterado —o que no quiere enterarse— de que vive en un país sometido a la dictadura del proletariado y tropieza constantemente con las cosas. Su vida en la Rusia comunista queriendo sacar adelante contra viento y marea el sentido burgués de la existencia que por su desgracia ha heredado, es un verdadero heroísmo.

La convivencia de unos días con el camarada Rojklin, comunista de pura sangre, me había servido en otra etapa de mi viaje para ver de cerca todas las ventajas que el régimen dispensa a quienes lo apoyan. La compañía de este muchacho ucraniano, que aprovecha sus vacaciones para hacer un corto viaje de placer, me muestra ahora claramente la otra cara del régimen, la cara adusta que tiene hoy Rusia para quienes no comulgan en la doctrina comunista.

Desde que hemos subido al tren en Bakú, mi infeliz compañero de viaje no hace más que chocar con todo el mundo. Tiene en realidad un airecillo impertinente y desdeñoso al dirigirse a la gente. Se obstina en pedir las cosas con el tono imperioso de los señoritos rurales, un tonillo altanero que me recuerda el de los señoritos de Andalucía; y esto no se consiente hoy en Rusia. Además, parece que le repugna pronunciar la palabra sacramental hoy en todas las Repúblicas de la Unión: «tobarich», camarada.

El hombre cree que las tradicionales formas de la educación burguesa están vigentes todavía en Rusia, y se quita el sombrero y junta los talones para saludar, distribuye sonrisas entre los que él considera sus iguales, y adopta modales displicentes y autoritarios para con los porteros, camareros y empleados. No se da cuenta por lo visto de que el comunismo tiene su cortesía propia, una nueva cortesía que consiste precisamente en todo lo contrario que la cortesía burguesa. El comunista tiene la «pose» de la llaneza, de la familiaridad, y ha hecho de esto una nueva etiqueta. Creo que el Gobierno soviético debía editar unos manualitos de urbanidad en los que habría fórmulas de etiqueta social como éstas:

«Es una falta de educación quitarse el sombrero al entrar en algún sitio.»

«Si no quieres pasar por incorrecto no estreches la mano de nadie.»

«Pide lisa y llanamente lo que quieras sin más circunloquios y no consideres nada como un favor que debas agradecer o te haya de ser agradecido. Los servicios que no se pagan en metálico no son favores personales, sino casos de asistencia social.»

«Si al dirigirte a alguien te encuentras con que no te contesta, es sencillamente que no quiere contestarte. No tiene por qué perder su tiempo en darte excusas ni tú por qué enfadarte. Da media vuelta y dirígete a otra persona.»

«Da el tratamiento de camarada a todo el mundo, y no cometas la incorrección de dejar de hacer delante de cualquiera lo que harías estando solo.»

Así, podría formarse todo un compendio de urbanidad soviética.

Los que no creen que haya más educación que la educación burguesa encuentran que todas estas fórmulas de etiqueta comunista son sencillamente muestras de ineducación. No hay tal cosa. Se trata de una etiqueta distinta.

---

3 Este artículo no se incluyó en el libro.

El comunista que ha viajado por el extranjero sabe diferenciar perfectamente las dos etiquetas. Por ejemplo: Chicherin, cuando trata con los representantes diplomáticos extranjeros usa todas las fórmulas de la educación burguesa. Organizadas por él se celebran fiestas diplomáticas con todos los refinamientos del régimen capitalista, y en las Embajadas soviéticas —sobre todo en la de Berlín — se dan banquetes de etiqueta en los que nada tendría que reprochar el más exigente lord. En cambio, Chicherin mismo, cuando está en el ambiente comunista, guarda cuidadosamente su vieja etiqueta burguesa y es un practicante escrupuloso de la urbanidad sovietista. Llega en esto hasta el extremo de que si cuando va a salir del Comisariado de Negocios Extranjeros el portero se adelanta y le abre la puerta, da media vuelta ofendido, y se va a buscar otra salida donde no haya portero que le haga semejante distinción. Esto es rigurosamente cierto.

Yo no lo encuentro más que un poco pueril, pero no cometo la injusticia de hacer responsables de esta puerilidad a los directores del movimiento comunista. Esta puerilidad es la del pueblo ruso, la de las grandes masas trabajadoras, que están muy orgullosas de haber dado la vuelta a la tortilla en estos aspectos insignificantes de la vida. Tengo la impresión de que los comunistas verdaderamente inteligentes en el fondo consideran ridículo todo esto, pero lo fomentan por lo mismo que los Gobiernos burgueses fomentan tantas otras puerilidades de la masa popular.

Tiflis, septiembre.

19.
A través de la cordillera del Cáucaso

(1 de octubre de 1928)

Se hace la travesía de la cordillera caucásica, desde Tiflis a Vladicaucas, por una pista llamada Camino Militar del Cáucaso que va bordeando las montañas, repta a veces por su falda, se hunde en ocasiones hasta el fondo de los valles y salva la mole imponente del Kazbek subiendo por sus laderas hasta una altura de 2.000 metros.

Este viaje se hacía hasta hace pocos años en coche o en caballería exclusivamente, y se tardaban cinco o seis días en recorrer los 200 kilómetros que por la línea del aire hay de uno a otro lado de la cordillera. Bajo el régimen soviético se ha mejorado considerablemente esta pista militar, y hoy se puede hacer el viaje en automóvil. Esto de que se puede hacer es relativo; lo hacen los rusos, que son la gente más audaz del mundo.

Lo hacen a diario, en unos automóviles viejos, con unos frenos y unos motores que no funcionan sino por un prodigio de habilidad de sus mecánicos. En estas condiciones se lanzan por los zigzagueantes caminos de las montañas al borde de unos precipicios de 2.000 metros, salvan las torrenteras saltando sobre los guijarros del lecho con el agua hasta el cubo de las ruedas, y se precipitan por pendientes de 20 o 30 kilómetros, en las que no hay 10 metros en línea recta. Esta travesía del Cáucaso por este camino y con estos automóviles sólo son capaces de hacerla los rusos. A los amantes de las emociones fuertes, a esos automovilistas denodados que aman el peligro y lo buscan, yo les recomendaría que viniesen al Cáucaso y recorrieran el Camino Militar en estas máquinas.

La emoción se completa con las noticias que el chófer va dándonos durante el camino.

—Por aquí —nos dice señalándonos una espantosa torrentera— se despeñó hace tres meses un ingeniero.

—Aquí —agrega un poco más adelante—, un alud de nieve desprendido de la cima del Kazbek sepultó a un autobús en el que iban doce personas, que, naturalmente, perecieron.

—Allá abajo —señala— están todavía los restos de otro automóvil. Ha caído tan hondo que nadie se atreve a ir hasta allí.

Y así todo el camino.

Aparte esta sensación de peligro, el viaje es maravilloso. En algunos trozos del camino, el ánimo más rebelde a las emociones de la naturaleza —y el mío lo es bastante— queda sobrecogido por la grandiosidad del espectáculo que en este rincón del mundo ha preparado la divinidad. Hay valles rodeados completamente por montañas de dos y tres mil metros cortadas a pico, que dan al viajero la sensación de hallarse en el vértice de un cono invertido. En el fondo de estos valles, el día dura apenas unas horas. Los rayos del sol apenas tocan en el fondo cuando está en el cénit y empiezan a subir rápidamente por la escarpada falda de las montañas. Y es de un efecto sorprendente ver el cielo de un azul intenso y las crestas de las montañas incendiadas por el sol mientras en el valle se extienden las sombras combatidas débilmente por una luz refleja que las nubes enganchadas en los picachos van cerniendo.

He querido venir hasta aquí no con un interés de turista amante de la contemplación de la Naturaleza, sino porque yo, que he rehusado en Moscú todas las informaciones oficiosas que se me brindaban sobre la acción de los organismos soviéticos en las comarcas más apartadas de la Unión, quería ver por mí mismo si realmente el bolchevismo tenía una existencia real traducida en obras

públicas capaces de cambiar la faz del país. Más que las discusiones teóricas del partido y que las estadísticas, más que todas esas disposiciones gubernamentales que los bolcheviques adoptan a millares sobre el papel, me interesa la realidad, la obra viva, la que de una manera cierta pueda haber llegado hasta el fondo de estos valles y a la cima de estas montañas.

Y, en efecto. Vamos sorteando las montañas entre los ríos Kura y Aragva; el viajero tiene ante los ojos el panorama desolado de Mzjet, la antigua capital de Georgia, hoy en ruinas, con sus torres y sus templos milenarios desmoronándose poco a poco, cuando súbitamente aparece ante él la inevitable estatua de Lenín con el brazo levantado en ademán tribunicio —esta horrible estatua de la que se ha hecho una edición de centenares de ejemplares— y a su espalda unos formidables edificios de cemento, una presa, unas turbinas, unas chimeneas y, dominándolo todo, la estrella roja de los soviets.

El contraste entre los dos paisajes, el paisaje medieval de Mzjet y el paisaje moderno de la gran obra hidroeléctrica soviética, no puede ser más elocuente.

Hay que rendirse a la evidencia. Los bolcheviques son unos teorizantes insoportables, han dictado millares de disposiciones gubernamentales que no se cumplen, se han equivocado, tropiezan, se caen, rectifican… Por encima de todo, como prodigio de voluntad, una voluntad heroica capaz de vencer tanto las dificultades exteriores como la propia incapacidad, existe hoy en Rusia una obra de gobierno puramente soviética que ha llegado a la entraña misma del país.

No; la revolución comunista no es una revolución hecha sobre el papel[4].

Vladicaucas, septiembre.

4 En el libro agrega: «... y mantenida por la Policía, como sostienen los países capitalistas.»

20.
El régimen soviético en Rusia

(4 de octubre de 1928)

Deliberadamente me he limitado en mis crónicas de viaje por el territorio ruso, a exponer, desnudos de artificio, los pequeños hechos de la vida cotidiana que caían bajo mi zona de observación, y he guardado cuidadosamente, hasta aquí, tanto la documentación oficial que a manos llenas se me ha ofrecido en Rusia, como cualquier deseo de interpretación personal que pudiera haberme asaltado.

Pero, ya de regreso, me espanta un poco la interpretación que haya podido darse del hecho aislado que honradamente consignaba yo. Por ejemplo:

El hecho, exactísimo, de que el kilo de pan cueste la mitad o la tercera parte de lo que cuesta en cualquier otro país europeo hace soñar a la gente necesitada con un verdadero paraíso rojo. Por otra parte, me dicen que un periódico conservador deducía de mis descripciones de la vida comunista no sé qué enseñanzas contrarrevolucionarias.

Esta diversidad de pareceres, que hasta cierto punto debía halagarme porque proclama mi imparcialidad informativa, me dice, sin embargo, que[5] es imprescindible, dado el conocimiento que se tiene en España de la situación actual de la Rusia soviética, ensartar esos hechos aislados en una exposición algo más ordenada que el relato de un viaje para que sirva de pauta a su acertada interpretación.

Y como estos errores de interpretación parten, a mi juicio, creo yo, de que unos creen que el régimen soviético está a punto de extenderse por todo el universo como fórmula redentora de la humanidad, y otros, en cambio, consideran que la revolución comunista no es más que una utopía, la obra infecunda de unos cuantos delirantes que se han aprovechado del estado de descomposición de un pueblo inculto para instaurar un régimen monstruoso, creo lo esencial reflejar exactamente la situación en que Rusia se encuentra hoy ante el mundo.[6]

No creo que exista ya en toda Europa un solo político capaz de creer honradamente esas patrañas contrarrevolucionarias que las agencias periodísticas subvencionadas por los Estados burgueses lanzan cada día anunciando la inminente caída del Gobierno de Moscú.

Pero la consolidación del régimen soviético se ha hecho a costa del sacrificio de las teorías comunistas. La dictadura del proletariado ha tenido que dar un paso atrás y quedarse en una suerte de capitalismo de Estado muy semejante al que se esboza en Alemania, por ejemplo, con el cual los Gobiernos burgueses pueden transigir y pactar tranquilamente. La revolución mundial no es ya más que una aspiración romántica de los idealistas del partido[7]. Éste es el sentido de la victoria de Stalin sobre Trotski.

Un formidable nacionalismo fomentado hábilmente por el Gobierno de Moscú en todas las repúblicas de la Unión es hoy el verdadero sostén del régimen que no ha querido quedarse a merced de una problemática revolución mundial.

Aparte la renuncia a la teoría de «la revolución permanente» que postulaban Trotski y sus amigos, el Gobierno de Moscú ha ido evolucionando por etapas sucesivas, y en la actualidad se ha restablecido la libertad de comercio interior, en los campos se ha concedido a la burguesía el

---

5 El párrafo anterior, y hasta aquí, en éste, suprimido en la edición en libro.

6 Añade en el libro: «El poder soviético está definitivamente consolidado.»

7 Añade en el libro: «...a la que el Gobierno dedica cada vez menos dinero.»

derecho a arrendar sus tierras y a contratar el trabajo de los obreros, se ha reconocido de nuevo el derecho de herencia, se ha abierto nuevamente a los hijos de los burgueses el acceso a la enseñanza superior, se ha devuelto a los campesinos el ejercicio de sus derechos electorales, y en las fábricas se ha limitado la intervención de las células obreras a la función de controlar el cumplimiento de las leyes de trabajo. Todo esto tiende eficazmente a la consolidación del régimen.

Frente a esta política de concesiones a los Gobiernos burgueses y a la burguesía del interior, se ha levantado la posición acaudillada por Trotski, que acusa a Stalin de «thermidoriano». «¡Están liquidando la revolución!», gritan.

En realidad, las conquistas revolucionarias van sucumbiendo ante la necesidad de defender el régimen. El empujón de la burguesía exterior e interior va más allá que todas las concesiones, y el mismo Stalin, que derribó a Trotski porque éste quería volver al comunismo de guerra para defender la revolución, se ve obligado ahora a tomar el programa de su adversario, y pronto tendrá que poner en práctica aquellas medidas excepcionales que aconsejaba el compañero de Lenín si no quiere ser arrollado por la nueva burguesía que se lanza al asalto del último baluarte comunista: el monopolio del comercio exterior. Rikov y el jefe del Estado, Kalinin, parece que están dispuestos a hacer también esta última concesión, ante la que Stalin se detiene atemorizado. Y una nueva escisión empieza a dibujarse en el seno del partido.

Pero no hay que hacerse ilusiones. Los jefes del partido podrán acometerse encarnizadamente y acusarse mutuamente de contrarrevolucionarios y de «thermidorianos»; podrán acertar o errar en esta política oportunista de zigzag, de tira y afloja, que vienen desarrollando; pero hay una inmensa masa popular dispuesta a todo trance a defender el régimen y a impedir toda reacción capitalista o pequeñoburguesa. Se da el caso de que la misma gente que pone en peligro la vida del régimen, incluso el *nepman* y el *kulak*, los enemigos jurados del comunismo, se levantarían en masa para apoyar al Gobierno de Moscú si éste se hallase realmente en trance de tener que abandonar el Poder.[8]

---

8 En el libro añade: «Y es que el comunismo en el Poder no es ya sólo comunismo: es también la paz, el orden, el fomento de la riqueza nacional, la garantía de la independencia nacional… Y la gran masa social que ama estas cosas por encima de todo cierra los ojos ante la doctrina comunista, procura eludir sus consecuencias, se pliega todo lo posible a la voluntad de los gobernantes y, en definitiva, los apoya.»

21.
La oposición y el espíritu revolucionario en la Rusia soviética

(6 de octubre de 1928)

Para mantener en toda su pureza el ideal comunista, sería preciso hacer una revolución cada cinco años. Esta es la gran tragedia del bolchevismo, insoluble mientras no se realice el sueño de la revolución mundial.

La necesidad de mantener el régimen soviético en Rusia fuerza a los comunistas a pactar con los Gobiernos capitalistas y a favorecer el nacimiento y desarrollo de nuevas burguesías que ponenen peligro las conquistas de la revolución. El comunista mismo, por grande que sea la pureza de su ideario, al poco tiempo de estar dedicado a la labor gubernamental, cae en un oportunismo político que le aleja fatalmente de los objetivos de la revolución. Así se ha creado esa burocracia del partido, que es hoy un formidable elemento conservador.

Frente a esta corrupción del ideal revolucionario se ha levantado Trotski a la cabeza de la oposición, postulando la necesidad de la «revolución permanente». A su lado están todos los idealistas del partido, todos los revolucionarios de sangre y casi todos los intelectuales. Pero Stalin, apoyado por los campesinos, los burócratas, la nueva burguesía y los comunistas de buena fe que se engañan creyendo que pueden sacar incólume su ideología bolchevique a través de una política oportunista y jesuítica, que sólo a un hombre genial como Lenín es dable intentar, ha dado la batalla a la oposición y la ha vencido.

La oposición es fuerte; tiene a su lado a los prestigios máximos de la revolución y cuenta con la adhesión espiritual de los verdaderos comunistas. Pero Stalin tiene a su lado la máquina del partido y cuenta, sobre todo, con la G. P. U. El triunfo de Stalin sobre Trotski es principalmente un triunfo policíaco.

Los bolcheviques están curados de espanto en eso de las represiones por medio de la Policía, y el Gobierno de Moscú se ha tirado a fondo contra la oposición. Trotski, la gran figura de la revolución, está prisionero de la G. P. U. en la frontera china[9], y en Siberia hay más de dos mil trotskistas deportados. Para darme una idea de lo dura que ha sido la represión, me aseguraba un *leader* de la oposición residente en Leningrado —donde hay un fuerte núcleo trotskista— que el Gobierno de Moscú ha utilizado para la deportación incluso lugares que el Gobierno del zar no se había atrevido a utilizar nunca por considerarlos demasiado inhóspitos.

La situación moral de los revolucionarios de sangre adictos al trotskismo, ante esta represión del Gobierno soviético, es realmente conmovedora. Hombres agotados en la lucha por la revolución contra los esbirros del zarismo, que creían haber conquistado con el triunfo del régimen soviético el derecho a la paz, se han visto de nuevo perseguidos, encarcelados, sometidos a registros domiciliarios, deportaciones y confiscaciones, lanzados de nuevo a la lucha revolucionaria, más feroz ahora que nunca porque el Gobierno de Moscú, que conoce el temple de estos hombres, no puede tener con ellos ninguna tibieza.

Es el triste sino del revolucionario de sangre. Por poca que sea la comprensión y la solidaridad que se tenga con la conducta de estos hombres que en aras de un ideal revolucionario sacrifican sus vidas, el ánimo se sobrecoge ante el heroísmo con que, ya viejos, quebrantados por toda una vida de sufrimientos, se lanzan de nuevo con ímpetu juvenil a combatir lo que ellos mismos crearon y que en sus mismas manos se ha vuelto contra ellos.

*

9 En el libro ya se afirma: «Trotski… expulsado del territorio soviético como un apestado...»

Smirnoff, Comisario de Correos y Telégrafos hasta hace poco, era uno de los revolucionarios de más limpia historia dentro del partido. Era el prototipo del revolucionario de pura sangre. Los comienzos de su actuación se remontan casi a los tiempos de la Narodnaia Volia. Consagrado exclusivamente a la consecución de idea revolucionaria, no tuvo en su vida un momento de paz, perseguido siempre por la Policía zarista, en la cárcel, la deportación o el destierro durante toda su vida, no supo crear un hogar donde remansarse; en su vida azarosa, únicamente le acompañaba y auxiliaba su madre, víctima también, como él, de las persecuciones policíacas. Cuando subieron al poder los bolcheviques, Smirnoff se encargó del Comisariado de Correos y Telégrafos, y sólo entonces encontró la pobre vieja un poco de sosiego para su senectud.

Pero surgió la disidencia trotskista, y Smirnoff, idealista de siempre, se puso al lado de la oposición. Empezó a ser sospechoso ante los demás miembros del Gobierno, y poco después era destituido del Comisariado y sometido a estrecha vigilancia. Volvió entonces a la lucha revolucionaria con el mismo ardor de su juventud. No tardó en sentir las consecuencias.

Los agentes de la G. P. U. se presentaron un día en su casa para hacer un registro. La madre de Smirnoff, octogenaria, casi ciega, alejada ya del mundo, fue sometida a un interrogatorio policíaco. Costó un gran trabajo hacer comprender a la vieja de lo que se trataba. No lo concebía.

Cuando a través de las brumas de su senectud pudo darse cuenta, se limitó a preguntar:

—Ha vuelto el zar, ¿verdad, camarada?

Mientras su hijo está en el destierro, la vieja se morirá repitiendo: «Ha vuelto el zar. Ha vuelto el zar.»

22.
Cómo vive Trotski en el destierro

(9 de octubre de 1928)

Todo Moscú está lleno de iconografía revolucionaria. En los escaparates de todas las tiendas, en los quioscos de periódicos, en las vallas de los solares, en todas partes se encuentran siempre las caras de los *leaders* de la revolución, reproducidas millares de veces por esta horrible litografía rusa, de un mal gusto que crispa los nervios.

No hay modo, sin embargo, de encontrar un retrato de Trotski en toda Rusia. El trotskismo es el culto más perseguido hoy. Se ha llegado hasta el extremo de suprimir la cabeza de Trotski en los grupos fotográficos en que aparecía Lenín rodeado de todos sus colaboradores; al cuerpo de Trotski se le ha puesto, recortada, la cabeza de otro *leader* cualquiera. He visto incluso que los trotskistas más fervientes ni siquiera en lo más escondido de su hogar, ni en la cabecera de la cama, se atreven a tener la efigie de Trotski, y los que por devoción la conservan, para evitar el verse denunciados la tapan durante el día con un paño blanco, y únicamente cuando se quedan solos y atrincherados en la intimidad de su alcoba se atreven a descubrirla.

Pero a pesar de todo…

Con un muchacho comunista que me sirve de intérprete en mis andanzas por Moscú, me he acercado una vez a un quiosco de periódicos para comprar fotografías de los *leaders* revolucionarios.

—¿No tiene usted a Trotski?

—Trotski —me ha dicho el vendedor con un acento bastante significativo— es el único *leader* revolucionario que no se vende.

*

Aunque la personalidad de Trotski es una de las cosas que más me interesaban de Rusia, no he podido llegar hasta el lugar donde estaba desterrado[10]; nadie puede hoy llegar hasta él. La vigilancia de la G. P. U. impede todo contacto con el creador del Ejército Rojo.

Recientemente se ha dado un caso emocionante. Trotski es uno de esos tipos subyugantes, arrebatadores, que ejercen una atracción irresistible sobre quienes le rodean. Compadecidos de su destierro, dos muchachos comunistas que durante los últimos años le habían servido de secretarios, pidieron ser desterrados con él para poderle auxiliar en sus trabajos.

—¿Cómo va a poder trabajar estando solo? —se decían—. Nos necesita; somos sus pies y sus manos.

El Gobierno de Moscú se negó a desterrarlos con su antiguo jefe, y entonces ellos, por su propia iniciativa, sin ningún contacto con los directores de la oposición, sin ningún propósito político, impulsados sólo por el afecto personal al que había sido su jefe, emprendieron el camino de Almahata, donde Trotski estaba desterrado. No pudieron llegar; los agentes de la G. P. U. los sorprendieron en el camino, y encarcelados están y estarán ya para mucho tiempo.

*

Este celo del Gobierno de Moscú no es superfluo. Trotski es un tipo de tal entereza que nunca se le tendrá totalmente sometido. El destierro, allá casi en la frontera china, la estrecha vigilancia

10 Trotsky fue expulsado de la Unión Soviética el 20 de enero de 1929. En el libro incluye el dato.

que se ejerce en torno a su persona, y las persecuciones, encarcelamientos y deportaciones de sus partidarios, no han sido medidas eficaces para anular la oposición.

Todavía en el último Congreso, los delegados de todo el mundo recibieron clandestinamente el informe que Trotski enviaba desde su destierro. Las cartas del desterrado —y esto parece milagroso, dado el régimen policíaco de los soviets— circulan de mano en mano mecanografiadas, reproducidas por medio de multicopistas, y hasta impresas. En todo momento, frente a cualquier resolución del Gobierno, ante cada uno de los problemas que van planteándose, la voz del desterrado Trotski se hace oír implacablemente.

En vista de que la acción policíaca no bastaba para inutilizar a la oposición, Stalin emprendió una campaña política de descrédito del trotskismo ante las masas trabajadoras. Se acusaba a los trotskistas de contrarrevolucionarios y se insinuaba que la G. P. U. tenía pruebas de que estaban en connivencia con elementos procedentes de los Ejércitos Blancos. Se dejó caer la noticia de que la oposición se había proporcionado una imprenta clandestina gracias a la colaboración de un ex oficial del ejército de Wranjel.

Como obedeciendo a una consigna, los elementos simpatizantes con la oposición contestaban a esta campaña pidiendo en las células, en los Comités de fábrica y en los soviets locales el nombre del agente contrarrevolucionario. La consigna era ésta: el nombre.

Estrechado por esta demanda unánime, el Gobierno tuvo que declarar que no podía hacer público el nombre del agente contrarrevolucionario porque se trataba de una persona que había prestado importantes servicios secretos a la Policía. Se trataba —como es natural— de un agente provocador de la G. P. U.

*

Todo esto hace que el cerco puesto por el Gobierno de Moscú a la persona de Trotski se estreche cada vez más. Los miembros de la oposición han llegado a temer por su vida. Realmente, Trotski es de esa clase de hombres que sólo pueden inutilizarse con la muerte.

Respondiendo a esta alarma, las agencias periodísticas de los Gobiernos burgueses han hecho circular fantásticos rumores sobre un intento de asesinato de Trotski cometido por los agentes de la G. P. U. Esto es perfectamente absurdo. Salvaguarda la vida de Trotski la íntima devoción que por él sienten hasta sus más enconados adversarios políticos. El Gobierno de Moscú es el más interesado en que a Trotski no le pase nada. Si a Trotski le sobreviene mañana una enfermedad que le cuesta la vida, los ciento treinta millones de ciudadanos de la Unión creerán a ojos cerrados que ha sido víctima de un asesinato, y ésta sería la más formidable plataforma de la oposición.

*

A pesar de la rudeza de la lucha, el Gobierno de Moscú no se ha atrevido a prescindir de las buenas formas con su prisionero. Trotski está descansando en Almahata, donde disfruta de una apariencia de libertad. Vive con su mujer y sus hijos en una casa cualquiera de la ciudad; ahora bien: esa casa en la que vive Trotski está bajo la administración de la G. P. U. Es decir, Trotski es inquilino de la Policía.

Cuando una mañana Trotski se levanta temprano y coge su escopeta dispuesto a pasar el día en el campo tirando a los conejos, se encuentra con unos amables vecinos, también aficionados a la caza, que le acompañan galantemente en su excursión. Y estos obsequiosos vecinos son también agentes de la G. P. U.

*

La situación económica de Trotski y su familia en el destierro es realmente angustiosa. El hombre que en un momento pudo proclamarse emperador de Rusia no tiene qué comer. Para mantener a los suyos Trotski invierte toda la mañana en hacer traducciones. De lo que le pagan por sus traducciones vive exclusivamente.

El Gobierno le pasa el socorro de treinta rublos mensuales —unas ochenta pesetas— que desde la época del zarismo se pasa a los deportados, pero Trotski se niega a cobrar este socorro y vive exclusivamente de lo que le produce su trabajo de traductor y de lo que subrepticiamente le envían sus fieles partidarios.

Muchos de éstos dedican unas horas de la jornada a trabajar para Trotski. Sé que no pocas de las obras rusas que se editan en el extranjero han sido traducidas únicamente para obtener algún dinero con que auxiliar a la familia del caudillo revolucionario.

*

El trabajo de éste en el destierro sigue siendo intensísimo. Aparte su labor de traducciones, dedica muchas horas del día a la labor política, porque para filtrar a través de la vigilancia policíaca una carta o un informe tiene que hacer por sí mismo, de su puño y letra, muchas copias, que luego se quedan entre las uñas de la G. P. U. Esto, por lo menos, sirve para que en todo momento el Gobierno de Moscú sepa cómo piensa Trotski.

Me dijeron que además Trotski está escribiendo sus Memorias, que por ahora no piensa publicar porque no cree que su vida pertenezca todavía al pasado.

Fuerte, sano, joven todavía, Trotski espera que llegue nuevamente su hora. Mientras, se dedica a la caza, la pesca y la literatura con la misma intensidad, la misma energía y el mismo coraje con que antes se aplicaba a la organización de los servicios ferroviarios o a la creación del Ejército Rojo.

—Es un hombre terrible —me decía un amigo suyo que hace poco estuvo acompañándole durante unos días—. Tiene la obsesión de hacer las cosas a fondo, el culto de la obra bien hecha. Salíamos a pescar tranquilamente y apenas se enfrascaba en la pacífica tarea de la pesca, Trotski se exaltaba, se enconaba, ponía sus cinco sentidos en lo que estaba haciendo y luchaba con los peces que querían escaparse del trasmallo, como luchó con los contrarrevolucionarios. Es el hombre que menos comprende el sentido deportivo de la existencia que postulan ustedes en Occidente.

23.
El padrecito Mijail Ivanovich

(12 de octubre de 1928)

—Mijail Ivanovich, vengo a verte porque se me ha muerto la vaca; tú sabes bien lo que eso es para nosotros. Además, tengo al hijo en el Ejército Rojo y quería pedirte…

Mijail Ivanovich escucha pacientemente la retahíla del campesino, que ha recorrido muchas *verstas* para llegar a Moscú y contarle sus cuitas. Cuando el campesino calla al fin y queda ante él rascándose la pelambrera por debajo de la pesada *papaja*, Mijail Ivanovich pregunta a su vez y entonces se entabla un diálogo lento, grave, con esas pausas y ese arrastre de las palabras característicos de la conversación de todos los campesinos del mundo.

Diríase que Mijail Ivanovich y su interlocutor son dos compadres aldeanos que se cuentan sus cuitas mano sobre mano en una tarde de domingo.

Mijail Ivanovich Kalinin es, sin embargo, algo más que un campesino: es el jefe del Estado, el Presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas Rusas.

No por esto se puede decir que sea un farsante. No; Mijail Ivanovich Kalinin, cuando habla con los campesinos que acuden a su despacho de la Presidencia, se olvida por completo de que ha habido una revolución y de que él, aldeano, hijo de aldeano y nieto de aldeano, está ocupando el puesto más elevado de la República, para volver a ser únicamente el compadre del pobre hombre que le cuenta sus cuitas en ese lenguaje moroso, lleno de silencios y de reticencias, que sólo los campesinos entienden.

Kalinin sabe hablar en su lengua al pueblo.[11]

Sólo el camarada Kalinin sabe hablar con los humildes sin ofenderles.

El partido comunista, que mide exactamente el valor de propaganda que esto tiene, conserva al campesino Mijail Ivanovich en la Presidencia de la República, y le obliga a recibir diariamente a docenas de obreros y campesinos, cuyas quejas tiene que escuchar y contestar cumplidamente. Cada campesino que sale del despacho de Kalinin, después de haberle visto y hablado, vuelve a su aldea con la impresión de que, efectivamente, la revolución ha servido para que los campesinos estén gobernados por un campesino y los obreros por un obrero.

Realmente, Kalinin es un tipo representativo de un valor imponderable.

Hijo de campesinos y campesino él mismo durante los primeros años de su juventud, abandonó después la tierra cuando se sintió desposeído de ella y se marchó a la ciudad, donde formó en las filas del proletariado industrial. La propaganda que hacían en las fábricas los teorizantes de la revolución le convirtió en revolucionario de acción, y bajo el zarismo sufrió persecuciones y encarcelamientos. Es, pues, una especie de arquetipo revolucionario; el hombre representativo del nuevo estado social.

Pero, como todo hombre representativo, tiene algo de mito, de ficción. Los campesinos que hacen cola a la puerta de su despacho pueden hacerse la ilusión de que es aquel campesino que está dentro el que les gobierna; pero cualquiera que conozca un poco la máquina del partido comunista sabe que el aldeano Kalinin, el venerable Kalinin, no es más que un símbolo manejado diestramente por los *leaders* de la revolución.

---

11 En el libro añade: «Esa farsa que los monarcas y los presidentes de todo el mundo quieren ensayar cuando se dirigen llanamente a sus súbditos más humildes para conquistarse un poco de popularidad es siempre una torpe bufonada. A través de las palabras amables del magnate se ve siempre su fondo insincero.»

Precisamente en los días de mi estancia en Moscú tuve ocasión de comprobar la inconsistencia de este símbolo en que se ha convertido el aldeano Mijail Ivanovich.

Después de haber dado la batalla a Trotski, Stalin se encuentra con que la derecha del partido le lleva, en el terreno de las concesiones a los campesinos y a los comerciantes, más allá de lo que él quisiera. Rikov, apoyado por Kalinin, está dispuesto a atacar el último baluarte de la revolución, el monopolio del comercio exterior.

La oposición[12] de Stalin mismo a esta medida apunta una nueva escisión, en la que Kalinin aparece incondicionalmente al lado de Rikov. Pero, súbitamente, Kalinin cambia de criterio y se somete a la voluntad de Stalin. ¿Por qué? La gente va diciéndoselo al oído por Moscú.

Stalin, que posee los archivos de la Policía zarista, tiene seguramente en sus manos algún documento que compromete a Kalinin: alguna carta de retractación ante algún jefe de Policía, algún documento pidiendo clemencia a las autoridades del zar... ¡Todo esto es tan frecuente entre los hombres de la revolución...!

Kalinin, que no es más que un hombre representativo, un símbolo, no podría soportar una acusación de esta índole, y de hecho el campesino que gobierna a los campesinos, el símbolo del régimen, no es más que un instrumento dócil en las manos del verdadero dictador Stalin.

*

Me han dicho:

—¿Por qué no se queda usted dos o tres días más en Moscú y solicita una audiencia de Kalinin?

—¿Para qué? —he contestado—. A mí no se me ha muerto ninguna vaca.

12 En el libro «prudente».

24.
El pope y la papadía

(15 de octubre de 1928)

Cuando en una calle de Moscú se encuentra uno arrimado a la acera a un tipazo mugriento, barbudo, con una pelambrera piojosa cayéndole sobre los hombros, los grandes ojos azules mirando espantados el espectáculo callejero, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la testa oscilante mientras los labios torpes intentan vanamente articular unos sonidos humanos entre eructos de aguardiente, ya se sabe: es un *pope*.

Yo no sé si antes de la revolución sería así también. Sospecho que la embriaguez habitual es una de las tradiciones más características del clero ruso, a juzgar por las referencias literarias que de él tenemos. Lo que es ahora, decir *pope* es decir borracho.

Yo creo que, aparte una natural predisposición al alcoholismo que por lo visto ha sido siempre patrimonio del cura ruso, es la revolución lo que le empuja ahora fatalmente a la embriaguez. Desde el triunfo del bolchevismo, el *pope*, como dice la letra de los tangos, «bebe para olvidar». La tragedia de la Iglesia ortodoxa dentro del régimen soviético es una tragedia disuelta en alcohol.

*

El partido comunista, siguiendo su táctica jesuítica de siempre, cuando se topó de cara con la Iglesia, no se atrevió a darle la batalla francamente. El pueblo ruso era y sigue siéndolo el pueblo más religioso del mundo. No se trata de una religiosidad militante, disciplinada y concreta, sino un difuso sentimiento religioso, mezcla de superstición y de idolatría, tan arraigado en el fondo del alma rusa que hasta los bolcheviques que se atrevieron con todo se detuvieron prudentemente antes de atacarlo a fondo.

Pudieron haber suprimido al cura como suprimieron al comerciante, al patrono y, en general, a toda la burguesía. Los sótanos de la Checa habían probado ya su capacidad para eliminar una clase social entera por fuerte y numerosa que fuese. Pero con el cura, acaso por temor a una explosión de ese difuso sentimiento religioso tan arraigado en el alma del pueblo ruso, tal vez porque los comunistas han puesto siempre un exquisito cuidado en evitar que se formase la aureola del mártir alrededor de sus víctimas, y la Iglesia es maestra sapientísima en la elaboración de mártires, el caso es que se siguió otro procedimiento de eliminación. El sitiarlos por hambre.

Hace once años que la vida se le hace imposible al pobre *pope* ruso. Si subsiste es porque por lo visto la clase sacerdotal tiene una vitalidad superior a la del resto de los mortales.

*

Se nacionalizaron todos los bienes religiosos, hasta los ornamentos del culto. El *pope* se encontró de la noche a la mañana con que no tenía más que la sotana que llevaba puesta. Se suprimió toda subvención al clero, se castigaron duramente las especulaciones con objetos de culto y se impidieron las recaudaciones de fondos entre los fieles. Durante los terribles años de miseria que siguieron a la revolución, el *pope*, privado de todos sus recursos, permanecía impotente y famélico a la vera de sus iconos, ante los que iba a prosternarse una muchedumbre llena de fervor religioso, pero sin una *copeca* en el bolsillo. Los buenos parroquianos de antes habían emigrado o perecido.

El *pope* se lanzó entonces a una vida de hampón. Mendigando por las casas de sus fieles, comiendo aquí y ayunando allá, durmiendo donde le cogía, alternando con ese poso turbio de malhechores e infelices que revuelven las revoluciones, el *pope* ha ido cayendo poco a poco en una

especie de vagabundaje que pone pellas de barro en sus barbazas antes tan respetables, y deshace en jirones su imponente sotana.

¡Pobres *popes* rusos! Yo he visto a uno que llevaba todo el verano durmiendo bajo la bóveda del firmamento. En Moscú hay un pavoroso problema de viviendas, y la dictadura del proletariado distribuye las habitaciones de que se dispone según la utilidad social del que las demanda. El cura, según los bolcheviques, no desempeña en Moscú ninguna función necesaria y no tiene, por tanto, derecho a habitación. Considerado como una superfluidad, el *pope* ve claramente que está condenado a perecer. Y, consciente de su fin próximo, desesperado, se entrega a la bebida.

Me dicen que algunos, no muchos, han tenido una resolución heroica y se han puesto a trabajar en las fábricas.

*

Durante algún tiempo, la Iglesia, a la que los bolcheviques no atacaban directamente, creyó que podría salvarse y convivir con el nuevo régimen. La maniobra soviética de favorecer encubiertamente a una secta para hacer daño a la otra hizo concebir a algunos la esperanza de que podrían subsistir. Una parte del clero se puso al lado de los bolcheviques bajo la bandera de la Iglesia viviente, que, en efecto, encontró cierto apoyo entre los directores del partido.

Este intento de salvarse fue muy curioso. Compaginaban la revolución con sus creencias aquellos pobres *popes* diciendo que, puesto que la voluntad de Dios era que hubiesen triunfado los bolcheviques, había que someterse a ellos y ayudarles incluso en su tarea revolucionaria. Para congraciarse con la dictadura del proletariado, algunos *popes* izaban la bandera roja sobre las cúpulas doradas de sus iglesias, y en su propaganda religiosa intercalaban citas de Marx, Engels y Lenín entre los versículos de la Biblia. Pero la maniobra soviética está ya demasiado clara para que puedan hacerse ilusiones sobre su destino. Los bolcheviques favorecían esta herejía de la Iglesia viviente para acabar de destruir la Iglesia ortodoxa.

*

A pesar de todo, el pueblo sigue siendo religioso. El *pope* ha perdido todo su prestigio. No hay paridad posible entre la significación social de un cura católico o protestante y un *pope* ruso. En la aldea, el *pope*, que siempre, aun bajo el zarismo, tuvo una reputación moral poco envidiable, se ha convertido en un tipazo pintoresco, filósofo cínico, borrachín genial, que divierte a los campesinos con su ingenio, su cultura y su desvergüenza.

El *pope* y su mujer la *papadia*, con sus broncas conyugales, sus borracheras, sus arbitrios para poder comer, su desesperación y sus pecados, todos, son la sal de la vida aldeana, la anécdota pintoresca que alegra un poco la triste vida de trabajo de los campesinos. El *pope* ha venido a ser el fermento anarquista de la aldea.

Y, a pesar de todo, subsiste inalterable ese difuso sentimiento religioso del pueblo ruso.

Un artículo de Castrovido

(17 de octubre de 1928)

Comentando el viaje y las crónicas de nuestro querido compañero Manuel Chaves Nogales, el ilustre escritor D. Roberto Castrovido ha publicado un artículo en el que con su proverbial generosidad de espíritu realza el esfuerzo y el éxito de nuestro compañero.

Es para nosotros un motivo de legítimo orgullo la reproducción de estos párrafos del maestro, que exaltan la trascendencia literaria y social del viaje de Chaves Nogales.

*

Ya está en Madrid Chaves Nogales. Bien venido sea. Ha ido a Rusia y ha vuelto de Rusia, que ha recorrido del Báltico al Caspio en aeroplano.

Ha utilizado un medio moderno y ha podido, gracias a eso, viajar con rapidez. Pero el mérito del viaje está en el hombre Chaves Nogales, y no en el vehículo que usó.

Pasa en literatura lo que en la guerra: importante es la aviación, el submarino, el automóvil, los explosivos, los cañones de alcance y de repetición, los gases asfixiantes; pero lo esencial no es eso, sino lo más antiguo, el hombre. No cabe duda de que los chismes mecánicos que llevan rapidísimamente de un punto a otro son utilísimos para viajar, y que la estilográfica es bonísimo invento, y que las máquinas de escribir ahorran tiempo en la lectura de manuscritos de letra endemoniada, y que la linotipia es mejor que las letras de plomo y las cajas con sus cajetines; pero para escribir literaria, bellamente de viajes, lo principal es el hombre. La única diferencia es que la guerra exige al hombre valor, fuerza, agilidad, resistencia, sobriedad, y la literatura le pide arte, cultura, talento, don de ver y don de contar lo que ha visto.

Los chicos de la vanguardia se extasían con el motor de explosión, con el avión, con el auto, con la pista para automóviles, con la telegrafía sin hilos. No es desdeñable nada de eso; pero no es lo principal, ni menos lo esencial.

Enrique Heine viajó a caballo, en diligencia, en silla de postas o a lomos de un mal rocín, y hasta ahora sus cuadros de viaje son muy superiores a lo que nos está contando en «La Gaceta Literaria» Jiménez Caballero. Y no hay desestima para este querido amigo mío en el argumento comparativo.

Chaves Nogales, desde su aparato volador, ha escrito dos o tres páginas bellísimas: aquella en la cual compara las ciudades con el cielo estrellado y la visión desde lo alto de la tierra rusa; pero lo más bello lo ha escrito después de apearse o de aterrizar, andando por ciudades, campiñas y minas. Si el aeroplano no hubiese llevado a un Chaves Nogales, el viaje carecería de toda trascendencia política, social y literaria.

He leído con admiración y encanto lo que escribió en París, lo que escribió en Berlín —¡oh, la descripción de las rondas conmemorativas de la República en su aniversario!—, lo que ha escrito en Rusia, ya al toparse con un soldado rojo, ya al tratar con una jovenzuela bien pertrechada de armas, ya al considerar la falta de lo superfluo, bien al echar de ver la etiqueta comunista, ora en Moscú, ora en la capital de Georgia, así en las minas como en los sanatorios.

Cuando leí el libro de Fernando de los Ríos me coloqué frente a la dictadura del proletariado. Hoy he cambiado mucho. Dictadura por dictadura, prefiero la del proletariado bolchevique a la de Mussolini y el fascismo. Desde el zar Alejandro fue Rusia la reserva de la reacción; hoy es la reserva revolucionaria.

Me repugna de la Rusia soviética la Policía omnipotente, irresponsable, cuya descripción constituye otro de los aciertos de Chaves Nogales.

Seguramente que hará un libro con estas observaciones y con las reflexiones que le sugieren, y está escribiéndolo. Ardo en deseos de leerlo.

Roberto Castrovido

25.
Periodismo burgués y periodismo comunista

(20 de octubre de 1928)

—¿Cómo se ejerce en Rusia la censura de Prensa? —he preguntado en Moscú a un periodista.

—Aquí no se ejerce la previa censura —me ha contestado—. Los periódicos publican todo aquello que sus redactores jefes creen que debe publicarse.

Cuando ha visto que yo me sonreía, mi interlocutor se ha apresurado a aclarar:

—Claro es que los redactores jefes de los periódicos creen que sólo puede publicarse aquello que conviene al Gobierno. No crea usted que nos preocupa la necesidad de dar una apariencia de libertad a la Prensa; no. El periódico está absolutamente en manos del Gobierno de Moscú, y así debe ser. El cargo de redactor jefe de un periódico es un cargo político que se otorga sólo a personas de la confianza del Gobierno, absolutamente identificadas con su política; el periodista es un funcionario más de la máquina administrativa del régimen.

*

El partido comunista no tiene por la Prensa ninguna simpatía. Los bolcheviques consideran el ejercicio del periodismo como la manifestación más clara del servilismo de los intelectuales a la burguesía. Esta enemistad está sobradamente justificada. Los *leaders* del bolchevismo han sido objeto de las más furiosas campañas de la Prensa, y todavía son los periódicos dependientes económicamente de las Empresas capitalistas los que mantienen en el mundo el cerco al comunismo. Cuando en los primeros días de noviembre de 1917 los bolcheviques se habían apoderado de Petrogrado, y los obreros, soldados y marinos, ejecutando las primeras disposiciones del Comité militar revolucionario reunido en el Instituto Smolny, ocupaban triunfalmente las calles de la ciudad, todavía los periódicos de Petrogrado fieles a la causa de la burguesía, arremetían contra ellos ferozmente y dando gritos de espanto ante lo que llamaban el fin de la civilización, azuzaban a la juventud intelectual y burguesa lanzándola al combate contra los proletarios.

Para los bolcheviques la Prensa no merece ninguna consideración de índole moral; no es más que un arma de combate absolutamente inerte por sí sola, de la que se dispone desde el Poder como se dispone de las ametralladoras o de los carros de asalto. Se incautaron de ella del mismo modo que se incautaron de los depósitos de municiones, y no han tenido nunca la sospecha de que actuando independientemente del Poder público la Prensa pueda realizar ninguna función social.

*

«Es cierto —decía Trotski— que escribimos bastante mal, que los artículos de fondo de nuestras *Investia* están llenas de párrafos mal construidos y plagados de contradicciones (¿cómo hubiera sido posible sin contradicciones?), y que se ha perdido aquel estilo periodístico tan acabado que teníamos antes de la revolución de noviembre, cuando Miliukov babeaba la prosa exquisita de sus artículos de fondo y Hessen servía maravillosamente al público los mejores bocados de los procesos de divorcio; pero la verdad es que todos esos *desnatadores de cultura* lo que hicieron fue liquidar la revolución de 1905 con sus brillantes prosas periodísticas.»

En el régimen comunista, los periódicos, siguiendo este criterio, no son más que escuderos de la revolución. Se les ha podado implacablemente todo aquello que pudiera ser una reminiscencia burguesa y se los ha convertido en boletines oficiales del Gobierno.

*

Para no dejar al periodismo tradicional ni siquiera el valor social que tiene como portavoz de las masas populares, los comunistas crearon y fomentaron los llamados periódicos murales, una especie de tablilla de anuncios colocada a la entrada de todas las fábricas y oficinas, donde los obreros pegaban sus comunicados manuscritos exponiendo sus reclamaciones, sus críticas y sus alabanzas. Este sistema rudimentario de expresión de la voluntad popular acababa de quitar toda su importancia a la Prensa y daba satisfacción a la necesidad que tiene el pueblo de manifestarse sin ocasionar un grave peligro para la dictadura por la escasa difusión que aquellas opiniones inmovilizadas en un paredón podían tener.

Los periódicos murales están hoy en franca decadencia; los obreros han ido cediendo en el fervor intervencionista de los primeros momentos de la revolución, y cada vez acuden menos con sus quejas a estas tablillas que antes llenaban a diario con sus escritos. Yo he visto infinidad de periódicos murales en los que no hay más muestra de expresión popular que alguna divagación teórica sobre el marxismo o los pinitos literarios de algún obrero amarilleando bajo los efectos del sol de muchas semanas.

A pesar de todos sus pecados, el periodismo es insustituible. El partido comunista no ha tenido más remedio que respetar su forma tradicional y darle una apariencia de libertad, aunque en el fondo lo tenga completamente sometido.

*

El régimen de Prensa de los soviets es bastante curioso. Los periódicos tienen una gran libertad para tratar de todas las cuestiones de las Administraciones según el criterio personal de sus redactores. En cambio, no se les consiente ninguna discusión de carácter doctrinal. Para la Prensa soviética, no hay más que una doctrina social, el marxismo, ni más interpretación de ella que la del Gobierno de Moscú.

El sistema es radicalmente distinto del que siguen los Gobiernos burgueses en sus intervenciones sobre los periódicos. Por lo general, todas las dictaduras capitalistas utilizan la censura de Prensa para impedir las campañas periodísticas dirigidas contra la Administración, y en cambio dejan una gran libertad para las discusiones doctrinarias.[13] El Gobierno soviético, por el contrario, consiente las campañas de Prensa contra la Administración por enconadas que sean. Recientemente algunos periódicos de Moscú han arremetido contra el comisario del Pueblo Lunatcharsky, al que acusaban de haber pasado una temporada en el extranjero en compañía de una célebre artista haciendo una vida perfectamente burguesa[14]. Mientras estuve en Rusia, seguí atentamente las contestaciones que los obreros daban a una encuesta abierta por la *Gaceta* de Moscú, que preguntaba a los trabajadores las razones que tenían para no figurar en el partido comunista. Me he hecho traducir literalmente una de las contestaciones publicadas, que decía así: «No soy comunista porque me repugnan las inmoralidades de la burocracia del partido». Y debajo la firma y la dirección del que así opinaba.[15]

*

Esta libertad desaparece en cuanto se trata de asuntos de política exterior. De lo que pasa en el extranjero, el ciudadano de la Unión no tiene más noticias que las que le facilitan los boletines oficiales del Comisariado de Relaciones Exteriores. La incomunicación del pueblo ruso con el resto del mundo es absoluta.

---

13 En el libro: «En España, por ejemplo, mientras no se sale de lo que pomposamente llaman *la región serena de las ideas* —es decir, la región de los tontos teorizantes— es posible hacer declaraciones concretas incluso de fe anarquista o comunista, pero no hay modo de deslizar la más leve censura contra el último funcionario de Estado, por muy ladrón y muy canalla que sea.»

14 En 1929 Anatoly Lunacharski fue destituido del cargo de Comisario del Pueblo para la Educación, que ocupaba desde 1917.

15 En el libro: «Pruebe el que quiera a hacer una declaración semejante en España.»

Sólo aquellos acontecimientos a los que puede darse una interpretación revolucionaria ganan las columnas de la Prensa. Yo he podido comprobar cómo personas cultas que estaban al tanto del movimiento científico e intelectual de todos los países, se hallaban absolutamente desorientadas en cuanto se refiere a la política internacional, hasta el punto de ignorar incluso la existencia de hechos de importancia capital para la marcha política del mundo.

En cambio, una mañana me he encontrado en un periódico de Moscú con dos columnas llenas de información sobre una huelga obrera planteada hace dos meses en Sevilla, a la que se atribuía una importancia política que yo, español, ni sospechaba siquiera.

26.
El espíritu comercial en la Rusia soviética

(24 de octubre de 1928)

La revolución estaba en inminente peligro. Los poderes públicos habían combatido ferozmente a los comerciantes y a los industriales que dentro de la teoría marxista representaban la explotación del trabajo humano por medio del capitalismo; pero después de extirparlos se encontraron los soviets con que eran incapaces de sustituirlos; no había manera de restablecer la producción, distribución y venta de los artículos más indispensables para la vida. Entonces Lenín, dando un paso atrás, creó la N. E. P. (la Nueva Política Económica), a cuyo débil amparo los comerciantes retornaron. Después de haber sido perseguidos implacablemente los comerciantes volvían para salvar la revolución.

*

Este humilde comerciante que todas las mañanas abre su tiendecita, dispone cuidadosamente sus chucherías en el escaparate y se sienta detrás del mostrador a esperar melancólicamente a los problemáticos compradores, es uno de los tipos más emocionantes de Rusia. Cuando abre su tiendecita no sabe qué nueva calamidad va a traerle el nuevo día. Puede esperar que de un momento a otro le confisquen sus pobres géneros, le insulte la muchedumbre o le encarcelen agentes de la G. P. U. El comerciante, este pequeño y humilde hombre de la tiendecita, es el paria de la Rusia soviética.

*

Empezó el régimen bolchevique por la abolición de todo el comercio privado. La persecución que entonces se hizo contra los comerciantes fue implacable. Los agentes de la Checa llegaron hasta el extremo de actuar como agentes provocadores del comercio ilegal para poder encarcelar a los comerciantes. Se disfrazaban de campesinos y tentaban la codicia de los comerciantes ofreciéndoles artículos a bajo precio para su reventa. Si el pobre comerciante se dejaba tentar por su indesechable afán de lucro y entraba a discutir la oferta, iba a dar inmediatamente con sus huesos en las prisiones de la Checa, de donde no salía ordinariamente sino para la deportación.

El establecimiento de la Nueva Política Económica, que rectificaba totalmente la actitud del comunismo ante el comercio, dio fin a la época heroica de las transacciones clandestinas. Se permitía al comerciante vivir y comerciar; pero su condición social no mejoraba.

*

Bajo el régimen de la N. E. P. (Nueva Política Económica) se tolera al comerciante, considerándolo como un mal inevitable; pero se le hace objeto de toda clase de vejaciones e injusticias. El *nepman* es el enemigo del proletariado, que al ejercer ahora la dictadura no tiene ningún escrúpulo en ser duro hasta la crueldad con él. Al *nepman* se le acorrala por todos los medios, se cargan sobre él todos los tributos, se le priva de toda asistencia social, no tiene derecho al voto, se niega a sus hijos el acceso a las Universidades. Al lado de cada tiendecita particular el Estado abre un establecimiento cooperativo que le haga una competencia ruinosa merced a la exención de impuestos y a todas las ventajas de la protección oficial.

Pero, a pesar de todo, el hombre de la tiendecita, castigado y perseguido siempre, subsiste por un verdadero milagro de vitalidad. ¡Qué formidable fuerza tiene en el mundo el espíritu comercial! De todas las actividades burguesas combatidas por el comunismo, es ésta del comercio la que con más pujanza retoña siempre.

El comerciante tiene tal capacidad de adaptación a las circunstancias, que cuando más segura está la economía comunista de haberlo eliminado, más incrustado en ella se lo encuentra.

En la actualidad, el *nepman* ve claramente que no puede luchar con la cooperativa del Estado; ante el régimen de desigualdad de impuestos, la tiendecita privada sucumbe. Pero el comerciante no desaparece nunca; se transforma en agente de compras al servicio de la cooperativa, y dentro de ella sigue trabajando, guiado única y exclusivamente por su afán de lucro personal, que al fin y al cabo encuentra el modo de satisfacerse. Así se da el caso de que la cooperativa del Estado, caída en manos de comerciantes, pierde toda su virtualidad, y el comprador advierte un día que ha de pagar tan caras las cosas en el establecimiento cooperativo como en la tienda privada.

Cuando se constituyen sociedades para el comercio al por mayor, el Estado se queda con el cincuenta y uno por ciento del capital; mas no por esta intervención deja de subsistir el lucro personal. El *nepman*, perseguido, vilipendiado, privado de todos los derechos políticos y de toda consideración social, llega siempre a hacerse con la verdadera fuerza: el dinero.

*

Para evitar este retoñar incesante del espíritu burgués, los bolcheviques tendrían que hacer una revolución cada cinco años. La burguesía retoña siempre, y cada vez bajo disfraces más hábiles. El final de esta lucha, que es el final de la revolución, es una locura intentar preverlo. ¿Se perderá el espíritu comunista arrastrado tras una máscara cualquiera del espíritu burgués? ¿A fuerza de disfraces y evoluciones llegará el espíritu burgués a convertirse a su pesar en espíritu comunista?

¡Quién sabe! Yo he visto en las calles de Moscú los escaparates de estas tiendecitas tan perseguidas por los bolcheviques presididos por grandes retratos de Lenín o de Stalin, que estos humildes comerciantes envolvían en una orla de seda roja. Ya sé que se trata de una ficción, que el comerciante no siente ninguna admiración por los *leaders* del comunismo. Pero este buen hombre de la tiendecita es tan dúctil, tan maleable, tiene tanta facilidad para adaptarse… ¿En los países monárquicos no se les hace monárquicos a fuerza de colocarles retratos de los reyes, y en los republicanos no se convierten a la república por la sola sugestión de las alegorías cromolitográficas del republicanismo?

*

Los soviets están haciendo ahora en todo el mundo una gran propaganda para atraerse a los comerciantes e industriales de los países capitalistas por medio del régimen de concesiones. Pero como la legislación soviética no ofrece ninguna garantía a los concesionarios, éstos demandan antes de establecerse la extraterritorialidad de sus concesiones. Si este régimen prospera se plantearán en Rusia los conflictos internacionales que las concesiones han provocado en Oriente.

El juego es peligroso para los soviets, porque así como el comerciante indígena ha vuelto sumiso y se ha entregado atado de pies y manos a los agentes de la G. P. U., el comerciante alemán o norteamericano tienen detrás a toda su nación.[16]

16 Estos dos últimos párrafos fueron suprimidos en la edición en libro de 1929.

27.
Los Derechos del Hombre y los Derechos del Trabajador

(29 de octubre de 1928)

La dictadura del proletariado ha planteado en Rusia un problema cuya existencia no se sospecha siquiera en los Estados capitalistas. El problema del derecho al trabajo. ¿Tiene todo el mundo derecho a trabajar? ¿Quiénes son los únicos que pueden gozar del privilegio del trabajo?

Mientras se creía que el trabajo no era más que una maldición divina y el trabajador era considerado en el seno de las sociedades burguesas como el ser desgraciado sobre quien se descargaba el peso de esta maldición, era fácil atribuir a todo el mundo la obligación de trabajar; pero ahora que el trabajo es un privilegio, y el trabajador, por el hecho de serlo, entra a formar parte de una casta aristocrática que se reserva todos los derechos de la ciudadanía, surge el problema de saber quiénes son los seres privilegiados que tienen derecho al trabajo. Hoy en Rusia todos quisieran ser trabajadores. ¿Lo pueden ser todos? Indudablemente, no.

La condición excelsa del trabajo, que en los países burgueses no es más que una figura retórica, en la Rusia de los soviets es una realidad tangible. El trabajador es un ser superior que goza de todos los privilegios sociales, que se atribuye la misión providencial de dirigir al resto de la humanidad y se reserva como premio a su indiscutible superioridad todas las ventajas de orden material que la civilización pueda reportarle. La revolución no ha conseguido todavía hacer disfrutar a los trabajadores de ninguna ventaja de orden material: el obrero vive en Rusia tan mal como en cualquier Estado capitalista, y muchas veces peor. Pero la superioridad moral, los privilegios de índole espiritual están indudablemente en sus manos. Un obrero de Bakú trabaja más horas al día que uno del Ruhr o de Riotinto, se alimenta acaso peor, está más derrotado si cabe; pero tiene la convicción de que el mundo está en sus manos, de que es él quien gobierna, y de que no hay más obstáculo a su soberana voluntad que la resistencia de la Naturaleza a ser dominada por el hombre. Todo lo que se cuenta de los procedimientos represivos del Gobierno de Moscú, de la tiranía del partido comunista, de los procedimientos inquisitoriales de la Policía soviética, es absolutamente cierto. Pero todo esto no roza siquiera los derechos del trabajador. En la Constitución rusa no aparecen por ninguna parte los Derechos del Hombre; sólo se encuentra presidiendo la Constitución del Estado la «Declaración de los Derechos del pueblo trabajador y explotado.»

El hombre, por el hecho de serlo, no tiene ningún derecho; su libertad y su vida están a merced de la G. P. U. En cambio, el trabajador goza de la más absoluta inmunidad. Mientras un pobre comerciante puede ser víctima de la «suprema medida de defensa nacional» (así se denomina la pena de muerte) por una simple contravención de las órdenes o decretos soviéticos, un obrero puede manifestar ostensiblemente en su célula de fábrica o en el soviet local su disconformidad con la política del partido, combatir a los *leaders* y denunciar públicamente sus abusos de poder y sus inmoralidades. Claro es que el Gobierno de Moscú no se deja arrastrar por la acción política de los descontentos, que procura neutralizar cuidadosamente; pero se guarda mucho de aplicar a los trabajadores los clásicos procedimientos contrarrevolucionarios. Se da el caso de que ni siquiera el *leader* goza de la inmunidad que tiene el obrero. Los jefes trotskistas y Trotski mismo, conocen el destierro y la cárcel; pero no así sus partidarios de los talleres y los campos. Basta decir que no obstante la furiosa campaña de la oposición, la G. P. U., que ha dado muerte en los sótanos de la Lubjanka a muchos miles de burgueses sin una vacilación, no se ha atrevido a fusilar a uno solo de los miembros de la oposición trotskista.

Esta inmunidad de las clases trabajadoras, convertidas súbitamente en la única aristocracia de Rusia, empuja a la masa de la población hacia la conquista del carnet del Sindicato, como en los países burgueses las empuja hacia la consecución de los títulos de nobleza o los billetes de banco.

Los desastrosos efectos de esta invasión del campo de los trabajadores auténticos por estas masas de gentes incapaces que quieren aparecer en las filas de los que trabajan sin capacidad para ello, y sólo por el poder personal que del trabajo se deriva, los han sentido bien pronto los directores de la revolución. Los talleres y las fábricas donde se necesitan obreros conscientes, preparados, forjados en esa disciplina férrea del trabajo, han sido inundados por gente de procedencia burguesa, blanda para el trabajo, sin disciplina, sin moral, sin preparación técnica; gente acostumbrada a esa insolvencia y falta de responsabilidad característica de los servidores humildes de la burguesía, tipos domésticos incapaces del heroísmo que la revolución pide a los que llama «trabajadores responsables.»

Estos contingentes de trabajadores improvisados procedentes de la burguesía son los que han llevado la corrupción a la burocracia soviética restableciendo todas las inmoralidades del régimen anterior dentro del nuevo régimen, a pesar de la buena voluntad de los directores.

Por otra parte, la propaganda de la revolución en los campos ha echado sobre las ciudades bandadas de campesinos incultos ansiosos de poder, que llegan a Moscú creyendo que por el hecho de ser trabajadores, están ya capacitados para ingresar en esa casta privilegiada que se ha adjudicado el gobierno de Rusia. Estas masas de emigrantes del campo a la ciudad que yo he visto perdidas por las calles de Moscú en busca de trabajo, con sus petates mugrientos a la espalda, durmiendo a la intemperie, viviendo del pillaje y la mendicidad, no tienen indudablemente derecho al trabajo. Si la industria rusa estuviera tan desarrollada que realmente necesitara de ellos y los ocupara, no tardarían en sentirse los daños que en la producción ocasionarían estos trabajadores improvisados, estos obreros sin la moral del obrero, analfabetos en su mayor parte, ambiciosos, conservadores, torpes. No; el derecho al trabajo no alcanza a todos.

Sólo una parte de la población, la más noble, la más culta, tiene derecho al trabajo. El resto tiene que ser considerado por ahora como una masa parasitaria a la que los trabajadores tienen que nutrir.

Económicamente, la situación es la misma que antes del triunfo del bolchevique. El trabajador tiene que producir para él y para los que son incapaces de producir. La diferencia estriba en que antes eran los incapaces, los parásitos, quienes gobernaban, y ahora son los trabajadores, los que producen, quienes tienen en sus manos el cetro del mundo.[17]

---

17 En el libro añade: «Esto solo ya puede valer por todas las víctimas de la revolución.»

28.
El Ejército Rojo

(5 de noviembre de 1928)

Cuando quise informarme en Moscú de las características del Ejército Rojo, se apresuraron a decirme:

—Los efectivos militares de Francia en el presente año son de 633.171 hombres; los de Inglaterra, 512.801; Italia, 550.470; los Estados Unidos, 303.869; Polonia, 284.000; Alemania, 99.191.

Rusia tiene este año un ejército de 775.000 hombres. El ejército más formidable del mundo.

*

Pero no hay que alarmarse demasiado. Esta cifra de 775.000 hombres, que teóricamente es cierta, en la práctica, atendiendo a la verdadera realidad, se reduce considerablemente. Los cuadros del Ejército Permanente, en el que se presta servicio obligatorio durante dos o tres años, no pasan de la mitad de esa cifra. Pero a este Ejército se agregan los efectivos del Ejército Territorial, que forman una suerte de milicias locales en las que no se presta servicio más que durante seis meses, repartidos en periodos de dos; el Ejército de Instrucción, formado por trabajadores intelectuales en su mayoría, también con un tiempo de estancia en filas muy reducido, y las Tropas Especiales al servicio de la G. P. U.

Estas últimas fracciones del Ejército Rojo carecen de efectividad bélica; pero el espíritu militarista triunfante en la U. R. S. S exalta y desfigura su verdadera importancia, porque el ideal de los revolucionarios de hoy es el de presentar a Rusia como el país más militarista y más formidablemente armado del mundo.

Desgraciadamente para ellos, el escaso desarrollo industrial de Rusia coloca a este amenazador militarismo en una situación de absoluta inferioridad. Esas enormes masas de jóvenes rusos, a los que se ha inculcado un fervoroso sentimiento guerrero, no podrán lanzarse a luchar con el mundo capitalista porque carecen de motores de aviación, de fábricas de productos químicos y, en general, de casi todo el material que exige una guerra moderna.

Pero si el Ejército Rojo es ineficaz para emprender por sí solo la lucha con el mundo capitalista, es un formidable instrumento de ataque contra las nacionalidades vecinas, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, y sobre todo, es la garantía de la continuidad del régimen.

Descartado por ahora el ideal de la revolución mundial, para ayuda de la cual el Ejército Rojo tampoco serviría por su falta de material moderno, resulta que los bolcheviques han creado y sostienen un formidable militarismo con todas las lacras morales del militarismo, y sin más fines que los que se le adjudican en los países burgueses: la conservación por la fuerza del orden establecido y la exaltación del nacionalismo en daño de los nacionalismos limítrofes.

*

Esto del militarismo es uno de los aspectos más desagradables de la Rusia soviética. Teóricamente, la revolución no admite más ejército que esas milicias locales con tiempo de servicio muy reducido que hoy forman el Ejército Territorial; pero en la realidad se está llegando a la militarización de todas las fuerzas nacionales, hasta el extremo de que en las últimas maniobras ha sido movilizada incluso una gran parte de la población civil.

Pero lo más amenazador de Rusia no es la cifra de sus efectivos militares, sino el espíritu militarista que se ha desarrollado en el pueblo. El soldado bolchevique no se parece en nada al

soldado de los ejércitos burgueses. Antes que de tener un ejército grande, el Gobierno bolchevique se ha cuidado de tener un ejército selecto. Lanzó como señuelo para atraerse a los mejores a esta servidumbre militar, el grito de que la defensa de la revolución con las armas en la mano era un honor que se reservaba sólo al proletariado, y mediante un sistema de reclutamiento absolutamente arbitrario pudo ir eliminando uno por uno a todos aquellos elementos que hubiesen podido representar un peso muerto o una tendencia pacifista dentro de los cuadros del ejército.

Del servicio militar está prácticamente excluido todo aquel que es sospechoso, no ya de contrarrevolucionario, sino de antimilitarista. Se da el caso de que se acoge con menos reserva en el Ejército Rojo a los oficiales zaristas y a los elementos de los ejércitos blancos que a los bolcheviques de tendencia antimilitarista.

Basta acercarse a un campamento del Ejército Rojo o presenciar el desfile de un regimiento por las calles de una ciudad para advertir netamente la fuerza moral de unas tropas así formadas y reclutadas. Yo recuerdo el desfile de unos batallones por las calles de Vladicaucas como una de las sensaciones bélicas más fuertes que he tenido en mi vida.

Con paso tardo, y abrumados bajo el peso de su equipo de guerra, aquellos mocetones, vestidos con uniformes pardos y viejos, desfilaban haciendo retemblar el suelo bajo sus botas embreadas. Nada de colores brillantes, ni de condecoraciones, ni de galones de oro y plata. Una masa oscura que se arrastraba lentamente.

Nada de cascos de acero, ni de charangas, ni de plumajes vistosos. Todo el aparato vistoso de los ejércitos burgueses estaba suprimido. Sólo las grandes botas, las enormes mochilas, los cascos de cuero y, sobresaliendo, las puntas de las bayonetas y las canciones guerreras de los soldados.

El soldado rojo desfila siempre cantando. Durante la marcha se acompaña él mismo con una melopea triste y amenazadora formada por mil voces desiguales que van repitiendo unas terribles palabras de guerra. Cada pelotón de soldados canta su canción preferida; pero todas ellas tienen el mismo estribillo, una frase que al rato de estarla oyendo mientras los batallones pasan, llega a ser una obsesión:

La guerra, la guerra, la guerra.

ANEXOS[18]

De Smolensk a Moscú

En Smolensk ha subido al avión un nuevo pasajero. Es un oficial del Ejército Rojo que, a pesar del correaje brillante y del uniforme impecable, va denunciando su reciente origen campesino. Se ve en seguida que este hombre ha estado empujando la mancera hasta hace muy poco tiempo, y es graciosa la petulancia de este buen campesino con sus manos bastas y su piel curtida que se esfuerza por adoptar el aire correcto de un militar a la prusiana.

Pero quien sea estrictamente civil, tiene a su lado una sensación nada grata. Incluso irrita un poco su bizarría, su aplomo, ese aire impertinente del que sabe que es el amo. Claro es que, en fin de cuentas, esta impertinencia que en Rusia tiene hoy este buen hombre del pueblo uniformado es la misma que en el resto del mundo tiene cualquier banquero inglés o norteamericano. Con la diferencia a favor suyo de que su derecho a ser impertinente, su inequívoco aire de superioridad se lo ha ganado él mismo, y al otro, al yanqui borracho que venía antes en el avión, por ejemplo, esa superioridad se la están ganando penosamente unos coolíes o unos pobres indios.

El paisaje de Rusia, siempre el mismo ya durante miles de kilómetros, vuelve a pasar monótonamente bajo las alas del avión. Cien kilómetros antes de llegar a Moscú el oficial del Ejército Rojo me llama la atención y me señala lleno de orgullo las altas chimeneas de un centro fabril que, como cosa inusitada, se alza en medio de los campos de trigo y los grupos de isbas miserables. Son las grandes fábricas de tejidos de Jarcevo. Yo, que todavía no comprendo este entusiasmo soviético ante cualquier manifestación industrial, no me maravillo demasiado de que haya allí unas chimeneas humeando y unos talleres mecánicos donde se hacen tejidos. Pero mi compañero de viaje insiste en hacerme ver lo maravilloso que es aquello.

Y es que, viniendo del centro de Europa, no se concibe lo que en Rusia representa cualquier progreso industrial, cómo a los bolcheviques les entusiasma la máquina y cómo la desean; cómo se enorgullecen cuando la tienen y con qué profunda tristeza ven que en muchos años Rusia no podrá equipararse a las naciones industrializadas. El culto a la industria, el fetichismo de la máquina es una de las características del sovietismo.

Saben que el punto flaco del régimen es ése. Ante las necesidades industriales han tenido que ceder en casi todos los puntos fundamentales de la doctrina comunista. El marxismo no podía implantarse más que cuando la industria hubiese llegado a un grado de concentración del que Rusia dista mucho, y ante esta industria rudimentaria, dividida, insignificante, los procedimientos de incautación comunista fracasan fatalmente.

El bolchevique sueña con una industria norteamericanizada de grandes trusts sobre los que pudiera hacer presa fácilmente la garra del marxismo, y se encuentra con una atomización industrial que no hay modo de convertir al régimen comunista.

Por otra parte, sabe que el bienestar del obrero depende del progreso de la industria. A mayor rendimiento, más jornal, mejor vida. Y a mejorar la industria encamina todo su esfuerzo. Hay que conseguir a toda costa, como sea, el perfeccionamiento de las industrias; si hacen falta técnicos extranjeros, se traen y se pagan fabulosamente, prescindiendo de toda teoría comunista. El caso es que la industria rusa pueda pagar el bienestar del trabajador. Hoy, a pesar de la dictadura del proletariado, el obrero de la fábrica vive peor en Moscú que en Berlín, Londres o Nueva York.

---

18 Reproducimos algunos pasajes del libro de 1929 no incluidos en los reportajes del *Heraldo de Madrid* de 1928.

Los enemigos profesionales del comunismo atribuyen esto al régimen imperante hoy en Rusia, y hacen de ello su mejor arma para combatirla. Nada más injusto. El comunista va hoy por todas las repúblicas de la Unión predicando con unción evangélica la necesidad de la industrialización, de la máquina, del perfeccionamiento técnico que traerá, al fin, el bienestar del trabajador.

Por eso este compañero mío de viaje se transfigura al contemplar las chimeneas humeantes de las fábricas de Jarcevo, como si tuviese la visión de una Rusia del porvenir en la que la ilusión comunista se hubiese realizado plenamente.

Hemos llegado a Moscú. Sus trescientas iglesias destacan sobre la masa informe de esta extraña ciudad. En el fondo, el sol que va ocultándose finge una alegoría comunista, una de esas alegorías rojas tan inocentes que tanto entusiasman a los bolcheviques.

Paseos por Moscú

Apenas se pone el pie en Moscú, se tiene súbitamente, de una vez, la sensación de que aquello ha sido arrasado por la revolución. Se ve en seguida que el bolchevismo ha arrancado de cuajo todo lo anterior, no ya las instituciones de gobierno, sino las raíces más hondas de la vida privada rusa, los fundamentos de la familia, los estímulos personales, todo.

El bolchevique ha querido hacer tabla rasa de todo lo anterior. Esto donde se ve bien es en Moscú, donde no lo ha conseguido.

La vieja ciudad de Moscú se ha formado por sedimentación lenta a lo largo de los siglos. Toda ella tiene un sentido tradicional. Cada piedra de Moscú tiene su significación, responde a algo que ha estado arraigado durante siglos en el alma del pueblo. El Kremlin, la Ciudad China, la Ciudad blanca y la Ciudad de la Tierra son círculos concéntricos en los que ha ido sedimentándose el pasado moscovita. La parte más nueva de Moscú, el último de los círculos concéntricos que la forman, es la faja de monasterios, capillas e iglesias construidas en los siglos XVII y XVIII. Después, Moscú queda un poco clausurado, convertido en algo así como una ciudad relicario. Hasta que sobreviene la revolución comunista.

El comunismo, después de su triunfo en Petrogrado, fija su sede en la ciudad que indudablemente le era más hostil. Moscú no podía ser una ciudad comunista, y al advenimiento del régimen bolchevique se entabla una lucha a muerte entre la ciudad tradicional y el sentido revolucionario.

El comunismo era la fuerza revolucionaria más fuerte que registra la Historia, pero Moscú era la concreción más formidable del sentido tradicionalista que había en el mundo, y después de la terrible lucha, el viajero se encuentra con que el viejo mito moscovita subsiste. No tiene nada de extraño que los viajeros que pasan por Moscú y contemplan el panorama de la ciudad simplemente saquen la impresión de que el comunismo es, en la vida de Rusia, una cosa superficial que será barrida por el tiempo fácilmente y, sin embargo, en el espíritu moscovita el comunismo ha hecho tabla rasa.

Después de muchos paseos por toda la ciudad, he hablado de esto con un amigo que a veces me ha acompañado en mis andanzas; es un interesante tipo de intelectual, moscovita de adopción, de origen indio, que lleva muchos años en Rusia trabajando a conciencia en una obra sobre el regionalismo. Este hombre me decía:

—Los comunistas se han equivocado en esto como en muchas otras cosas. Por petulancia, porque estaban convencidos de la fuerza revolucionaria que dentro llevaban, quisieron dar la batalla al sentido tradicional de la existencia en el foco mismo del tradicionalismo. La revolución debió dejar Moscú como clausurado y edificar su ciudad. Cada vez que en la Historia aparece una gran fuerza nueva, edifica su ciudad. Pedro el Grande mismo, hizo la suya. Los comunistas debieron haber edificado su ciudad. Pero quisieron venir a Moscú a dar la batalla, y ya ve usted. Lo han destruido todo. Mire usted a la cara de las gentes; son otras. El comunismo ha trastornado todos los valores humanos, está formando una nueva humanidad y, sin embargo, no ha podido cambiar en lo más mínimo este panorama de Moscú con su sentido feudal, sus viejas murallas, sus iglesias, sus monasterios, sus palacios y sus barrios silenciosos en los que perdura aquel encanto burgués de otro tiempo.

Vamos paseando lentamente por los barrios apartados de Moscú. Las calles son anchas, y entre los guijarros del empedrado crece la hierba; por los portones entreabiertos se ven los enormes patios donde los chiquillos juegan y los gorriones picotean en los montones de basura. En un cuchitril de hojalata mohosa, un viejo sastre de portal inclina la cabeza cargada con el gorro de

astracán sobre su costura y enreda los hilos de plata de su gran barba con el hilo gordo de su aguja. Todo tiene un aire inmóvil, inmutable, eterno.

La revolución ha sacado de sus goznes las hojas de las contraventanas, ha llenado de desconchados las paredes, ha secado los árboles del patio, ha dejado que se desmoronase aquella balaustrada y ha metido tres familias —tres extrañas familias— en lo que antes era cochera de los señores. Pero todo sigue exteriormente igual. Dentro, en las estrechas habitaciones, hay hacinada una humanidad conmovida por la revolución que intenta vanamente acomodarse a las exigencias de los tiempos nuevos. En cada habitación, una familia; en cada familia, una guerra viva. El padre es *nepman*, el hijo comunista; la madre va todos los días a pedir al pope consuelo para sus tristezas.

Todo esto, por dentro. Afuera siguen brillando las cúpulas doradas de las iglesias, suenan armoniosas las campanitas de los monasterios; una buena moza, recostada en el quicio de una puerta, ríe las vayas de un obrerillo, e incluso desde un rincón oculto, como una sordina, parten las notas de un piano desafinado en el que una mano inexperta va ejercitándose en hacer escalas lentamente.

El espíritu de las gentes ha cambiado, pero el espíritu de la vieja ciudad subsiste después de haber sido arrasada. No ha bastado que sobre la fachada del antiguo palacio de la nobleza cuelguen unas largas tiras de percalina roja en las que se dice que aquélla es la casa de los sindicatos.

En Moscú están construyendo ahora una casa. Seguramente se construyen otras, pero esto de levantar un edificio de nueva planta es siempre un acontecimiento en el Moscú soviético. La gente que pasa al pie de los andamiajes se entusiasma y se lo hace notar a uno maravillada.

—Mire: ahí estamos construyendo una casa.

Todas las casas que se construyen en Moscú tienen la misma arquitectura. Es esa arquitectura moderna de hormigón armado con grandes huecos apaisados, sin molduras ni cornisas, con las paredes lisas y las fachadas sin pintar: Le Corbusier. Pero este tipo de arquitectura moderna que en las ciudades modernas es tan decorativo, aquí, en el centro de Moscú, al lado de los viejos caserones moscovitas, junto a las cúpulas doradas de las iglesias y rompiendo los trozos supervivientes de las históricas murallas, es sencillamente horrible.

Los comunistas se han empeñado en cambiar radicalmente en unos años el panorama de la ciudad milenaria. Y no van a conseguirlo.

Ya que se han visto obligados a dar la batalla en Moscú, lo más hábil hubiera sido abandonar el centro de la vieja urbe e irse con sus construcciones tendinosas a las afueras, al ensanche de Moscú. En el cogollo de la ciudad fracasarán como creadores de un nuevo panorama urbano durante muchos años. En arte, lo viejo es más fuerte que lo nuevo.

En el verano, las calles de las barriadas populares de Moscú ofrecen un espectáculo abigarrado, como ya difícilmente se encuentra en ciudades de Centroeuropa. Para imaginar algo semejante hay que pensar en los barrios populares de Lisboa, Sevilla o Nápoles.

Las aceras están tomadas por centenares de vendedores ambulantes, puestecillos de baratijas, quioscos de refrescos, carros cargados con sandías y melones, encaramados en los cuales, los mismos campesinos venden su mercancía; limpiabotas a millares —únicamente en Sevilla hay tantos limpiabotas callejeros como en Moscú— y vagos profesionales recostados en las paredes.

Todo esto sobre un pavimento de guijarros que evoca el aspecto de las ciudades en mil ochocientos ochenta y al lado de unos caserones imponentes con las fachadas cubiertas de cal, en las que hay grandes desconchados que sus actuales moradores no se han cuidado de cubrir. Lo más destacado de Moscú es la falta de policía urbana, de urbanización. Tengo la seguridad de que la impresión desastrosa que muchos viajeros sacan de Rusia se debe principalmente a este defecto de los servicios municipales. Hay muchas gentes para quienes la civilización no es más que eso, y los soviets ganarían muchos adictos si, haciendo un esfuerzo, tuviesen un Cuerpo de guardias municipales uniformados decorosamente, y en vez de barrer las calles unas pobres mujeres

cubiertas de andrajos, utilizaran en la limpieza pública un moderno servicio de relucientes automóviles. En definitiva, un poco de *macadam* y habría muchos más adictos al régimen comunista.

Esta abigarrada muchedumbre que puebla las calles de Moscú ofrece el espectáculo más desconcertante del mundo. En general, es un pueblo mal vestido. Cada cual cubre sus carnes con lo que buenamente puede y se adorna según su libérrimo capricho. La uniformidad del traje que se observa en las grandes ciudades occidentales es desconocida aquí. Hay un uniforme ciudadano —el de los comunistas—, pero sólo una minoría lo ha aceptado. La gente de Moscú, esos tipos desarraigados por la revolución y empujados por la necesidad, esas bandas de chinos miserables, esos grupos de campesinos que vienen a pedir trabajo en las inexistentes fábricas, esa antigua clase media convertida por fuerza en clase proletaria, viste de la manera más sorprendente del mundo. Al lado de las prendas locales más características, las telas de colores vivos del Cáucaso y de Crimea, los viejos trajes ingleses, los hábitos oscuros de los judíos y las camisas norteamericanas.

Hay, además, un fenómeno muy curioso. Durante los primeros años de la revolución, fueron proscriptos inexorablemente todos los atavíos burgueses. Como por ensalmo, desaparecieron los chaqués y los esmoqúines, los vestidos femeninos llenos de encajes y adornos y los sombreros con plumas y abalorios que por entonces se usaban. Todo esto era demasiado peligroso llevarlo en los años del comunismo de la guerra, y quedó cuidadosamente guardado.

Pero ha pasado el tiempo; el bolchevismo, firme ya, puede permitirse alguna tolerancia; hay un indudable renacimiento de los gustos burgueses como consecuencia de las inevitables concesiones a la burguesía, y aquella pobre gente de la clase media, que durante diez años ha tenido que vestirse con la sobriedad comunista, empieza a sacar tímidamente las viejas prendas tan amadas. El espectáculo es sorprendente. Después de diez años, nos encontramos de súbito en Moscú con una mujer vestida irreprochablemente a la moda que se llevaba en Londres o en París al final de la guerra. Estas pobres mujeres de la clase media creen que, después de los once años de régimen comunista, la moda de Occidente sigue siendo la misma y portan bizarramente sus toaletas anticuadas con una inconsciencia que da pena. ¡Pobre gente!

El comunismo, que aspira a ser tanto como un sistema económico, una norma moral, se preocupó desde el primer momento de proporcionar al pueblo, a más de lo indispensable, el modo de satisfacer la humana necesidad de esparcir el ánimo honestamente; la deshonestidad, para los comunistas, está fatalmente en todos los esparcimientos burgueses. Y sirviendo a esta necesidad, se construyeron varios parques de recreo en Moscú.

Uno de ellos, el más importante y el más típicamente comunista, es el titulado «Parque de la Cultura y el Descanso». Está emplazado en la orilla del Moscova y ocupa una vasta superficie en la que se han trazado parterres ingleses y macizos de flores encuadrados por anchas calles cubiertas de albero e iluminadas con potentes focos hasta última hora de la noche.

En este parque se han levantado unos cuantos edificios de audaz arquitectura moderna, decorados con colores radiantes, en los que hay exposiciones permanentes de la industria moscovita, muestras de los productos del campo y demostraciones gráficas por medio de cuadros estadísticos, dibujos comparativos, cifras y fotografías —todo el material de propaganda soviética — de la creciente prosperidad de Rusia bajo el nuevo régimen.

Se ha cuidado amorosamente todos los detalles. El comunismo ha querido poner en este parque todos los elementos de sugestión que puede ofrecer al pueblo: cinematógrafo, bandas de música y orquestas, exhibiciones de artes plásticas, curiosas demostraciones industriales, todos los entretenimientos instructivos; hay, además, en el parque pequeños campos de deporte con anillas, barras, paralelas y trapecios de los que los transeúntes se cuelgan al pasar para hacer unas flexiones automáticamente, con la misma indiferencia litúrgica con que los fieles católicos toman el agua bendita al entrar en las iglesias. El culto al deporte es ya entre los bolcheviques una verdadera

liturgia. Con cualquier pretexto, el joven comunista se aligera de ropa y se pone a hacer gimnasia allí donde le place.

En los primeros años de la revolución, las campañas de propaganda de la higiene y el deporte dieron ocasión a graciosos excesos. Por ejemplo:

A las orillas del Moscova acudía una gran muchedumbre de hombres y mujeres para bañarse. Estos bañistas consideraron que el taparrabos era un prejuicio burgués y lo suprimieron. Desnudos como su madre los pariera entraban en el agua y salían de ella, merodeaban por los jardines y se tumbaban al sol en los muelles. Pero un día pensaron que esto de andar desnudos por las orillas del Moscova y vestidos por el centro de Moscú era también un prejuicio burgués. En el desnudo no hay ninguna deshonestidad, y un buen comunista podía mostrar su desnudez en la Plaza Roja sin que nadie tuviera derecho a escandalizarse. Siguiendo este razonamiento, uno de aquellos bañistas del Moscova subió una mañana al tranvía y se presentó en las calles céntricas con su paradisíaco atavío. Según la propaganda comunista en cuestiones de moral, esto era perfectamente lícito, y tras aquel revolucionario se lanzaron otros muchos. Las calles de Moscú empezaron a verse salpicadas de ciudadanos perfectamente en cueros que subían a las plataformas de los tranvías y entraban en los restaurantes con la misma indiferencia que si portasen el más correcto chaqué.

Para evitar este grotesco espectáculo, las autoridades comunistas, que no podían invocar razones de moral, tuvieron que hacer una enérgica campaña sanitaria y decir a los practicantes del desnudo que su desnudez les exponía al contagio de terribles e innumerables enfermedades de la piel. Había que vestirse para subir a los tranvías e ir al cine, pero no por ningún prejuicio burgués, sino para reservarse de la sarna. Gracias a este arbitrio, Moscú no se convirtió durante el verano en una colonia centroafricana.

En los parques y jardines hay todavía cierta libertad. Esta propensión del ruso a desnudarse es inalienable. Pero, en fin, se contentan con quedarse en camiseta. En camiseta de sport hay mucha gente que hace la vida de sociedad en Moscú.

Pese a todas las atracciones comunistas, el Parque de la Cultura y el Descanso no goza todavía de las preferencias del pueblo de Moscú. Es demasiado extraño y demasiado moderno. Es un parque trazado por jardineros norteamericanos y arquitectos alemanes que no va bien con el tono del espíritu moscovita.

Un poco más allá, siguiendo el curso del Moscova, hay unos viejos jardines de la época zarista en los que milagrosamente se conservan los trianoncillos, las grutas artificiales, los cisnes y las alamedas umbrosas. Es el típico parque burgués, con todo su artificio y su sabor romántico, pero la gente de Moscú, los amantes que quieren preocuparse sólo de su amor, los trabajadores que buscan descansar realmente después de la fatiga, los viejos y los niños prefieren perderse en sus senderillos descuidados a desfilar como en una gran parada comunista por las avenidas llenas de letreros del Parque de la Cultura y el Descanso.

Aparte de que ningún espíritu un poco delicado puede soportar al lado del paisaje clásico de Moscú este panorama detonante de un parque perfectamente extraño y arbitrario, norteamericano o germánico. Es el gran error de los comunistas, que iremos viendo repetido a lo largo de su actuación.

Los niños abandonados

La espantosa mortandad producida en Rusia, primero por la guerra, después por la revolución y finalmente por el hambre de 1921, creó este pavoroso problema de los niños abandonados. El padre había sido asesinado por las balas de los alemanes, de los ejércitos contrarrevolucionarios o de la Checa; la madre había sucumbido de inanición, y por un verdadero prodigio de la naturaleza, el hijo subsistía.

Subsistía en el más completo abandono, viviendo como las alimañas en los campos, como los perros vagabundos en las ciudades medievales y como los pájaros. Millares de chiquillos de ocho, diez o doce años iban a través de Rusia emigrando en bandadas hacia el Sur como las golondrinas cuando se aproximaba el invierno, y retornando en primavera a Moscú y Leningrado. Yo los he visto merodeando por los alrededores de las estaciones camino de Ucrania, del Cáucaso y de Georgia, hacia donde les empujaba el frío en los primeros días de septiembre.

Es maravilloso que hayan podido subsistir. Viéndolos ahora, ya grandullones, curtidos en esta vida heroica que no se diferencia en nada de la vida de las fieras en el desierto, uno se queda sobrecogido de espanto al pensar en los millones de ellos que han debido caer. Porque la vitalidad de los supervivientes es algo milagroso.

Han crecido y se han hecho hombres en el más absoluto abandono, durmiendo en invierno y verano a la intemperie, en los pórticos de las casas, en los tejares, en los cobertizos de las estaciones y en las cuevas de los desmontes, alimentándose exclusivamente del producto de sus rapiñas, pasando hambre, frío y fatigas, sin que jamás se acercase a ellos el hombre como no fuese para perseguirlos y castigarlos. Quisiera saber el concepto que estos muchachos tienen de la humanidad. Debe de ser muy semejante al que tengan los lobos, los zorros o los ciervos.

Pero con ser espantoso el pasado de estos muchachos, su porvenir es mucho más espantoso aún. ¿Qué van a hacer, para qué van a servir en la sociedad humana unos hombres criados como las fieras? Yo confieso que, a despecho de todo sentimiento humanitario, he tenido, siempre que he pasado junto a una de estas bandas de golfillos, una desagradable sensación de miedo y de repugnancia, esa sensación tan clara para los cazadores que hace empuñar mecánicamente la escopeta cuando se advierte la proximidad de una alimaña.

Esta de los muchachos abandonados es la gran vergüenza del régimen soviético. Yo no cometo la injusticia de culpar de ella a los bolcheviques. Ellos han hecho todo lo que podían para evitarla. ¡Pero podían tan poco!

Eran muchos miles los niños que se habían quedado sin hogar a consecuencia de la guerra, de la revolución y del hambre. Ha sido preciso esperar a que se fueran muriendo de hambre, de frío y de abandono.

Afortunadamente, ya quedan pocos; pero el problema que plantea la existencia de esos pocos supervivientes de la mayor iniquidad que han visto las edades es todavía pavoroso. ¿Qué se va a hacer con esos hombres criados como fieras?

Incorporarlos ahora a la vida social es punto menos que imposible. Los soviets han creado escuelas, reformatorios, campos de concentración e institutos para recogerlos y educarlos, pero es inútil. La prueba a que se les ha sometido ha sido demasiado fuerte. El muchacho de quince años que se siente vivo aún gracias únicamente a su fiereza, a su rapacidad, no fía ya más que en su vitalidad y en su instinto; es imposible reducirle a una disciplina social. Sabe que el hombre es el enemigo del hombre, y que sólo la astucia, la agilidad y la resistencia física garantizan el derecho a vivir.

Para volverlos a la civilización, hay que cazarlos como a verdaderas alimañas. Pero a pesar de todos los esfuerzos, aunque se les instale en centros de educación tan perfectos como el que ha creado la G. P. U. en Moscú, fatalmente se escapan y vuelven a su vida salvaje de merodeadores, porque ya se ha creado en ellos una segunda naturaleza selvática que no consiente el contacto con la sociedad.

El peligro que unos hombres así formados representa para un país es imponderable. Afortunadamente, quedan pocos. La muerte, cebándose en ellos, ha desempeñado una misión civilizadora. De subsistir, esta generación de fieras hubiese sido la generación del Apocalipsis.

*

Como en San Marcos de Venecia, las palomas bajan en la Plaza Roja de Moscú a comer en la mano de los paseantes. Las autoridades soviéticas fomentan este amor al animal y a la planta por medio de una intensa propaganda, y las palomas se han hecho buenas amigas de los bolcheviques.

Esta mañana he visto en la Plaza Roja la siguiente escena:

Bajaban las palomas en bandadas a buscar el sustento que la buena gente les ofrece. Agazapado detrás de una farola, un golfillo de diez o doce años a lo sumo acechaba. Súbitamente, como un gavilán, el golfillo ha saltado de su escondite, ha prendido en la garra una paloma y ha emprendido una carrera desesperada con su presa escondida en el pecho. La buena gente comunista que ha presenciado la escena se ha lanzado en persecución del golfillo. Un guardia rojo le ha intimado a que se detuviera inútilmente. Si le coge, el castigo hubiera sido ejemplar.

Los sanatorios del Estado en el Cáucaso

He pasado varios días recorriendo la zona de sanatorios del Estado en el Cáucaso. Hay, sobre todo, un grupo de estaciones termales consagradas exclusivamente al descanso y curación de los trabajadores que revela un aspecto interesantísimo de la vida actual en Rusia.

Las principales estaciones sanitarias de esta zona son Zheleznovodsk, Piatigorsk, Beshtau, Kislovodsk y Mineralovodsk, pueblos dotados de famosos manantiales de aguas minerales con virtudes curativas para muy diversas enfermedades. Esta zona era una de las preferidas por la burguesía y la aristocracia, y en ella se han levantado magníficas quintas de recreo, hoteles y balnearios. Era éste el lugar donde las gentes acomodadas de Moscú y San Petersburgo venían a descansar y a reponer su salud.

El Gobierno soviético, apenas terminada la guerra civil, se incautó de todas esas posesiones particulares y las transformó en sanatorios para la clase trabajadora. Aparte los grandes establecimientos termales, que no han hecho más que cambiar de huéspedes, hay muchos centenares de fincas particulares que han sido transformadas en casa de reposo para los obreros. En ellas siguen incluso los mismos criados del antiguo *barine* que hoy prestan sus servicios al *tobarich* carpintero, minero o albañil que el Gobierno de Moscú les manda. Como había millares de estas fincas, y donde antes vivía un solo señor hoy se acomodan holgadamente veinte o treinta trabajadores, que cada dos o tres meses se renuevan, la cifra de obreros que gozan de esta asistencia social es realmente considerable.

El régimen que se sigue para la concesión de plazas en los sanatorios del Estado es simplicísimo. Basta acreditar que se pertenece a la clase trabajadora y poseer un certificado médico afirmando que se está necesitado del régimen de reposo en un sanatorio. Los comunistas tienen un concepto más humano que el nuestro sobre la salud de los trabajadores. Todo hombre que trabaja está en un estado patológico, padece por lo menos la intoxicación por la fatiga del esfuerzo que realiza y tiene derecho cada año a una temporada de quietud y restauración fisiológica. Así, pues, la concesión de plazas en los sanatorios no está limitada más que por la capacidad de éstos, que, como ya decimos, es considerable.

Desde el momento en que el hombre ha obtenido plaza como enfermo, el Gobierno se incauta de él y le procura todo lo necesario. Desde el viaje hasta la alimentación, la asistencia facultativa e incluso el vestido. Durante esos meses que el obrero pasa en el sanatorio no ha de tener preocupaciones de ninguna clase.

El espectáculo que ofrecen estas estaciones termales tomadas por la clase trabajadora es curiosísimo. Los agüistas se entregan a las curas impuestas por prescripción facultativa con el mismo fervor y la misma liturgia que los burgueses de Vichy, Mondariz o La Toja. Tienen, además, para alegrar el tedio de la vida balnearia, los antiguos *kursales*, convertidos hoy en salas de conciertos sinfónicos, porque una de las cosas más características del comunismo puro —es decir, del comunismo de provincias, no el de Moscú— es la implacable supresión de toda frivolidad. Nada de bailarinas, ni de cupletistas, ni de prestidigitadores, ni de números cómicos. Música sinfónica a todo pasto y agua mineral.

Los efectos del régimen de reposo en esta pobre gente que ha estado trabajando toda su vida en el pozo de una mina o en la sordidez de un taller sin aire y sin luz son emocionantes. Los domingos se les ve salir de excursión por los pintorescos alrededores de los sanatorios, llenos de júbilo y orgullo, con una graciosa petulancia de burgueses, de nuevos ricos. Sobre todo, el atavío de estas pobres mujeres, que tanto han sufrido con la revolución, es, en los días de fiesta, conmovedor. Quieren ser graciosas y gentiles y se prenden ingenuamente unos chales de colores y unas pamelas

con flores contrahechas que son un prodigio de mal gusto e insensatez. Pero, en fin, ellas estaban viviendo una vida triste en el fondo de las fábricas y los hogares y ahora se sienten felices triscando libremente por los campos.

Esto de la coquetería femenina es, sin embargo, una supervivencia burguesa. La comunista auténtica no se atavía más que con su propia belleza. La moral comunista —que para los burgueses no es más que una deliciosa o terrible inmoralidad— les permite exhibirse con la falda por el muslo, el pecho, la espalda y los brazos absolutamente desnudos. En cuestión de moralidad, el comunismo no prescribe más que lo que cuesta dinero.

Lo curioso es que las jóvenes que no han sido mujeres más que dentro del régimen comunista no sienten la necesidad del atavío ni tienen más coquetería que la de su desnudez. En cambio, las mujeres de treinta a cuarenta años, las que han conocido la feminidad en el viejo régimen, por muy comunistas que sean, no desechan del todo las viejas galas burguesas y se sienten felices luciendo sus cintas de seda, sus pañuelos bordados y sus flores de trapo.

Por entre esa gran masa trabajadora que llena los sanatorios del Estado, se deslizan desde hace dos o tres años algunos tipos de burgueses que tímidamente vuelven a los viejos lugares de placer y sosiego creados y sostenidos otro tiempo por ellos. Esta pobre gente burguesa que viene a las estaciones termales con sus propios recursos económicos padece aquí, como en toda Rusia, las consecuencias de un régimen fraguado precisamente en su contra. Todo lo que el trabajador tiene absolutamente gratis, no lo consigue el *nepman* o el *kulak* más que a precios exorbitantes y a costa de enormes dificultades. El alojamiento, la manutención, el transporte, la asistencia facultativa, el agua medicinal, las diversiones, todo es objeto de una explotación fabulosa para el que no pertenece a la clase trabajadora. No se concibe cómo en este régimen de implacable desigualdad hay gente todavía aferrada a sus aspiraciones burguesas.

La posición del comunista ante el burgués es indeclinable. Que pague, que sufra, que reviente. Podrán los comunistas, si los necesitan, pactar con los burgueses, aprovecharse de sus virtudes, utilizarlos para el desempeño de esas funciones en las que estaba educada la burguesía capitalista, pero siempre, en todo momento, la vida de Rusia, tal como está organizada por los bolcheviques, se encamina a la extirpación del burgués.

Cuando no se conoce la vida de Rusia ni se ha visto de cerca la acción personal de los hombres que mantiene el régimen comunista, extraña un poco la frecuencia con que estos hombres, «los trabajadores responsables», como aquí se llama a los que nosotros llamamos políticos, se inutilizan, fracasan físicamente, se rompen. El caso de Trotski, el de Yeryinsky y los de tantos otros que súbitamente desaparecen de la primera fila del Gobierno soviético y caen por el escotillón de los sanatorios del Cáucaso o los Urales autorizan a pensar que son tipos inferiores al tipo medio del gobernante de Occidente, capaz de mantener durante toda su vida una acción persistente e igual encaminada a la perduración de sus ideales.

Esta fragilidad de los directores del comunismo les hace aparecer como gente sin consistencia, tipos de neurasténicos, delirantes que en un momento dado se imponen por una especie de sugestión mesiánica que ejercen sobre las masas y otras veces se imponen por el terror, pero a fin de cuentas caen deshechos, arrollados por la corriente de la vida más fuerte que sus utopías.

En los días que he estado recorriendo los sanatorios del Cáucaso he visto la ruina fisiológica que son muchos de los edificadores del socialismo. Efectivamente, pocos son los trabajadores responsables que no tienen que venir a estos sanatorios durante alguna temporada para reparar sus fuerzas. El desgaste que la labor gubernamental produce hoy en Rusia, no hay fortaleza humana capaz de resistirlo.

Yo he visto en esos sanatorios a muchos directores del comunismo, jefes del Ejército Rojo, presidentes de soviets, directores de sindicatos, burócratas de los comisariados, gente de todos los

sectores gubernamentales que llegaban aquí extenuados, hechos polvo por el trabajo sobrehumano que en sus puestos se ven obligados a realizar. No hay idea en España de cómo trabaja esta gente.

Téngase en cuenta que el comunista militante no desempeña la función que le esté encomendada de una manera normal y con el esfuerzo ordinario que todo trabajo exige, sino en un estado de sobreexcitación impuesto por las dificultades con que en cada momento ha de tropezar, y que tiene que vencer poniendo en juego toda su resistencia física y todas las potencias de su alma. En Rusia, la corriente de la vida, del curso de los hechos, no es comunista. El comunismo es absolutamente extraño a la manera de ser del pueblo ruso, y para imponerlo, para dar a toda la vida rusa un ritmo nuevo y un tono distinto, estos hombres que se han apoderado del país llevan ya once años haciendo el esfuerzo más formidable que se conoce.

En la Rusia zarista, como en la de ahora y la de siempre, los acontecimientos no tienen ese desenvolvimiento normal que hay en Occidente. Hay en Rusia un arrastre de razas distintas de la nuestra que da a la vida un sentido incomprensible para nosotros. El comunismo, que es una creación occidental, se encuentra con esa barrera infranqueable, y los hombres que luchan por introducirlo tienen que hacer cada día, cada hora, un esfuerzo que está por encima de las posibilidades humanas.

Piénsese en lo insignificante que es la minoría comunista en cuanto a número y parecerá maravilloso que haya sido capaz de provocar y mantener, no ya la revolución social, sino la revolución moral que ha llevado al fondo del alma rusa.

Por eso, estos hombres, que durante un periodo de tiempo se entregan furiosamente al trabajo revolucionario, caen un día extenuados, como muñecos a los que se les ha acabado la cuerda.

Hago estas consideraciones en la terraza de un hotelito de los pintorescos alrededores de Kislavodks, que debió de ser la finca de recreo de algún aristócrata zarista y hoy ha sido convertido en sanatorio para trabajadores responsables, ante una cama de campaña en la que yace insensible a todo cuanto le rodea una mujer, de unos cuarenta años, el rostro trabajado por innumerables arrugas, los párpados caídos sobre el globo del ojo, muy destacado en la cuenca profunda, de color violeta, los brazos, delgados y negros, extendidos a lo largo del cuerpo.

—Esta mujer —me dicen— es una de las figuras más representativas del partido; es de esa gente de segunda fila, cuyos nombres no llegan al extranjero, que en realidad ha sido la que ha hecho la revolución. Esta mujer fue de las que tuvieron el famoso carné amarillo de prostituta en la época zarista para poder cursar libremente sus estudios y entregarse a la acción revolucionaria, estuvo después en la emigración, volvió a Rusia el diecisiete y tomó parte en la guerra civil, pero no desempeñando cargos burocráticos a retaguardia, sino echándose al campo como guerrillera al frente de una partida de campesinos adictos al comunismo, más por instinto de conservación, frente a las bandas feroces de Wrangel, Denikin y Kolchak, que por simpatía ideológica con los comunistas. Fueron estas gentes las que en realidad consolidaron el régimen soviético. Cuando éste se impuso, esta mujer no dio por terminada su tarea; fue entonces cuando comenzó la parte más dura, la edificación del comunismo, la reconstrucción económica, ese agotador trabajo cotidiano que se realiza en el seno de las cédulas, los soviets y los sindicatos. Este renacimiento de Rusia ha exigido un esfuerzo tan sobrehumano, tan heroico, que en él ha caído doblada sobre los pupitres tanta gente como en la guerra civil.

Esta mujer tiene, en efecto, el aspecto de un ser absolutamente terminado, extinto. Se ha dado por completo a la obra revolucionaria y sus pobres huesos se niegan ya a sostenerla.

Yo, que no soy comunista, quisiera saber qué fuerza ideológica hay actualmente en el mundo capaz de provocar un heroísmo semejante.

Los campos petrolíferos

—Esto que estamos pisando —me dicen— era en 1914 el mar. En 1918 aún no estaba completamente desecado. Poco después se alza la torre del primer pozo de petróleo. En 1923 se obtienen ya diez toneladas de nafta cada día. Hoy se han levantado trescientas torres, y la producción es de dos mil quinientas toneladas diarias. Una torre costaba antes doscientos cincuenta mil rublos; hoy sólo ochenta mil. Antes se necesitaban dos hombres en cada pozo; hoy un solo hombre cuida de diez pozos.

Recojo estas cifras y estas fechas porque revelan mejor que nada el esfuerzo dramático que se ha realizado a pesar de todas las dificultades inherentes a la revolución y al régimen en esta explotación petrolífera situada al Este de Bakú, que por ser una obra casi exclusivamente soviética era la que más me interesaba visitar.

A la entrada de la explotación hay una imagen de Lenín pintada y recortada en madera. Esta silueta y la bandera roja ondeando sobre el pabellón de las oficinas son las únicas señales de que allí no impera el régimen capitalista. Dentro, las condiciones de trabajo son las mismas que en cualquier explotación capitalista, el aspecto de los obreros idéntico, la disciplina igual, más dura aún, si cabe.

En los diez años que han transcurrido después de la revolución, no se ha pensado en el mejoramiento del obrero, sino en el mejoramiento de la producción. Producir más, mejor y más barato ha sido el lema de los directores soviéticos. Ya vendrá después el mejoramiento del obrero.

Es más; mientras se mantienen unos jornales insuficientes para proporcionar una vida siquiera tolerable al trabajador, se pagan sueldos enormes a los directores técnicos de las explotaciones. En esto, Lenín dio la norma sin ninguna vacilación: hay que proporcionarse a toda costa el personal técnico capacitado para dirigir las explotaciones industriales; pagando lo que sea, consintiendo las desigualdades más irritantes, de cualquier modo. Siguiendo esta consigna, los soviets han procurado atraer a ingenieros alemanes y norteamericanos, a los que pagan espléndidamente. Estos técnicos gozan en el régimen comunista de todos los privilegios y exenciones. Prescindiendo de todo doctrinarismo, hay que tenerlos contentos porque son indispensables; lo primero es el perfeccionamiento industrial; después vendrá el mejoramiento de la clase trabajadora.

Esta desigualdad de trato va creando en Rusia una nueva burguesía: la de los técnicos, los hombres que saben que sus conocimientos son indispensables para el desenvolvimiento del régimen, esta nueva burguesía, fomentada y mimada por el Gobierno soviético, es peor aún que la anterior. Es el elemento corruptor más grande que hay dentro del régimen comunista. Gente sin ninguna solidaridad con la obra revolucionaria, que aspira únicamente a enriquecerse aprovechándose de las necesidades de la dictadura del proletariado y que está siempre dispuesta a mezclarse en los manejos del capitalismo.

El poder disolvente que una clase social así reclutada tiene en un país como Rusia es enorme. Llega a pensarse que esta gente, actuando corrosivamente sobre la burocracia sovietista, tan maleable como todas las burocracias, acabará por destruir la obra revolucionaria.

Pero, a pesar de todo, lo importante es que las industrias sigan prosperando, que se aumente la producción y se aminore el coste. Y esto, aunque penosamente, van consiguiéndolo poco a poco los soviets.

Mientras los pozos de petróleo de Bakú rindan las toneladas necesarias para el abastecimiento del mercado, el régimen comunista está asegurado. A los soviets no les importa estar en franca guerra con el mundo capitalista mientras tengan en sus manos la mayor parte del petróleo que se consume.

—Hay muchos estados capitalistas —me dicen— cuyos Gobiernos se han negado al reconocimiento de la República de los soviets. Esto a nosotros nos trae completamente sin cuidado. Desde el momento en que necesitan nuestro petróleo, de hecho, nos otorgan su reconocimiento. Quiere decirse que en vez de entendernos directamente con esos estados, nos entendemos por medio de la Standard Oil, el gran agente diplomático de los soviets en el mundo capitalista.

Ahora bien: todo se acabaría súbitamente si Rusia descuidase su producción petrolera o la pusiese en manos extranjeras. Por eso, lo importante es mantener y aumentar las explotaciones. Aunque haya que tolerar una clase social enemiga del comunismo, como es la de los técnicos, y aunque el trabajador tenga que soportar unos años más el régimen de explotación capitalista.

Anochece mientras nos alejamos a golpe de remo del muelle de Bakú. Como grandes masas negras recortadas en la claridad del cielo, pasan al costado de nuestra barca los veleros rusos, turcos y persas que hacen la travesía del mar Caspio. A esta hora —¡maravillosa identidad del espíritu humano en todas las razas y todas las latitudes!—, en el castillo de popa de cada una de estas embarcaciones, hay un marinero, quién sabe de qué raza, que toca el acordeón. Y lo mismo en el puerto de Marsella que en el de Hamburgo o el de Bakú, esta música del acordeón de los marineros tiene un tono patético que expresa exactamente un estado de ánimo por el que se hermanan espiritualmente estos seres tan extraños entre sí que surcan las aguas del mar del Norte, del Caspio o del Mediterráneo.

Musulmanes y comunistas

Noche cerrada ya; refulgente, Bakú a lo lejos —una diadema oriental—, ha surgido de lo negro del mar un gran lamento, hondo, largo, con tal acento humano, que da miedo. Es una gran voz que echa a rodar su queja por la amplitud del mar. De súbito, la voz se quiebra en la garganta del cantante y estalla una algarabía de guzla, tamboril y panderos, de la que vuelve a surgir poco a poco, con más brío, el lamento viril, hondo, grave, cadencioso del que canta.

—Son los turcos —me dicen—; conservan ese cante hondo y triste que evoca el dolor de los galeotes amarrados al remo, la tristeza de un pueblo bárbaro, aherrojado por su propia barbarie. Nosotros, los rusos, no comprendemos cómo se puede cantar así.

—Nosotros, sí —le digo—. Si hay en el mundo algo que se parezca a nuestro cante *jondo* es esto.

El falucho turco pasa a nuestro lado como una sombra. En la popa se recortan las siluetas de unos cuantos hombres en cuclillas que tañen aprisa sus rudimentarios instrumentos formando corro alrededor del que canta. Un farolillo veneciano colgado de una jarcia echa una luz roja sobre el pintoresco grupo, que se entrega al cante con esa litúrgica solemnidad que yo creía exclusiva de los *cantaores* de flamenco.

A medida que nos alejamos del muelle, se hace más exacta la ilusión de que estamos, más que en el puerto de Bakú, en el de Nápoles. Allá, a la izquierda, donde debía estar el Vesubio, se alzan unas montañas que mis acompañantes me señalan como el refugio inexpugnable de la barbarie musulmana.

Tatiana Alejandróvna deja un momento los remos para hablarme de la acción de los comunistas entre los musulmanes.

—Hemos hecho —me dice— una campaña formidable. No sabe nadie lo que era la vida en las aldeas musulmanas. En Occidente se tiene la idea de que el harén es un lugar de placer fastuosamente decorado, en el que llevan una vida regalada y triste unas bellas mujeres. Es una visión literaria, de opereta. Ustedes no pueden imaginarse lo que era un harén, la cueva inmunda, la pocilga donde vivían hacinadas esas pobres mujeres mahometanas, llenas de miseria, hambrientas, convertidas en arpías.

»Nosotras las comunistas —agrega Tatiana Alejandrovna muy orgullosa— hemos acabado con eso. El harén está prohibido por el Gobierno soviético, y nosotras mismas hemos ido a sacar de él a esas pobres mujeres y a enseñarles que hay una vida mejor, más clara, más alegre. Ha sido preciso que anduviésemos con un gran tacto, porque no se pueden atacar directamente los prejuicios religiosos de esa gente. Hay que ir dando la vuelta. Por ejemplo: los soviets no se han atrevido a prohibir los velos. Las musulmanas pueden seguir tapándose la cara, según los mandatos de su religión. Pero como se las llevan a trabajar a la calle, a las fábricas y a las tiendas, los velos van cayendo poco a poco. Cuesta trabajo, sin embargo, arrancar estas viejas preocupaciones. Se da el caso pintoresco de que por las calles de Bakú circulan muchas jovencitas musulmanas con zapatos de tacón alto, medias de seda y falda por encima de la rodilla, pero con la cara muy tapada, eso sí.

»Es nuestra táctica ante las preocupaciones religiosas —me dice Tatiana Alejandróvna sonriendo—; las religiones eran muy fuertes en Rusia. Si los comunistas las hubiésemos atacado de frente, no habríamos conseguido más que provocar un levantamiento general del espíritu religioso en contra nuestra, que seguramente nos hubiera sido fatal. Ha sido más eficaz irles minando el terreno arteramente.

En efecto; yo he visto en un poblado turco próximo a las explotaciones de nafta de Bakú, donde se conserva el espíritu musulmán puro, mantenido por ser aquel el santuario de las reliquias de Bibi-Eibat, la hermana de Mahoma, cómo las mujeres sublevadas contra la tiranía del varón formaban sus sindicatos bajo la inspiración de estas muchachas comunistas que, como Tatiana Alejandrovna, les hablan siempre de una vida mejor, más libre, más digna.

La vida en Tiflis

La vida de Tiflis es menos dura, menos comunista que en la generalidad de las ciudades de la Unión. No sé a ciencia cierta por qué.

A despecho de revoluciones e invasiones, las ciudades tienen su fisonomía inalterable, y esta cara amable y sonriente de Tiflis no ha podido ser deformada por la gran mutación soviética. Escondida en el fondo de las montañas, detrás de la gran barrera del Cáucaso, la ciudad de Tiflis permanece un poco ajena al dramático esfuerzo de Rusia por asimilar el comunismo.

Por su alejamiento, el régimen de autonomía concedido a todas las repúblicas soviéticas le ha favorecido quizá más que a otras comarcas. El suelo es rico, los naturales se sienten con más libertad que antes, hablan su lengua nativa —turca, armenia o caucásica— y la lucha política no existe. El aspecto de la ciudad es bastante grato. La gente viste mejor —sospecho que por el comercio exterior, que seguramente se hace de contrabando por la frontera de Armenia— y las casas están mejor conservadas, más cuidadosamente enlucidas de lo que suelen estar en la Rusia comunista. Estas casas de Tiflis tienen casi todas grandes galerías acristaladas que recuerdan el panorama de Vitoria.

Para subir a la montaña de Gandeguili, desde donde se divisa uno de los panoramas más hermosos del Sur de Rusia, los comunistas han construido un magnífico funicular eléctrico. Durante la noche, millares de personas suben a la montaña y se desparraman por los restaurantes populares allí instalados para comer, beber y divertirse honestamente. Honestamente, porque los soviets no consienten ningún esparcimiento deshonesto, aunque su deshonestidad es distinta de la de los burgueses. Por ejemplo: de estos cabarets está absolutamente desterrado el baile; hay muchos comunistas que consideran los bailes modernos como de una gran deshonestidad:

—El charlestón —me dice mi simpática camarada— es la reproducción de la cópula en posición vertical; nada de placeres burgueses.

En sustitución del *jazz-band*, estos restaurantes del sur de Rusia tienen unas orquestillas turcas que producen una algarabía muy semejante a la música de los negros que triunfan en Occidente. Pero nada de baile. Las parejas de jóvenes comunistas se mantienen en público a respetuosa distancia. Ahora bien; con una gran naturalidad salen del restaurante y van a pasearse por la montaña a la luz de la luna. Y estos paseos a la luz de la luna de los jóvenes rusos no tienen nada de románticos, porque el romanticismo es, para el comunista, un estado espiritual perfectamente burgués.

La vida de Tiflis se desliza así agradablemente. Se está bastante lejos de la obsesión que produce Moscú, por ejemplo, con su terrible lucha política.

El ambiente es más grato. Las calles tienen el encanto inefable de las calles silenciosas de Andalucía. Por los portones entreabiertos se adivinan los patios penumbrosos donde la gente hace una vida familiar, amable e indolente. Aprovechándome de la noche, me he metido en uno de estos patios perfumados por el aroma de los árboles frutales y he estado espiando el interior de una de estas casas a través de las celosías de una ventana. Es la casa de un musulmán acomodado. Con las piernas cruzadas sobre los cojines de una cama turca, el dueño de la casa fuma lentamente su pipa con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. En el otro ángulo de una habitación, una mujer joven, bella y pomposamente acicalada con ricas telas y pesados collares, está delante de un espejito que tiene puesto encima de una mesa desbaratando poco a poco su tocado. Es una estampa clásica.

Cuando salgo del patio y voy paseando de nuevo por las calles de Tiflis, tan calladas, tan serenas, pienso que la revolución comunista, los diez años de régimen soviético, no son más que

una alucinación, un rapto de locura, de unos cuantos delirantes. La vida sigue su curso inalterable a despecho del dramático esfuerzo de un puñado de idealistas.

Pero al desembocar en la plaza principal de la ciudad, desde lo alto de una farola cae incansable el sonido bronco de un altavoz que repite por milésima vez el discurso de uno de los *leaders* del partido. Son las doce de la noche. En la gran plaza hay apenas dos docenas de personas que pasan indiferentes, pero el aparato de radiotelefonía sigue diciendo incansable las ventajas del sentido comunista de la existencia. Es la gota de agua.

Estos delirantes habrán cambiado un día hasta la entraña de la vida rusa.

Los *pionniers* del Konsomol

A pesar de todas las dificultades, los comunistas van llegando con su propaganda hasta los rincones más apartados de Rusia, esas zonas vírgenes de toda civilización que el zarismo no supo sacar de la barbarie. El montañés, que ha resistido hasta ahora fieramente todo contacto con la civilización, ve que, poco a poco, se le van poblando los caminos de las montañas con estas bandas de comunistas que recorren el país hablando de una vida mejor. Y acabará por dejarse arrastrar.

Ahora mismo, en dirección contraria a la que nosotros llevamos, aparece una larga fila de carros escoltados por unos centenares de muchachos con banderas rojas y pañuelos rojos al cuello. Son los *pionniers* del Konsomol.

El Konsomol —la juventud comunista— tiene un cuerpo de *pionniers* organizado como los *chicos escuchas* de Inglaterra o los *exploradores* de España. Estos *pionniers*, a los que se da una educación estrictamente comunista, organizan excursiones por toda Rusia, excursiones que son regidas por ellos mismos. El grupo de *pionniers* de doce a quince años, que constituye el soviet de la expedición, delibera y resuelve libremente adonde se debe ir y qué se debe hacer en cada caso.

Con absoluta libertad van juntos por los caminos de la inmensa Rusia, durante días y días, chicos y chicas de diez a quince años. No hay ni la sombra de una autoridad sobre ellos. Pueden hacer cuanto les venga en gana.

Este sistema educativo tiene, como es natural, sus inconvenientes; sobre todo en el aspecto sexual, las consecuencias de la educación comunista espantan a todo aquel que tenga un resto siquiera de moral burguesa.

Pero así y todo, aun rechazando esa promiscuidad sexual infantil, que a título de ninguna moral, por amplia que sea, puede admitirse, es preferible cien veces esto a lo otro.

Los excesos del comunismo, por muy terribles que a la gente burguesa les parezcan, tendrán siempre un fondo civilizador, una estimación de la humanidad que los hacen deseables cuando se ve de cerca la vida bestial de estos montañeses rusos. Aunque no se considere que el comunismo representa un tipo superior de civilización; aunque el ciudadano de Londres, París o Berlín tenga derecho a estimarlo como una regresión, como un salto atrás en el progreso, siempre habrá que agradecerle por lo menos la misión civilizadora que heroicamente está ejerciendo en contra de la barbarie campesina en Rusia. Esto nunca lo había intentado el zar.

Un español en Rusia: Ramón Casanellas

En el zaguán del pensionado de la Universidad Obrera de Sverdloff, oscuro y lleno de humo de tabaco, hay un grupo de mocetones con unánime tipo de chófer y unas muchachas guapas y mal vestidas —chaquetones remendados, los calcetines caídos sobre los zapatos viejos de tacón bajo y la cabeza liada en un pañuelo rojo anudado a la nuca— que bromean sin gana, recostados en las paredes o derribados en unos mugrientos bancos de madera. Un estudiantón de reciente origen aldeano, más diligente que los otros, se ha incorporado y me ha dicho mientras se rascaba la revuelta pelambrera metiéndose los dedos por debajo de la gorra:

—Cualquiera sabe por dónde anda ése; por ahí… Su compañera, que está algo enferma, se ha marchado al Cáucaso, y él anda suelto… Creo que duerme en una casa de por aquí cerca. Un gran tipo; mucho temperamento. ¿Usted no le conoce personalmente? Magnífico sujeto ese gorgojillo español. Es como un garbanzo, pero tiene fibra. Buen militante. Grandes tipos los españoles…

Una muchachita encinta, bizarramente encinta, se nos acerca con esa afabilidad característica del pueblo ruso para con el extranjero, y dice algo que el estudiantón me traduce:

—Esta compañera dice que conoce la casa donde él ha ido a dormir anoche; no sabe si irá también esta noche, pero se brinda a acompañarte hasta allí, camarada.

Al lado de esta muchachita, que bambolea su enorme panza montada sobre unas piernecillas finas de adolescente, echo a andar por este inclemente empedrado de las calles de Moscú. He tenido compasión de los pies de esta muchachita que tropiezan con las puntas de los guijarros a través de las suelas destrozadas, y suavemente la he llevado hacia la acera y se la he cedido. Cuando ella ha advertido esta galantería occidental, se ha revuelto ásperamente y me ha dicho algo que, conociendo ya el modo de ser de los comunistas, he comprendido fácilmente. Le ofende la cortesía. Bueno.

Cruzamos dos o tres calles de esta barriada popular, que es exactamente como las barriadas populares de las ciudades españolas: la calle de Atocha en Madrid hace treinta años; la calle de la Feria en Sevilla. Chicos que juegan tumbados en las aceras, mujeres arrebujadas en mantones, mendigos, vendedores ambulantes de baratijas, puestecillos de fruta en el borde de las aceras…

Mi compañera se detiene, me señala un gran portalón, da media vuelta y se marcha sin aceptar siquiera el ceremonioso *spasiva tovarich* (gracias, camarada) con que quiero corresponder al favor que acaba de hacerme. El comunista no considera nada como un favor que deba ser agradecido ni pagado; los servicios que presta son deberes de asistencia social.

Atravieso el portalón y me encuentro en uno de esos grandes patios característicos de Moscú, que son como las plazuelas desiertas con losas cubiertas de verdín en que desembocan los callejones sin salida de las ciudades andaluzas. En el centro del patio, un par de árboles tristes; en un rincón, unos haces de leña; en otro, un montón de chatarra. Un gran silencio, y escalonadas en las paredes, las pupilas de cien ventanas que atisban impertinentes al que ha entrado en el patio y se queda un momento perplejo sin saber adonde dirigirse. Bajo el hueco de una escalera, un zaquizamí, en el que un viejo de clásica estampa moscovita hace hervir el samovar y después se sienta en el borde de su camastro con el vaso humeante entre las manos y se queda mirando, sin ver, hacia la lejanía.

Cruje bajo mis pies la vieja escalera de tablas apolilladas, avanzo a tientas por un pasadizo saturado de un olor agrio a coles cocidas y llego, tanteando los enormes muros, hasta una especie de rellano donde arde una lámpara de petróleo. Por una puertecilla entreabierta se ve a una mujer como de treinta años que está con los hombros desnudos peinando lentamente su gran mata de pelo negro delante de una esquirla de espejo.

Toda esta gente, tan metida en sí que ni siquiera advierte mi presencia, que me mira sin ver y me deja ir de acá para allá desorientado, sin salir de su ensimismamiento, me da la impresión de que estoy moviéndome entre figuras de cera.

Llego al azar hasta una puertecilla que parece cerrada por dentro y toco en ella con los nudillos. Nadie. Insisto una vez y otra. Nadie. Voy a marcharme desesperado cuando del fondo de la habitación sale una voz torpe que lanza unos sonidos incomprensibles.

—¿*Tovarich* Casanellas? —grito a través de la puerta. Desde dentro me contestan con unos gruñidos que bien pueden ser ruso, y a poco se abre la puerta y aparece en la penumbra un hombre perfectamente dormido que me mira sin despertarse todavía.

—¿*Tovarich* Casanellas? —repito.

—Yo soy Casanellas. Dígame, no más, qué se le ofrece.

Un poco desorientado por aquel acento americano que no me esperaba, insisto, creyendo haberme equivocado:

—¿Ramón Casanellas?

—Yo mismito soy, *caracho*. Dígame, *amigaso*, qué es, qué me quiere.

Ramón Casanellas habla con acento americano y no ha estado nunca en América. La explicación es curiosa. Cuando en unión de Matheu y Nicolau cometió el atentado contra don Eduardo Dato, Ramón Casanellas era un muchachito catalán analfabeto que apenas conocía el castellano. Expresaba sus rudimentarias necesidades en un argot barcelonés esmaltado de galicismos adquiridos en sus correrías por Francia, en el que seguramente no entraba más de un centenar de palabras castellanas. Ha sido en Rusia, ante la necesidad de manejar un instrumento más apto para la cultura que su catalán —que no es precisamente el de la Fundación Bernat Metge —, donde Ramón Casanellas ha aprendido el castellano, y, claro, lo ha aprendido oyéndolo hablar a los delegados comunistas de las repúblicas sudamericanas que van a Moscú. Para Casanellas el castellano culto, la lengua en que se puede hablar seriamente y a fondo de las doctrinas marxistas y de la dictadura del proletariado, es sólo ese habla cadenciosa esmaltada de «no más» y de «amigaso» que ha aprendido de sus camaradas americanos.

Cuando se confía y habla llanamente de las vicisitudes de su vida, de la miseria de su infancia, de sus andanzas por la Barcelona industrial, de sus hazañas, usa un catalán cerrado lleno de interjecciones castellanas y francesas que es su idioma natural; pero cuando quiere apersonarse y se mete en el campo de las teorías revolucionarias, le salen los americanismos.

Es un caso muy curioso que revela la singular transformación que el ambiente de la revolución soviética ha operado en este revolucionario español semianalfabeto, suponiendo que, cuando cometió el atentado contra Eduardo Dato, Casanellas fuese realmente un revolucionario.

Casanellas me hace entrar, aunque de mala gana, en su cuarto; se sienta en el borde de la cama donde estaba durmiendo y se pone a escucharme silencioso y reservón, mientras balancea las piernas y me mira fijamente a la cara, queriendo adivinar no sé qué celada que indudablemente teme que yo le esté tendiendo. Es un tipo tan claro, tan sencillamente expresivo, que veo perfectamente en sus ojos el instante en que pasa por su imaginación la idea de plantarme en la calle sin más contemplaciones. Se contiene porque en este momento yo le estoy hablando de España, de sus amigos de allí, de lo que se dice de él…

Casanellas, con los ojos entornados, se acomoda en su camastro y se queda un poco ensimismado.

—¡España, España! ¡Caracho! —exclama—. ¡Cuándo podré volver yo por allá!

Se incorpora rápido, se despereza ampliamente para sacudirse la morriña y se pone a cruzar la habitación a grandes trancos, de punta a punta.

En las paredes llenas de desconchados y de manchas de humedad hay unos cuantos retratos de camaradas españoles y de camaradas rusos. Éstos, con ese aire imponente de actores bien caracterizados que tienen todos los rusos; los nuestros, con ese tipillo alegre y simpático de horteras endomingados que van de merienda el Primero de Mayo a la Dehesa de la Villa o al Parque de Montjuich.

Casanellas se queda mirando uno de estos retratos y vuelve a pasear furiosamente. Tengo la impresión de que para este pequeño español la inmensidad de Rusia con sus ciento treinta millones de habitantes no es más grande ni más divertida que la estrecha celda de un penal. Pero, en fin, más holgada que una caja de palo en el cementerio, ya es.

—Vamos a tomar una taza de té, camarada —me dice. Aviva la llama del samovar, saca un trozo de longaniza, una concha llena de caviar y pan negro. Mientras va y viene preparando el té, reacciona vivamente:

—¡Puerca España! Yo tenía entonces veinticuatro años y era como una fuerza desatada, como un ciclón. Nadie comprendería de lo que yo me sentía capaz entonces. ¡De todo! ¡No me hable usted de lo que hice, del atentado!… Eso fue lo que se terció; lo hubiera hecho todo. Entonces… yo no sabía nada de nada; ni siquiera tenía idea de lo que es ser un verdadero revolucionario. Pero la vida me trataba mal, trabajaba, pasaba hambre y, sin embargo, yo me sentía fuerte, audaz, astuto… Había que romper por alguna parte. No se ve bien la salida, no se concibe claramente qué es ser revolucionario, pero uno siente que le acorralan… quiere uno vivir y no puede. Y así, a ciegas, sin saber, pregunta: «¿Qué hay que hacer?». Y lo hace. Lo que había que hacer entonces era «aquello», y se hizo…

Casanellas se queda un rato silencioso con el vaso de té entre las manos. Su charla es un poco incoherente, exaltada, imposible de reproducir; da la impresión de haber contraído la costumbre que tienen los rusos de decir en voz alta, a saltos y sin ilación verbal, lo que van pensando o sintiendo a lo largo del diálogo. De esta conversación sin vértebras yo saco la impresión neta de que este hombre recuerda con más cariño el ímpetu de su juventud —«la pobre loba muerta»— que los detalles de aquella hazaña suya que conmovió un día a España entera.

¿Hasta qué punto está satisfecho de lo que hizo? No creo que se haya arrepentido todavía de haber disparado su pistola contra aquel presidente del Consejo de figura macilenta y borrosa —¿es hora ya de decirlo?—, con cuya muerte ninguna aspiración revolucionaria se satisfacía; pero me ha parecido adivinar que deplora un poco no haber empleado más eficazmente aquella fuerza destructora de su juventud.

No quiere —en esto pone un gran empeño— ser únicamente el autor de aquel atentado terrorista de tan escasa eficacia, y se cree en el caso de justificarlo refiriéndose constantemente al medio ambiente y a aquel difuso anhelo revolucionario de muchacho inculto que entonces sentía.

—Uno sabía que valía para algo y estaba dispuesto a lanzarse a lo que fuese. Y no tenía una verdadera educación revolucionaria, ¡qué iba a tener!, sino la convicción de que arrastraba una vida miserable, y la desesperación de saber que ya siempre sería así. A los veinticuatro años yo había luchado, trabajado y sufrido más que muchos hombres a los cincuenta.

Siempre con frases sueltas, disparadas, incoherentes, Casanellas habla de su infancia rebelde y su adolescencia turbulenta y aventurera, de la pobreza de sus padres, de sus primeras peregrinaciones por la Barcelona industrial en busca de trabajo, de sus esfuerzos para salir del peonaje, que convierte a los hombres en bestias, y hacer su aprendizaje de mecánico, de sus huidas a Francia huyendo del *lock-out*…

—Una vez estaba yo en París trabajando en las obras del Metro; a mi lado pasó una muchachita blanca, sonrosada, pulida. Me encandilé, y tirando la piocha me fui hacia ella y le dije no sé qué cosa que quería ser un requiebro. La chica, al verme, hizo un mohín de asco y me volvió

la espalda. Entonces me puse furioso y le grité en catalán todas las bestialidades que sabía. ¡Cochina burguesa!

De los recuerdos de su adolescencia salta Casanellas a las evocaciones de Barcelona en la época del sindicalismo.

—¡Gran tiempo! Un hombre valía entonces para algo más que para irse muriendo poco a poco amarrado al tajo. Fueron los burgueses los que nos lanzaron. Pero ya íbamos adquiriendo cierta experiencia y cierto sentido revolucionario. Después, ellos se asustaron. A nosotros nos daba igual. Aquello estaba ya bien maduro y nos parecía que íbamos a poder liquidarlo a tiros de Star.

Ramón —a Casanellas en Rusia todo el mundo le llama Ramón— hace un alto en su incoherente charla y, adoptando súbitamente un tono seco de hombre que quiere ser austero, me dice:

—¿Pero por qué hablar de mí? Eso no le interesa a nadie. Yo no soy más que un revolucionario que cumple su deber. Ustedes los burgueses se pagan de muchas tonterías y no saben lo que es la austeridad revolucionaria. Ustedes no tienen idea de lo que es un bolchevique. ¡Un bolchevique! ¡Qué cosa, caracho! Nosotros no tenemos que aparecer en los periódicos, ni que hacer declaraciones, ni debemos dejarnos arrastrar por esas estupideces exhibicionistas de los políticos servidores del capitalismo. Usted quiere, camarada, hablar de mí; bueno, yo no le digo nada; usted hable lo que quiera; yo no le he hecho a usted declaraciones; usted allá.

Cuando Casanellas llegó a Rusia después de las emocionantes peripecias de su huida, el Gobierno de Moscú, que había ofrecido hospitalidad a los perseguidos por delitos políticos de todos los países, le trató bien. Pero aquella gente, avezada a una lucha revolucionaria feroz, no era muy propicia a extasiarse ante ningún héroe revolucionario, y a poco de su llegada se le dijo a Casanellas:

—Bien, camarada. Tú has cumplido con tu deber como cada uno de nosotros cumple a diario con el suyo. Pero ¿y ahora? Tendrás que seguir trabajando por el triunfo de la revolución. No vamos a convertirte en un burgués.

Casanellas no era entonces un «trabajador consciente», como allí se llama a los directores del partido. Carecía de preparación, no había leído siquiera a Carlos Marx. Sólo tenía corazón y coraje y cierta destreza como mecánico de motores de explosión. No le quedaba en la Rusia soviética otra salida que la de «sentar plaza».

Le otorgaron el honor de defender la revolución con las armas en la mano y fue destinado como simple soldado a uno de los cuerpos del Ejército Rojo que operaban en el Sur de Rusia, donde todavía estaba latente la guerra civil y las bandas supervivientes de los ejércitos contrarrevolucionarios, convertidas en cuadrillas de bandidos, asolaban el país.

Alistado en aquel ejército de proletarios descalzos, hambrientos y cubiertos de harapos que iban a imponer el ideal comunista que ellos mismos no sabían sentir claramente a un pueblo inculto, semisalvaje, fanático, apegado a sus tradiciones seculares y educado en el dolor y en la crueldad asiática, Ramón Casanellas vio de cerca y palpó todo el horror de aquella época, la más terrible que registra la Historia. Como en una visión dantesca, desfilan ante este pequeño español los episodios de la lucha contra los cosacos, el levantamiento de los campesinos puestos al lado de los comunistas por miedo a la barbarie de las hordas contrarrevolucionarias, la guerra civil, el comunismo de guerra ejercido implacablemente contra la misma población civil, la lucha espantosa con los *mujiks*, los fusilamientos en masa, y, finalmente, el hambre, aquel azote callado, aquellos millones de seres extenuados que se abatían sobre el suelo ruso sin un rumor, en medio de un silencio de muerte, que sólo rasgaban de vez en cuando las descargas de fusilería del Ejército Rojo, que iba imponiendo sin compasión su justicia.

Cuando Casanellas evoca aquella época de su vida, él, que tanto alardea de su coraje, no puede reprimir un gesto de horror.

—Lo que era aquello no lo comprenderá nunca más que el que estuvo allí. He visto morir más gente que pelos tengo en la cabeza. ¡Se habla muy fácilmente de la revolución! ¡La revolución! No sabe nadie por allá abajo lo que cuesta ganarla. Ya quisiera yo haber visto aquí en 1921 a más de cuatro. En ese Ejército Rojo que ve usted ahora perfectamente equipado, he pasado yo lo que nadie se figura cuando estábamos allá en las aldeas del Sur, rodeados de *mujiks* que nos cerraban las puertas a ver si reventábamos, y en jaque siempre por las bandas de cosacos. Aquí, aquí quería yo poner a los guapos de Barcelona… Yo no soy un niño de teta, ¿verdad?, sin embargo, ¡cómo me pesan esos años! ¡Caracho! ¡Cómo peleábamos y cómo moríamos! ¡Y usted viene ahora a hablarme del atentado de Madrid…! ¡Bah! Esto, esto de aquí es lo que hay que saber. De esto sí que vale la pena hablar.

Casanellas, incapaz de articular sus recuerdos en un relato, se queda inmóvil en el camastro, con los ojos fijos en el pasado que debe representársele con la absurdidez de una pesadilla. Mientras, yo evoco la figura de este gorgojillo español cogido en medio de aquella lucha feroz, salvaje, asiática, rodeado de gente extraña incomprensible, de delirantes que mataban y se hacían matar sin comprender claramente por qué…

—En fin, ya pasó —dice luego Casanellas—; usted no sabe, camarada, la alegría que ahora nos da cuando vemos que esto marcha. ¡Con lo que nos ha costado! ¡Qué orgullo cuando conseguimos poner en explotación una fábrica o que ande un tranvía o que ruede un carro!

Entran en la habitación donde estamos charlando primero un perrazo imponente y después un chiquillo como de ocho a diez años, fuerte, curtido, hosco, vestido con el uniforme de los *pionniers* del Konsomol: es el pequeño Casanellas.

—Éste es catalán —me dice Ramón—; nació en Barcelona. Cuando yo fui a Madrid a «aquello», todavía estaba en los pañales. La madre se ha muerto en España y me lo he traído a Rusia. Sólo lleva aquí unos meses y ya habla bastante bien el ruso. Éste será un buen bolchevique.

El chico, que viene rendido de rodar por el campo a su albedrío durante todo el día —pura educación comunista—, cruza por delante de nosotros sin despegar los labios y va a echarse en un rincón, donde se pone a mordisquear un gran pedazo de pan negro y unas rodajas de longaniza, mientras se le van cerrando los ojos vencido por el sueño.

Casanellas sigue contando sus andanzas en el Ejército Rojo. Como era mecánico, entró en el servicio de aviación y allí se hizo piloto. Por méritos de guerra, obtuvo la graduación de comandante. El comandante en el Ejército Rojo es sólo una especie de suboficial.

Tuvo varios accidentes de aviación. En España se dijo que en uno de ellos se había matado.

—Yo estaba en Barcelona —dice el chico abriendo los ojos—, y una mañana, al pasar por delante de un quiosco de las Ramblas, vi un periódico que publicaba con letras muy grandes la noticia de que mi padre se había matado. Y creí que era verdad… —agrega el chico mientras se le cierran los párpados—; después resultó que no.

Son las doce de la noche. Llevamos ya cinco horas charlando. El pequeño Casanellas se ha echado sobre su camastro y duerme a pierna suelta completamente vestido y equipado. El perrazo se enrosca junto a él y poco a poco va metiendo el hocico hasta colocarlo junto a la cara del chico, sobre la que lanza sus resoplidos isócronos. En el marco de la puerta aparece silenciosamente una figura de mujer. Es aquella vecina que estaba antes peinando cuidadosamente su gran mata de pelo negro. Cuando veo cómo sonríe gachonamente al pequeño español, me levanto dispuesto a marcharme. Conozco ya bastante la simplicidad bolchevique en cuestiones amorosas.

Casanellas me agarra del brazo y me dice:

—Espérese, camarada; yo me marcho también.

Se encasqueta la gorra hasta las orejas y nos echamos a la calle. Mientras caminamos se me cuelga del brazo y me dice entusiasmado:

—¡Aquellas mujeres de España…!

La compañera de Casanellas es una muchachita revolucionaria de tipo intelectual. Es ese tipo tan frecuente en la literatura rusa. Ella ha sido quien ha impreso el derrotero definitivo a la vida de Ramón.

Cuando después de la campaña en el Ejército Rojo volvió Casanellas a Moscú, se le planteó de nuevo el problema de su existencia. ¿Qué iba a hacer? No bastaba haber hecho la guerra para ser un buen comunista. Mientras continuase siendo un hombre inculto, no podría ser un buen revolucionario. La manía teorizante de los rusos colocaba a Ramón en un plano de inferioridad. Casanellas no había leído a Carlos Marx, y aquella muchachita comunista que se enamoró de él tomó sobre sí la tarea de convertirle en un militante perfecto. Para esto había que estudiar.

Casanellas gestionó una beca en la Universidad Obrera de Sverdloff, donde se cursan las disciplinas necesarias para convertir a un hombre de acción en un «revolucionario consciente»: Economía Política, Sociología, Marx, Engels, Plejánov, Lenín, mucho Lenín… Dados sus merecimientos revolucionarios, Casanellas obtuvo fácilmente el ingreso en la universidad, y en ella se ha pasado cuatro años metiéndose en la cabeza el inmenso fárrago de las teorías comunistas.

Éste ha sido el esfuerzo más dramático de la vida de Casanellas: estudiar todo eso sin conocer bien el ruso, ignorando incluso el castellano, sin tener nociones de nada, sin una educación elemental que le sirviera de base para las lucubraciones marxistas. Casanellas me enseña las canas que le han salido estudiando. Le parece seguramente más heroico comprender todo aquello que despachar a una docena de presidentes de Consejo.

Pero la superstición teorizante de los bolcheviques es implacable. Para ser buen militante hay que tener una preparación científica. Sin ese paso por la universidad no es posible él desempeño de cargos públicos.

Casanellas ha terminado este verano su penoso calvario, ya está en disposición de ser el diputado Casanellas o el ministro Casanellas. No creo, sin embargo, que como político —«trabajadores responsables» se llaman allí— llegue adonde llegó como hombre de acción.

Ahora, cuando habla de sus estudios en Sverloff, Casanellas vuelve a ponerse un poquito pedante. Mientras paseamos por Moscú durante la madrugada, se enreda en una disertación sobre la lucha de clases, la dictadura del proletariado, el capitalismo de Estado y el régimen comunista. Vuelven a salirle los americanismos; ese acento americano que él cree que es el acento del español culto.

Entramos en una taberna y nos ponemos a beber *kvas*, esta cerveza agria de los rusos que molesta al paladar y no emborracha. Yo vuelvo a hablar del atentado contra Dato. Casanellas, cuando recuerda los detalles de su fuga, se pone del mejor humor del mundo.

Está tan orgulloso de ella, que la única vez en su vida que se ha sentido escritor ha sido para contar en un artículo cómo burló a la Policía y salió de España.

Recuerda cariñosamente a los amigos que le ayudaron en su huida. Sobre todo aquel viejo anarquista que la noche del atentado, cuando estuvo de vuelta de la Ciudad Lineal, donde había dejado la moto, le recogió en su casa y le tuvo escondido durante muchos días, mientras se llegaba a ofrecer un millón de pesetas al que le delatase. En una mísera casita de los alrededores de Tetuán de las Victorias, por donde andaba husmeando la Policía, estuvo Casanellas hasta que, pasados los primeros momentos de revuelo, pudo marcharse tranquilamente por la carretera hasta la frontera.

—¿Verá usted a aquel viejo camarada?

—Sí, le veré; le veo frecuentemente.

—Dele usted un abrazo de parte de Ramón. Se portó bien conmigo.

Hablando de la conducta de aquel viejo anarquista, Casanellas se enfrasca de nuevo en las divagaciones teóricas sobre la acción revolucionaria. Es la pedantería teorizante de todos los comunistas rusos. No comprende este hombre cómo lo que más puede interesarme de él son los detalles de la acción, y no el mecanismo simple de sus reflexiones.

Nos echamos de nuevo a la calle. Moscú, de madrugada, ofrece la silueta emocionante de sus palacios y sus iglesias bizantinas recortada sobre un cielo cubierto de nubarrones plateados. Por las calles, completamente a oscuras para economizar fluido eléctrico, pasan frecuentes parejas de jóvenes comunistas que van riendo y bromeando; de vez en cuando nos cruzamos con un pelotón de hombres que marchan lentamente a la deriva por las calles abrumados bajo el peso de sus imponentes petates: son los campesinos que la revolución echa en oleadas sobre Moscú.

Me despido de Casanellas. Está amaneciendo, y dentro de una hora sale el avión que ha de llevarme en un solo vuelo hasta Berlín.

—¿Y estará usted esta noche en Berlín? —me pregunta Casanellas.

—Sí, esta noche.

—¿Cuánto tarda usted en llegar a España?

—No sé si me detendré en el camino. Pero puedo salir esta mañana de Moscú para estar por la noche en Berlín, salir mañana de Berlín para hacer noche en Ginebra, y seis horas después en Barcelona.

—En Barcelona… —repite Casanellas.

—Sí, en Barcelona.

—Es decir que…; hoy es miércoles…; el miércoles, el jueves…; eso es: el viernes en Barcelona.

—Sí, el viernes.

Casanellas se queda un rato silencioso y después repite:

—Eso es: el viernes en Barcelona…

Se me hace tarde y echo a andar hacia el aeródromo. Casanellas, pegado a mí, sigue caminando sin despegar los labios. Cuando desembocamos en la avenida que conduce al aeródromo me vuelvo hacia él y nos despedimos de nuevo.

—Hasta la vista, Ramón.

—Hasta la vista.

Cruzo aprisa la amplia calzada. Desde lejos vuelvo la cabeza y diviso a Casanellas que sigue allí clavado. Le digo otra vez adiós con la mano y le veo dar media vuelta y echar a andar pegándose a las paredes, con las manos metidas en los bolsillos y la gorra encasquetada.

Poco a poco, su figurilla se va desvaneciendo en las vacilaciones del alba, que riñe su batalla en aquella calleja oscura de Moscú por donde Ramón se ha ido.

Balance del panorama soviético

Decía recientemente el gran duque Cirilo, heredero del trono de los Romanov, que la restauración de la Monarquía en Rusia no representará la vuelta a la autocracia, y que los campesinos podrán seguir gozando de la posesión de las tierras.

Después de haber recorrido el territorio ruso, desde Leningrado a Bakú, yo me imagino la gran carcajada que ciento cuarenta millones de habitantes lanzarían al conocer estas concesiones de Cirilo Vladimirovich. En Occidente es posible que esta actitud democrática del pretendido zar se considere como una habilidad política capaz de surtir algún efecto; en Rusia, aun para los antibolcheviques, estas palabras sonarán seguramente de un modo grotesco.

Y es que, aunque parezca mentira, doce años después de la revolución, todavía se desconoce la verdadera trascendencia que ha de tener en el mundo la dictadura del proletariado. En Rusia, esto no hace falta ser profeta para asegurarlo, no habrá ya nunca una restauración monárquica, ni cabe soñar en la sustitución del socialismo imperante por ningún régimen liberal o democrático a la manera occidental.

Hay indudablemente unas etapas de transformación de la dictadura del proletariado que se irán cubriendo penosamente, en medio de terribles luchas, con marchas hacia atrás y hacia delante. El programa comunista será muchas veces vulnerado, se harán concesiones al capitalismo todo lo que sea necesario; pero la revolución seguirá su marcha.

A través de todas las claudicaciones impuestas por el error —tal vez deliberadamente cometido— de implantar el régimen comunista en el país que estaba en peores condiciones para hacer la experiencia, a pesar de la incapacidad de los directores del comunismo para imponer sus convicciones, la doctrina marxista seguirá abriéndose camino. Hoy existe en Rusia una generación que no concibe la existencia sino dentro del régimen comunista.

Es cierto que el comunismo, al salir de las obras de Marx y Engels y de las exégesis de Lenín, para hacerse carne del pueblo ha sufrido tales adulteraciones que puede creerse incluso que ha negado su propia esencia. El oportunismo de los *leaders* de la revolución, capaces de todas las claudicaciones por sacar adelante el Gobierno de Moscú, los coloca al lado de los oportunistas de la Segunda Internacional, a los que con tanta saña combatieron. Éstos, los socialistas de Ámsterdam, son los que tienen derecho a formular reproches a los comunistas y a decirles: «Se han lanzado ustedes a la revolución desencadenando sobre Rusia la guerra civil, el bloqueo, el terror y el hambre, para no conseguir, en definitiva, sino lo que nosotros postulábamos».

En el momento actual, ésta es la verdadera situación. Los bolcheviques no han conseguido sino aquello que los socialistas van logrando en los países capitalistas por medio de un procedimiento evolutivo. ¡Y para conseguir tan poco han sido necesarias esas infamias, esos crímenes de la Checa, las matanzas de Arkángel, el hambre, la guerra civil, el bloqueo, los niños abandonados y el Ejército Rojo!

A este justo reproche, los comunistas pueden contestar diciendo que dada la situación del pueblo ruso en 1917, ni este poco siquiera se hubiese conseguido por procedimientos evolutivos normales. Rusia no era Francia, ni siquiera Alemania. Aun dando de barato que, andando el tiempo, los bolcheviques no consigan más que lo que aspiraba a conseguir Kerensky, ¿hubiese éste logrado lo que quería? Al surgir la revolución de noviembre, ¿no estaba ya Kerensky en manos de los generales zaristas?

No; pensar que la revolución comunista, porque no haya podido mantener sus conquistas y porque haya tenido que emplear procedimientos de represión verdaderamente inhumanos, pueda ser

liquidada con un borrón y cuenta nueva y pasar a la Historia como un movimiento de regresión a la barbarie, es una insensatez que no puede caber en ninguna cabeza medianamente organizada.

Cuando los bolcheviques se lanzaron acaudillados por Lenín a la conquista del Poder, la idea comunista no había madurado lo suficiente, y el pobre pueblo ruso ha padecido las consecuencias de esta precipitación y las seguirá padeciendo todavía durante mucho tiempo. El obrero de Moscú seguirá viviendo peor que el de Londres, Berlín o París. Pero el porvenir es suyo.

*

A los once años del golpe de mano bolchevique, el panorama ruso aparece todavía desconcertado y ruinoso, lleno de resquebrajaduras y a punto de caer. El viajero que se adentra con las manos en los bolsillos de su gabardina burguesa por las barriadas de las grandes ciudades, donde pulula luchando por acomodarse a las nuevas circunstancias una muchedumbre mal vestida y desorientada, tiene la impresión de que aquello es una cosa caótica cuya ruina es inminente. Después de estar rodando por toda Rusia durante un mes y de tocar de cerca todas las dificultades con que se tropieza para la vida, tanto en las grandes ciudades como en las aldeas, es perfectamente explicable el encono con que hablan del régimen soviético los viajeros que no han sabido sobreponer su juicio sobre la revolución a las molestias personales que el nuevo orden les ocasiona. Realmente, la impresión que Rusia produce al viajero occidental es desastrosa.

Pero esta impresión, puramente visual, no es absolutamente cierta. De la obra revolucionaria, el viajero no ve más que las resquebrajaduras, las fallas, el albergue incómodo, el tren que no llega, el taxi caro, la falta de urbanización en las calles, la ausencia de confort en las casas, el hacinamiento de seres en las viviendas, la suciedad de las comidas en los restaurantes cooperativos… La reconstrucción de la sociedad deshecha por la revolución sobre la base de la dictadura del proletariado escapa a su comprensión. Y esta reconstrucción, no terminada aún, es, a pesar de todas las fallas, una obra formidable.

Todavía hay que hablar y discutir demasiado. Nada está suficientemente reglado y estatuido. El hecho de trasladarse de un lugar a otro, el satisfacer una necesidad cualquiera, la menor cosa, origina una serie de dificultades casi insuperables. Las cosas más sencillas, las que en las sociedades burguesas se desenvuelven mecánicamente casi sin que nos demos cuenta de ellas, plantean en la Rusia soviética unos terribles problemas jurisdiccionales, unos debates interminables que acaban con la paciencia de todo el que no tenga este sentido del tiempo que tienen los rusos. El empleado de la ventanilla, con el que no estábamos dispuestos a cambiar más que unas palabras sucintas, nos enredará en una discusión doctrinal sobre el marxismo y se quedará meditando con la cabeza entre las manos ante nuestra demanda, mientras detrás de nosotros, en espera de que se resuelva nuestro caso, aguarda pacientemente, a pie firme, una cola de cincuenta personas, cada una de las cuales planteará, cuando le llegue el turno, un nuevo problema de conciencia al funcionario de la ventanilla.

Esta incapacidad administrativa de la nueva clase directora se agrava al querer remediarla aumentando hasta el infinito el número de burócratas y dictando a diario centenares de disposiciones casuísticas que convierten la Administración en una maraña inextricable.

Esto es lo que ve el viajero, y de ello deduce el fracaso de la revolución.

En la reconstrucción de un país tan vasto como Rusia, que ha pasado por un periodo revolucionario de veinte años, por una guerra imperialista, por la desaparición del Estado autócrata y la instauración de la dictadura del proletariado, por la sequía y el bloqueo, es imposible ya juzgar qué males son imputables a la incapacidad o mala voluntad de sus directores y cuáles son los que obedecen al encadenamiento fatal de los hechos.

La propaganda anticomunista, que de manera tan inteligente sostienen los países capitalistas, hace aparecer a los bolcheviques como a los representantes del espíritu del mal en la tierra. El

mismo conde de Keyserling cree explicárselo todo cuando dice que Lenín y sus discípulos son de espíritu «satánico».

Los bolcheviques son, pues, los causantes de los males de Rusia, los que han desencadenado las catástrofes y enzarzado las guerras y provocado la sequía en los campos.

Pero esta postura cerril no sirve sino para que, por otra parte, y como reacción natural, haya en el mundo un sentimiento de solidaridad con esta casta de hombres que arrostran injustamente la maldición de la humanidad burguesa.

Después de haber recorrido Rusia y de haber buscado afanosamente cuanto en pro o en contra de la revolución se ha escrito, yo me atrevo a creer que la postura del hombre auténticamente civilizado no es la de ser comunista o anticomunista, sino la de estar atento al desenvolvimiento de los hechos, pesando y sopesando las responsabilidades de cada uno de los factores que han intervenido en la terrible experiencia que se está haciendo en la carne viva de un pueblo de ciento cuarenta millones de habitantes, sin desechar la posibilidad del alumbramiento de una nueva humanidad, pero sin perder de vista al mismo tiempo que puede haberse errado la senda.

¿La última palabra sobre la revolución? Que se atreva a decirla quien tenga valor suficiente para ello. Feliz o desgraciadamente, no ha sonado todavía para nosotros la hora en que hay que pronunciarse. Esa hora que arbitrariamente Lenín hizo sonar para Rusia.

Leningrado y regreso a Alemania

Vamos caminando lentamente por las calles de Leningrado. Nuestros pasos resuenan estrepitosos en este gran silencio de la ciudad desierta. De tiempo en tiempo se cruza con nosotros un transeúnte que va pegado a las fachadas suntuosas de los palacios con este mismo aire divagador —aire de visitante de museo— con que nosotros vamos recorriendo la soberbia ciudad de Pedro el Grande.

Leningrado da hoy una impresión de ciudad deshabitada. Es, aumentada —en Rusia todo hay que multiplicarlo por veinte—, la misma impresión que produce Potsdam. Mientras Moscú, con el comunismo metido en las entrañas, es como una marmita puesta a hervir en la que va cociéndose el bolchevismo a fuego lento, Leningrado, abandonado, un poco clausurado, aparece en ese momento crítico en que una ciudad viva pasa a convertirse en una ciudad relicario. Leningrado empieza a darse a la Historia. Dentro de poco será como Toledo, Valencia o Brujas. Una ciudad muerta.

Los bolcheviques no se han atrevido a tocarlo; hasta la estatua de Pedro el Grande continúa en su puesto. Se han limitado a cambiar los rótulos: Leningrado en vez de Petrogrado, Detscoeselo (ciudad de los niños) en lugar de Tsarcoeselo (ciudad del zar), Avenida del Veinticinco de Octubre en vez de Perspectiva Nevsky, etc., etc.

Después de cambiarle los rótulos, los bolcheviques se han ido a Moscú. Desde allí, los *leaders* del comunismo lanzan sus discursos de propaganda, que unos potentes altavoces de radio colocados en lo alto de la catedral de San Isaac dejan caer día y noche sobre la ciudad desierta. No importa que los barrios populares de Leningrado estén rebosantes de una muchedumbre trabajadora, ni que el enjambre burocrático de los soviets haya tomado posesión de los palacios de los grandes duques. La ciudad de Pedro era, sobre todo, la ciudad aristocrática; era, más que nada, la corte, el zarismo, los diplomáticos, los generales, los príncipes, los millonarios, y la imponente legión de sus servidores. Extirpado todo esto, Leningrado da una impresión neta de caja vacía, de casa desalquilada.

La vida, que ha huido de las arterias aristocráticas, bulle, sin embargo, en los barrios populares. En los viejos rincones revolucionarios hay todavía, como en tiempos del zarismo, un hervor de protesta. Trotski tiene aquí, en Leningrado, sus más fieles partidarios; los núcleos más activos del trotskismo se han refugiado aquí, y desde aquí desarrollan clandestinamente su propaganda política contra el Gobierno de Moscú. Me dicen que, oculta en estas barreduelas de los suburbios funciona, a despecho de la G. P. U., más de una imprenta clandestina que hace llegar a toda Rusia la opinión adversa del desterrado Trotski ante cada uno de los actos del Gobierno de Stalin.

La Policía vigila como en los tiempos del zarismo. Cuando he querido visitar a un antiguo conocido, caracterizado trotskista, han recomendado:

—Procure esquivar a la G. P. U. si quiere verle. Está muy vigilado y no le conviene a usted que le vean con él. Le ocasionaría molestias.

Y me han señalado en un plano la casa en que habita y me han trazado un itinerario del interior de la casa para que llegue hasta su misma habitación sin preguntar a nadie. En el portal de la casa del individuo en cuestión, había, efectivamente, de guardia, un tipo sospechoso. He procurado cogerle las vueltas y meterme escaleras arriba sin ser visto.

Leningrado conserva todavía la emoción de la clandestinidad revolucionaria.

El invierno se echa encima y pronto estará cerrado el aeropuerto de Leningrado. Hay que emprender el regreso sin demora.

*

Se hace la travesía de Leningrado a Reval en un pequeño hidroavión Junkers de dos plazas. En este tiempo ya se han acabado por estas alturas el sol y el paisaje. Navegamos envueltos en el algodón de esta niebla, que sólo muy de tarde en tarde se rasga un momento para dejarnos ver la masa negra de la costa o la lámina verde del mar.

Desde Reval a Riga el avión no encuentra un resquicio para esquivar esta masa de vapor de agua que va hendiendo. No se tiene en todo el viaje un punto de referencia. El altímetro, la brújula y las indicaciones del radiotelegrafista van guiando al piloto hacia el aeródromo. Yo pienso: ¿Si ocurriese ahora una *panne*, dónde aterrizaríamos? ¿En los tejados de una ciudad, en la cresta de una montaña, en el mar o en la copa de un pino?

Súbitamente, en la concavidad gris del espacio brilla una lucecita azul que, como una estrella errante, describe su graciosa parábola. El piloto la ha visto y vira hacia el sitio de donde partió. Otra estrellita se levanta desde el mismo punto del espacio, y al llegar a lo alto se desgrana en lucecitas de colores; después otra y otra. Hemos llegado a Riga. Para que lo sepamos, a través de las espesas cortinas de la niebla, el jefe del aeródromo, puesto en mitad del campo, lanza con un enorme pistolón esas bengalas de colores que indican al piloto dónde está la tierra, que él no puede ver hasta que no se ha posado sobre ella.

*

Cuando he regresado a Alemania, después de mi viaje por Rusia, ha venido a verme una dama de la antigua aristocracia moscovita que hoy vive penosamente en Berlín. Quería que yo le hablase de la situación actual de Rusia, de cómo se desenvuelve la vida de Moscú, de las transformaciones operadas en la ciudad, y más que nada en los palacios, los parques, los teatros y los salones en los que se deslizó su juventud.

Empezó esta dama diciéndome que no tenía ninguna esperanza de poder volver a Rusia —la vida ha sido bastante dura con ella en los diez últimos años, y tiene que agarrarse heroicamente a la realidad—; pero yo tengo la convicción de que me buscaba, como busca a todo el que vuelve de Moscú, con la ilusión de hallar un apoyo a su esperanza. La pregunta que esta pobre señora no se atreve a hacer es la de: ¿cuándo cae el régimen bolchevique? ¿Falta mucho todavía?

Me ha parecido lo más piadoso decirle rotundamente la verdad. El régimen soviético podrá sufrir todas las alternativas que determinen las circunstancias, tendrá que hacer concesiones, gastará a sus hombres, se modificará cuanto sea preciso, pero como tal régimen, está definitivamente consolidado. Después de diez años de experiencia comunista no será posible en Rusia ningún otro Gobierno.

—¡Pero, si ellos mismos —me dice esta dama— se acusan unos a otros de «thermidorianos» y contrarrevolucionarios! ¡Si son ellos, precisamente ellos los que dicen a cada momento que la obra de la revolución está en inminente peligro! No son agentes capitalistas, sino los jefes bolcheviques los que anuncian el desastroso fin del régimen. Yo he leído algunas de las cartas que clandestinamente envía Trotski a sus partidarios desde el destierro. Bien claro dice que se está llegando al final de la liquidación. Lea usted los mismos discursos de los leaders de la situación. Todos dan la impresión de una inminente catástrofe…

—No pueden tomarse al pie de la letra —le he contestado— esos gritos de alarma de los bolcheviques, que para ir desarrollando su programa tienen que amenazar todos los días con que la revolución está en peligro. Es el gran truco del Gobierno de Moscú. Piense usted, además, que el comunista tiene la «pose» de la sinceridad, y que, contra lo que se cree, el comunismo no ha ocultado nunca nada de la situación de Rusia. Al contrario, ha exagerado siempre los peligros, porque esta de la alarma ha sido siempre su política. No olvide usted que toda dictadura vive un poco del mantenimiento de un estado de alarma en el país sobre el que actúa.

Diez años de régimen comunista han creado en Rusia un sentido comunista de la existencia que imposibilita toda vuelta al régimen burgués. Ya no es posible.

—Yo no creo en eso del sentido comunista de la existencia. El pueblo ruso es el más apegado a sus tradiciones. Los bolcheviques no conseguirán arrancarle nunca sus viejas virtudes. A mí me consta que todavía en alguna de mis antiguas posesiones del Cáucaso los campesinos rezan primero por el zar y después por mí. Mire usted: aún recibo yo cartas de una de mis viejas criadas. Es una pobre mujer nacida en la sombra de nuestra familia que no sabrá nunca volverse contra nosotros, sus amos. Esta mujer está casada con un revolucionario y tiene un hijo que es agente de la G. P. U. Creo que tanto el marido como el hijo me fusilarían sin ningún escrúpulo; sin embargo, ella a escondidas, me escribe todavía como a su natural señora, doliéndose de los crímenes que se han cometido con nosotros, consolándome, dándome esperanza para el porvenir… No toda Rusia es comunista.

Indudablemente. El comunismo es una insignificante minoría. No llega a un millón de afiliados en un país de ciento cincuenta millones de habitantes. Pero su fuerza es indestructible. El millón de comunistas es el millón de personas que hay en Rusia; el resto es ganado.

No tiene nada de extraño que esa pobre vieja, nacida y criada en la servidumbre, sea fiel hasta la muerte a sus señores. Ella no concibe la vida comunista, como su hijo no concibe la vida anterior. Han pasado diez años. Hay ya una generación, la que tiene en sus manos el porvenir de Rusia, que se ha educado en el nuevo régimen. En los momentos más difíciles de la revolución, Lenín, haciendo concesiones a la burguesía, claudicando ante el *kulak* y el *nepman*, a los que se veía forzado a dar vida, sonreía diciendo: «Si me dejan a la juventud en mis manos durante diez años, yo haré imposible toda reacción».

Así ha sido. La gran revolución comunista no ha sido sólo una revolución política, social y económica: ha sido una revolución moral. Podrán perderse mañana todas las conquistas políticas y económicas de la revolución. Para reconquistarlas, para asegurar la continuidad de la obra revolucionaria y garantizar que no se volverá nunca al régimen anterior, existe una juventud comunista, con una moral comunista, una juventud que ha sido sometida desde la infancia a la acción catequista más formidable del mundo.

Hoy, en Rusia, el padre es burgués, la madre religiosa y el hijo comunista. Diez años más y automáticamente toda Rusia será comunista. Las nuevas generaciones que cada año salen del Konsomol han estado sometidas a un tratamiento moral que no deja resquicio a ninguna esperanza.

*

La verdad es que, apenas he salido de Rusia y he puesto el pie en una ciudad alemana, he tenido una clara sensación de alivio; he sentido que se me ensanchaban los pulmones y que respiraba otra vez con plena libertad. La dictadura del proletariado se me representa ahora como un estado patológico, como una obsesión o una pesadilla. No quiero escamotear esa sensación física que refleja exactamente la reacción del espíritu burgués frente a la presión proletaria.

Pero no quiero tampoco dejarme arrastrar por esta impresión puramente subjetiva de pequeño burgués o intelectual que se siente excluido o, mejor dicho, perseguido por la clase social dominante hoy en Rusia.

El régimen bolchevique no deja lugar a dudas sobre su naturaleza, finalidad y procedimientos. El burgués o intelectual que va a Rusia con la mejor voluntad de comprender y amar, lleno de fervor revolucionario, saturado de literatura *mujikista* y de humanitarismo, se encuentra con un estado de opinión hostil a todo lo que le es más querido, cogido por una disciplina de clase estrecha, implacable, falta de humanidad y de inteligencia. Nada de humanitarismo ni de sensiblería; nada de literatura, Tolstoi es un pobre santón, un viejo tonto, con unas barbazas que sólo sirven para el reclamo. Dostoievski, un cochino literato lleno de taras fisiológicas y de prejuicios burgueses.

Nada de Democracia, ni de Derechos del Hombre, ni de Libertad. La pregunta de Lenín: «¿Para qué sirve la libertad?», se la tiran a uno a la cara tan pronto como formula una leve objeción a la dictadura. En la Rusia bolchevique no hay más que la tiranía de una clase social sobre las otras, y dominándolo todo, los instrumentos de esta tiranía: el Ejército Rojo y la Policía política, la G. P. U.

En lontananza, como idea inasequible por ahora, el ideario comunista; el reparto equitativo de la riqueza mediante la supresión del capitalismo; la desaparición paulatina del Estado y el lema de «a cada uno según sus necesidades; de cada uno según su aptitud».

Después de mi viaje a Rusia, yo me explico el furor contrarrevolucionario de mucha gente inteligente, que ha tenido la ocasión de conocer de cerca la dictadura del proletariado. Me lo explico, pero no puedo compartirlo.

Aun reconociendo que los procedimientos de represión empleados por la dictadura del proletariado son idénticos —más feroces si cabe— que los de todas las dictaduras, me repugna equiparar el Gobierno soviético a cualquier Gobierno dictatorial de los países burgueses. Hay una diferencia sustancial que olvidan los demócratas de pura sangre, muy aferrados a la idea de esta absoluta identidad entre las dictaduras: la motivación.

La dictadura del proletariado imperante hoy en Rusia no es un hecho esporádico determinado por la arbitrariedad y la exaltación de un poder personal. Estaba ya prevista por Carlos Marx como una de las etapas obligadas para la transformación de la sociedad capitalista hacia el régimen comunista.

El problema que se plantea al hombre que quiere fijar su posición honradamente ante el gran hecho ruso es el de si hay algún momento en el desarrollo de la sociedad moderna que permita o aconseje la implantación de una dictadura. Los que aceptan y justifican la dictadura por cualquier causa no pueden negar el derecho del proletariado a imponer sus convicciones por la fuerza a toda la masa del país, porque si alguna vez la fuerza se ha esgrimido en nombre de un ideal excelso, ha sido precisamente ahora.

Pero aquellos a quienes repugnan los poderes dictatoriales y sienten una coacción moral que les veda el empleo de la fuerza para decidir los destinos de un pueblo, esos sí pueden honradamente combatir a los bolcheviques, echarles en cara sus crímenes, acusarles de haber desatado todas las catástrofes y oponer a la feroz dictadura del proletariado una concepción más humana del progreso de la sociedad.

El demócrata, el hombre liberal, el localista, el humanitarista, en fin, ¿pueden aceptar ese colapso de sus ideales que se llama dictadura del proletariado como etapa obligada de la lucha de clases para el advenimiento de una sociedad mejor? En síntesis: ¿El amor hacia el pueblo debe llevar hasta el extremo de sacrificarlo?

O, utilizando las grandes palabras míticas: ¿Para la redención hay que pasar por la crucifixión?

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l’Estatut de Catalunya*

462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*

412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*

362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de “Gracia y Justicia” (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D’Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*

312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*

262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*

212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*

162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*

112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*

62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*

12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)